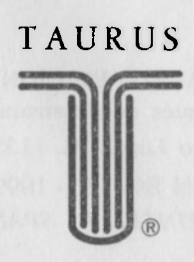
FRIEDRICH NIETZSCHE

INVENTARIO

Edición de

FERNANDO SAVATER

TAURUS



Plaza del Marqués de Salamanca, 7. Madrid-6
Depósito Legal: M. 13.330 - 1973
ISBN 84 - 306 - 1099 - 4
PRINTED IN SPAIN

PROLOGO

de

FERNANDO SAVATER

INDICE

«Nada más irritante que esas obras en las que se coordinan las ideas frondosas de un espíritu que lo pretendió todo menos el sistema. ¿A qué viene eso de dar una apariencia de coherencia a las de Nietzsche, so pretexto de que giran en torno a un motivo central? Nietzsche es una suma de actitudes y es rebajarle buscar en él una voluntad de orden, una preocupación por la unidad. Cautivo de sus humores, recensionó sus variaciones. En su filosofía, meditación sobre sus caprichos, los eruditos intentan erróneamente desentrañar unas constantes que rechaza.»

Esas palabras de E. M. Cioran expresan bien mis temores al comenzar una selección de textos nietzscheanos. ¿Cómo evitar, al elegir y agrupar los fragmentos, la tentación de «clarificar» las líneas directrices del pensamiento de Nietzsche? Malo es ya *imponer* desde fuera, por motivos pedagógicos o similares, un orden a lo que no lo tiene; pero aún peor es dar a entender que lo que se ha hecho es sacar a la luz un orden preexistente, pero soterrado. No escapa a este reparo la selección —útil y bien hecha, muy *francesa*— de Jean Grenier *(Vie et vérité):* insensiblemente, Nietzsche se nos ordena en los debidos pasos, se disciplina escalonadamente en torno a los problemas epistemológicos, morales y metafísicos debidos, funciona como un filósofo «de verdad». Sigue siendo inquietante, claro está, pero se nos hace más *manejable:* en una palabra, ya vemos por dónde va... Cierto es que Grenier no se inventa nada, que las regularidades que subraya están,

de algún modo, en las obras de Nietzsche; el problema es éste: ¿cómo evitar, en los márgenes llenos de concesiones de una antología, que la reiteración de unas cuantas *obsesiones* termine por parecerse al edificio de un sistema?

Otro riesgo —al que, a mi juicio, tampoco escapa Grenier— es el de intentar confeccionar un Nietzsche *presentable*, puesto al día. Dentro de ciertos límites, no es tarea imposible; basta con evitar sus declaraciones de suprema petulancia, limar los más desaforados de sus insultos, esquivar esos temas —guerra, libertad, socialismo, esclavitud, feminismo...— en que se dispara por caminos que los nazis mancillaron después y, por otra parte, resaltar sus opiniones lúcidas y originales sobre asuntos centrales del pensamiento contemporáneo: lenguaje, interpretación, cuerpo, inconsciente, azar... De este modo se mejora la imagen pública del solitario de Sils-Maria, pero se pierde la que quizá sea su característica primordial: ser el pensador más *intratable* del siglo XIX; a su lado, Schopenhauer era populachero y Stirner, un filántropo... La soledad de Nietzsche era necesaria e inevitable, en vista de sus teorías; lo sigue siendo hoy tanto como entonces, pese al culto en torno a su nombre. Como los presocráticos, como el Zen, como Sade, nos interesamos por ellas, en esta segunda mitad del siglo XX, porque nos son literalmente *indigeribles*, porque, en medio de la universal trituración de la maquinaria cultural, nadie logra masticar ese bocado. No debe pensarse que todos ellos eran «avanzadas» respecto a su tiempo y que por fin hoy podemos entenderlos; esto es trivial. Ningún *progreso*, ni cultural ni de ninguna otra clase, avanza en el sentido que ellos preconizaron; las cosas futuras que adivinaron, los rasgos de nuestra cotidianidad que presintieron nos dan la medida, al considerar su postura respecto a ellas, de la infranqueable distancia que nos separa. Eran malditos y bien malditos: no se ha inventado la sociedad capaz de tolerarlos o aprobarlos. Aún no funciona la plena sociedad atea, ni siquiera podemos *imaginarla*, como Sade o Nietzsche lograron. Sus obras nos desconciertan, sus gestos nos irritan; el único «avance» que nos los aproxima

es el de la miseria de una cultura estereotipada, de máximas y consignas, cuyos representantes más lúcidos o más fatigados han aprendido a amar todo lo que les desmiente y les condena.

Considerando los dos riesgos apuntados arriba, el de fraguar la sombra vergonzante de un sistema o el de presentar un Nietzsche edulcorado, el proyecto mismo de esta antología, su oportunidad y su interés se presentan como nada evidentes. Para evitar el primero de los dos peligros, era preciso renunciar a toda ambición pedagógica —«¡Nietzsche a su alcance!», «¡Guía Michelín del laberinto, con visita a la tumba del Minotauro!»—; no caer en el segundo suponía, en primer término, partir de la base de que leemos a Nietzsche porque nos *indigna* y no evitar, por tanto, nada de lo más indignante que hay en él. Pero ¿para qué sirve una antología antipedagógica, unos «trozos escogidos» que sólo recopilasen *lo peor?* El único objetivo que quedaría a tal engendro —y éste es, efectivamente, el que me ha guiado al confeccionarlo, con poco o ningún acierto— es el de restituir lo *esencial* de Nietzsche. Pero lo esencial no debe verse como el Nietzsche auténtico, sin máscara, coherente, que el sistema busca: círculo cuyo centro se desplaza constantemente, totalidad dispersa, intensidad burlona, la obra de Nietzsche no admite una lectura *inapelable,* es decir, metafísica, como la que quiso Heidegger o Luckács. No podemos plantear la lectura esencial de Nietzsche desde sí mismo, *sino desde nosotros.* En nuestros días, Nietzsche aparece entre nosotros como un catalizador de las perplejidades que nos obsesionan; con fascinación equívoca nos atrae y nos repele, nos abisma y nos exalta; nos aterra, nos indigna, pero siempre nos *interesa.* Quien tiene su opción hecha y su camino trazado ve en él la sirena que, *con su propia voz,* le seduce a desertar; quien vacila o busca, se lo encuentra en actitud retadora y solitaria en todas las encrucijadas; tanto el racionalista como el irracionalista se sienten atraídos por su mezcla, tan envidiablemente *lograda,* de lucidez y demencia.

Hay muchas lecturas de su obra que nuestra condición histórica descarta: no nos sirve como reformador polí-

tico, ni como sacerdote de otro culto, ni como audaz instaurador de una *nueva* metafísica. Todas éstas son lecturas positivas, tranquilizadoras a su modo y ya no es tiempo de nada de esto; hoy se busca la serenidad en las píldoras o en los espectáculos, no en el pensamiento; quien sueñe todavía con «la consolación de la filosofía», con la sabiduría que aparta de las dolorosas conmociones de la vida, es un filisteo o un anglosajón, no entiende o no quiere entender nada, agoniza, murió antesdeayer. Lo que Nietzsche nos brinda, con un talento y una fuerza incomparables, es su *provocación*. Para nosotros, lo esencial de Nietzsche es la *blasfemia*.

Blasfemia, pero no como simple injuria contra Dios o la corte celestial; también hay algo de eso, pero apenas nos interesa. Lo importante es que blasfema contra nosotros, contra ese humanista ilustrado, laico o incrédulo, por lo menos liberal, como mucho izquierdista, vagamente partidario del progreso y de las luces, higiénico, cariñoso para con sus semejantes, heroicamente vacilante en su lucha contra el fascismo y la desmesura política, idealista a sus horas, materialista en lo «científico», inconforme repantingado, creyente —escépticamente, no faltaba más— en los derechos humanos y en la igualdad de los sexos (al menos, en lo tocante a la remuneración del trabajo), romántico, asustado, drogado, débil, rencoroso, desconsolado por la pérdida de todo lo que fue bueno, bello, justo y legítimo, artista frustrado, espectador desahuciado... ese humanista que compra libros y que nunca se cansará de comprarlos, que como tú o yo, lector, no encuentra salida a lo de la «muerte» incurable de Dios. Nietzsche blasfema contra nosotros, como blasfemó sin cesar contra él mismo, que tantas cosas compartía con nosotros. Su reto nos llega a lo más profundo, nos hiere en lo más vivo: sus insultos y sus desprecios nos aciertan *siempre*. Tal clarividencia sería inexplicable si él no hubiese encontrado *en sí mismo* un ejemplar modélico de lo que detestaba; por algo Freud se refería a él como «el hombre que mejor se ha conocido a sí mismo de todos los que en el mundo han sido».

La blasfemia es esa palabra que, *forzosamente*, hemos

excluido de nuestro discurso, sea éste cual sea; la prohibición de pensar o de decir ciertas cosas es lo que nos permite pensar o hablar. Pero la tentación de esa palabra forcluida —perdón por el lacanismo— subyace todo lo dicho, lo posibilita y lo amenaza juntamente. Imaginemos el estremecimiento de horror que habría sentido Marat leyendo el «Franceses, un esfuerzo más todavía para llegar a ser republicanos»: ¡aquello era precisamente lo que no podía predicarse; la exclusión de esas formas de libertad postuladas por Sade, de su pavorosa igualdad, de su fraternidad incestuosa, era lo que permitía poner esas tres palabras —libertad, igualdad, fraternidad— en la bandera de la Revolución que aspiraba a convertirse en Estado! El terrible panfleto anulaba, con su blasfemia, la posibilidad de escribir una Constitución...

Aceptamos con relativa serenidad que se hable de «muerte de Dios», dado que esas palabras no significan gran cosa; pero nos sentimos zarandeados hasta las entretelas cuando Nietzsche blasfema contra las formas de fe en Dios que seguimos profesando, que no logramos dejar de profesar: la identidad personal, la razón científica, las «lecciones» y el sentido de la historia, las categorías gramaticales, la compasión, la autoinmolación, los derechos del hombre, el democratismo humanista... ¡Qué profundamente *cristiana* es nuestra sociedad cuando Nietzsche agita contra ella el tirso del paganismo! ¡Qué cristiano debió verse Nietzsche a sí mismo cuando se miró en el espejo de Dionisos! ¡Qué ingenuo es ese ateísmo que cree poder prescindir de Dios como de una *creencia*, manteniendo intactas la gramática y los justicieros ideales éticos! Nadie amenaza tanto como Nietzsche la satisfactoria imagen que cultiva de sí misma la sociedad «laica y materialista».

Como es de sobra sabido, Nietzsche goza de actualidad en Francia y España, entre quienes se dedican más o menos profesionalmente a eso de la «filosofía». No hay que asustarse: Nietzsche no va a entrar en la Academia. En lo que tiene de «sistemático» y «presentable», hace mucho que figura en los manuales; algunos profesores sazonan el no muy sabroso manjar que venden en sus tenderetes

con una o dos citas de Zaratustra: bien está un poco de pimienta en el estofado, pero nadie toma estofados de pimienta... Porque una de las instituciones que Nietzsche compromete de forma más radical es la de la *pedagogía:* la *transmisibilidad* del saber es puesta en cuestión desde una sabiduría de *momentos únicos.* Abierto a la experiencia, al azar, a la adivinación, Nietzsche es incompatible con el programa del curso, con el saber constituido; quienes claman contra él en nombre de lo científico, rara vez advierten hasta qué punto las exigencias epistemológicas de la ciencia corresponden a las de la trasmisibilidad pedagógica. Debemos pasarnos unos a otros algo lo suficientemente *vacío* como para que sirva para todos... *Aquí «rigor» es renunciar a la plenitud:* Nietzsche nunca pasó por esto.

Las obras que en Francia y España se han producido según la *experiencia* de leer a Nietzsche como *revulsivo,* poco tienen que ver con las descripciones tradicionales del «sistema» nietzscheano; escritas siempre no *sobre,* sino *a partir de* Nietzsche, tratan fundamentalmente de suponer una ruptura con *la expresión de la razón,* tal como funciona hasta el comienzo de la posguerra en el pensamiento europeo contemporáneo. No sólo no es tarea fácil, sino que quizá sea en cierta medida imposible: hasta la fecha, el experimento de Klossowski es el más logrado (ver bibliografía). Hoy, evidentemente, comienza ya a funcionar, al menos en Francia, una esclerotizada jerga neonietzcheana, y pululan obritas de epígonos cada vez más deficientes. Amenaza un *academicismo de puertas afuera;* el pensamiento que no quiera instalarse en él tendrá que seguir buscando campos de lucha para su expresión.

Pero éstos son problemas más o menos profesionales; a la mayoría de los lectores, afortunadamente, nada les importan. Las páginas de Nietzsche están ahí: que cada uno se arriesgue por ellas como pueda... Es una de las pocas lecturas filosóficas que en España han tenido inmediato y duradero impacto, perfectamente rastreable en la historia de lo mejor de nuestra literatura y nuestro pensamiento en este siglo. No hace falta ninguna *moda* para excusar su presentación ante el público de hoy.

Los fragmentos de Nietzsche han sido seleccionados, según se supondrá por lo hasta ahora dicho, con casi exclusiva atención al gusto personal: incluyo aquellos fragmentos que más me han interesado, aterrado, indignado, exaltado, *ayudado* en suma, a mí, Casi todas las obras de Nietzsche, tras su estilo fragmentario, tienen una fuerte unidad *estética* y no es fácil despedazarlas sin merma. En casos como el *Zaratustra, La genealogía de la moral* o incluso las *Intempestivas,* el efecto principal se pierde si no se lee la obra completa; en otros libros, la cadencia de los aforismos en su sucesión *no* es en absoluto irrelevante para gozar plenamente su sentido. El impacto general de este *Inventario* es sensiblemente distinto al que pueda producir la lectura de los libros de Nietzsche como un todo —lectura que, ocioso es decirlo, en ningún caso trata de sustituir u obviar—; se intenta, más bien, una especie de lectura transversal, simultaneando impresiones y enfoques de obras muy distintas, sin guiarnos por ninguna consideración cronológica en la colocación de los textos.

Los fragmentos se han agrupado en unos capítulos muy generales, centrados en lo que me parecen ser las principales obsesiones del autor; el título del capítulo nombra esa preocupación fundamental, y las palabras que le siguen apuntan *algunos* de los temas o perspectivas en que se desglosa. Muchos fragmentos, por supuesto, podrían figurar en varios capítulos: brindo el material al lector para que él lo ordene a su gusto, si tiene una especial furia taxonómica. El orden de los capítulos es el que me ha parecido más adecuado, pero no sabría fundamentarlo tampoco convincentemente.

He completado esta edición con una cronología de las obras de Nietzsche que ayude al lector minucioso a situar cada fragmento y con una bibliografía comentada de las principales obras contemporáneas sobre temas nietzscheanos existentes en lengua castellana.

FERNANDO SAVATER

Madrid, 16 de marzo de 1973.

CRONOLOGIA

1844: 15 de octubre: nace Federico Nietzsche.
1872: *El origen de la tragedia.*
1872-73-75: *El libro del filósofo (Estudios teoréticos).* Ed. postuma.
1873-74-75-76: *Consideraciones intempestivas.*
1878: *Humano, demasiado humano* (1.ª parte).
1880: *Humano, demasiado humano* (2.ª parte, «El viajero y su sombra»).
1881: *Aurora.*
1881-82: *La gaya ciencia.*
1883: *Así habló Zaratustra* (1.ª y 2.ª partes).
1884: *Así habló Zaratustra* (3.ª y 4.ª partes).
*1886: *Más allá del bien y del mal.*
1887: *La genealogía de la moral.*
1888: *El crepúsculo de los ídolos, El Anticristo,* * *Ecce homo.* Ed. postuma en 1808.
1889: Se abisma en la locura.
1900: Muere en Weimar Federico Nietzsche

Esta cronología no incluye más que las obras citadas en este *Inventario.* Lugar aparte merece el libro *La voluntad de poder,* en el que Nietzsche trabajó esporádicamente desde 1883 hasta 1888 y que fue publicado postumamente en 1901 y 1905; se trata de una serie de apuntes y esbozos del Nietzsche plenamente creador, ordenados (y probablemente mutilados) por su hermana, que fue quien preparó la edición. De todos modos, se trata de una obra *absolutamente fundamental* en el conjunto de la obra nietzscheana y la más influyente en pensadores actuales como Bataille y Klossowski, por lo que le hemos concedido amplia atención en esta antología. A través de su vida, Nietzsche tomó numerosos apuntes y comenzó numerosos textos que luego desechó al redactar sus obras principales: estos inéditos se van

publicando lentamente en los últimos años. En este *Inventario* son publicados con la referencia «Escritos postumos». En la correspondencia citada, se menciona el destinatario y fecha de la carta. Para las obras señaladas con un asterisco en la bibliografía, he manejado la edición de Andrés Sánchez-Pascual, publicada por Alianza Editorial, que es, con mucho, la más fidedigna versión castellana; en el resto de los casos, me basé en la traducción de las *Obras Completas,* en cinco tomos, trad. de Eduardo Ovejero, publicadas por Editorial Aguilar.

BIBLIOGRAFIA

(Sólo de obras publicadas en castellano)

No me detendré en las obras de exégesis tradicional del pensamiento nietzscheano, como las de Jaspers, Lowith, etc... Un resumen descriptivo de dicho pensamiento puede ser el libro de Eugen Fink *La filosofía de Nietzsche*, ed. por Alianza Editorial. Pasemos a las obras fundamentales de creación escritas *a partir* del discurso nietzscheano:

BATAILLE, Georges, *Sobre Nietzsche*, Taurus Ediciones.
BATAILLE, Georges, *La experiencia interior*, Taurus Ediciones.
DELEUZE, Gilles, *Nietzsche y la filosofía*, Ed. Anagrama.
FOUCAULT, Michel, *Marx, Nietzsche, Freud*, Ed. Anagrama.
KLOSSOWSKI, Pierre, *Nietzsche y el círculo vicioso*, Ed. Seix Barral.
TRÍAS, Eugenio, *La dispersión*, Taurus Ediciones.
TRÍAS, SAVATER, G. NORIEGA y otros, *En favor de Nietzsche*, Taurus Ediciones.

Para un muy inteligente estudio de lo dionisíaco en los diálogos platónicos, véase: *De usía a manía*, de Víctor GÓMEZ PIN, Ed. Anagrama.

Este libro es el trabajo de un hombre *subterráneo*, de un hombre que taladra, socava y roe. En él veréis, suponiendo que tengáis ojos para este trabajo subterráneo, cómo avanza lentamente, con circunspección y con una dulce inflexibilidad, sin que se adivinen las miserias que trae consigo una larga privación de aire y de luz; casi se le podría considerar dichoso durante su trabajo oscuro. ¿No se echa de ver cierta fe que le guía, cierto consuelo que le ameniza? ¿No parece, al mismo tiempo, que quiere conservar una larga oscuridad, la oscuridad de las cosas que le son propias, de las cosas incomprensibles, ocultas, enigmáticas, porque sabe cuál será su recompensa, su mañana, su propia redención, su propia aurora...? Ciertamente que volverá; no le preguntéis qué es lo que quiere allá abajo; ya os lo dirá él mismo, ese Trofonio, ese hombre de apariencia subterránea, en cuanto se haya vuelto a hacer otra vez *hombre*. No es posible callar cuando se ha sido *topo* tanto tiempo, siempre topo...

(Aurora.)

Se debe ser probo hasta la dureza en las cosas del espíritu, para poder soportar mi seriedad y mi pasión. Hay que estar acostumbrado a vivir en las montañas, y a ver a nuestros pies el miserable charlataneo de política y egoísmo de los pueblos que la época desarrolla. Hay que hacerse indiferente; no se debe preguntar si la verdad favorece o perjudica al hombre... Hay que tener una fuerza de predilección para los problemas que hoy asustan a todos; el valor de las cosas prohibidas: es preciso estar predestinado al laberinto.

(El Anticristo.)

No habla aquí un fanático, aquí no se «predica», aquí no se exige *fe:* desde una infinita plenitud de luz y una infinita profundidad de dicha va cayendo gota tras gota, palabra tras palabra —una delicada lentitud es el *tempo* propio de estos discursos—. Algo así llega tan sólo a los elegidos entre todos; constituye un privilegio sin igual el ser oyente aquí; nadie es dueño de tener oídos para escuchar a Zaratustra... ¿No es Zaratustra, con todo esto, un *seductor?*...

(Ecce Homo.)

1

DIONISOS

AFIRMACION; FIESTA; JUEGO; GOCE; RISA; DESEO; ARTE; TRAGEDIA; AZAR; CUERPO...

El ser en quien la abundancia de vida es más grande, Dionisos, el hombre dionisíaco, se complace no solamente en el espectáculo de lo terrible y de lo inquietante, sino que ama el hecho terrible en sí mismo y todo el lujo de destrucción, de disgregación, de negación; la malignidad, la insania, la fealdad le parecen lícitas en cierto modo, a consecuencia de la exuberancia que posee, y que es capaz de hacer de cada desierto un país fértil. Por el contrario, el hombre que más sufre, el más pobre en fuerza vital, es el que tendrá más necesidad de dulzura, de amenidad, de bondad, tanto en pensamientos como en acción, y, si es posible, un Dios que sería un Dios especial para enfermos, un *Salvador;* también tendría necesidad de lógica, de intangibilidad abstracta de la existencia, pues la lógica, tranquiliza, da confianza; en suma, de una cierta intimidad estrecha y cálida que disipa el temor, y de un confinamiento dentro de horizontes optimistas.

(La gaya ciencia.)

El que reverenciando en su corazón otras creencias se aproxime a los dioses olímpicos buscando elevación moral, santidad, espiritualidad incorpórea, y busque en su mirada el amor y la piedad, pronto desviará sus ojos irritado y descorazonado. Aquí nada recuerda el ascetismo, la inmaterialidad o el deber; es una vida exuberante, triun-

fante, en la cual todo, tanto el bien como el mal, está divinizado. Y ante este fantástico desbordamiento de vitalidad, el observador permanecerá perplejo y se pregunta en qué filtro encantado han podido beber aquellos hombres esta embriaguez vivificadora para que, sea cual sea la dirección en que miren, se les aparezca Helena, la de las dulces sonrisas, «cerniéndose como un símbolo voluptuoso», imagen ideal de su propia existencia. Sin embargo, debemos gritar a este contemplador desencantado: «No te alejes; escucha primero lo que cuenta la sabiduría popular de los griegos con motivo de esta vida misma que se despliega ante ti con tan inexplicable serenidad. Según la antigua leyenda, el rey Midas persiguió durante largo tiempo en el bosque, sin poder alcanzarle, al viejo Sileno, compañero de Dionisos. Cuando al fin logró apoderarse de él, el rey le preguntó qué cosa debía el hombre preferir a toda otra y estimar por encima de todas. Inmóvil y obstinado, el *daimon* permanecía mudo, hasta que por fin, obligado por su vencedor, se echó a reír y pronunció estas palabras: —Raza efímera y miserable, hija del azar y del dolor, ¿por qué me fuerzas a revelarte lo que más te valiera no conocer? Lo que debes preferir a todo es, para ti, lo imposible: es no haber nacido, *no ser*, ser la *nada*. Pero después de esto, lo que mejor puedes desear es... morir pronto.»

A los ojos de esta sabiduría popular, ¿qué significa el mundo de los dioses olímpicos? La visión plena de éxtasis del mártir torturado opuesta a sus suplicios.

Ahora el monte encantado del Olimpo se entreabre a nuestros ojos y nos deja ver los sitiales. El griego conoció y experimentó las angustias y los horrores de la existencia: para poder vivir tuvo necesidad de la evocación protectora y deslumbrante del ensueño olímpico. Esta perturbación extraordinaria frente a las potencias tiránicas de la Naturaleza; esta Moira tronando sin piedad por encima de todo conocimiento; este buitre que roe al gran amigo de la humanidad, a Prometeo; el espantoso destino del sabio Edipo; la maldición de la raza de los Atridas, que constriñó a Orestes al asesinato de su madre; en una palabra, toda esta filosofía del dios de los bosques y los

mitos que con ella se relacionan, esta filosofía por la que perecieron las sombras etruscas, todo esto fue echado por tierra y vencido por los griegos a perpetuidad, o por lo menos velado y separado de su mirada, con ayuda de ese mundo intermediario y estético de los dioses olímpicos. Para poder vivir fue preciso que los griegos, impulsados por la más imperiosa necesidad, creasen esos dioses; y podemos representarnos tal espectáculo de la primitiva teogonía tiránica del espanto, transformándose bajo el impulso de este instinto de belleza apolínea y llegando a ser, por insensibles transiciones, la teogonía de los goces olímpicos, como las rosas que nacen de un zarzal espinoso.

(El origen de la tragedia.)

Con la palabra «dionisíaco» se expresa un impulso hacia la unidad, un asir lo que está más allá de la persona, de lo que es cotidiano, de la sociedad, de la realidad sobre el abismo del crimen: un desbordamiento apasionado y doloroso en estados de ánimo hoscos, plenos, vagos; una extática afirmación del carácter complejo de la vida, como de un carácter igual en todos los cambios, igualmente poderoso y feliz; la gran comunidad panteísta del gozar y del sufrir, que aprueba y santifica hasta las más terribles y enigmáticas propiedades de la vida; la eterna voluntad de creación, de fecundidad, de retorno; el sentimiento de la única necesidad del crear y del destruir.

Con la palabra «apolíneo» se expresa el impulso a existir completamente para sí, el impulso hacia el *individuo,* a todo lo que simplifica, pone de relieve, da fortaleza, es claro, no equívoco, típico: la libertad bajo la ley.

Al antagonismo de estas dos fuerzas artísticas de la naturaleza va también necesariamente unido el ulterior desarrollo del arte, como el ulterior desarrollo de la humanidad va unido al antagonismo de los sexos. La abundancia de fuerza y de medida, la más alta forma de la afirmación de sí en una belleza audaz, noble, fría, es el apolinismo de la voluntad griega.

Esta oposición entre lo dionisíaco y lo apolíneo den-

tro del alma griega es uno de los grandes enigmas por los que yo me siento atraído en el estudio de la naturaleza de los griegos. En el fondo, yo no trataba de otra cosa que de adivinar por qué el apolinismo griego había madurado siempre en un subsuelo dionisíaco: el griego dionisíaco tuvo necesidad de devenir apolíneo, o sea, de emancipar su voluntad de lo enorme, de lo múltiple, de lo incierto, de lo terrible, haciendo de ello una voluntad de medida, de simplicidad, de inserción en la regla y el concepto. En el fondo del griego está lo desmesurado, el desierto, lo asiático: la bravura del griego consiste en la lucha contra su asiatismo; la belleza no le fue dada en dote, como no le fue dada la lógica ni la naturaleza de la costumbre; todo esto lo conquistó, lo quiso, lo trabajó: es su *victoria.*

(La voluntad de poder.)

LOS DOS TIPOS: DIONISOS Y EL CRUCIFICADO.—Para dilucidar si el hombre religioso típico es una forma de decadencia (los grandes innovadores son todos y cada uno enfermos y epilépticos); ¿pero no dejamos aparte un tipo del hombre religioso, el tipo pagano? El culto pagano ¿no es una forma de reconocimiento a la vida y de afirmación de la vida? ¡Tipo de un espíritu bien logrado y desbordante de arrebato extático! ¡Tipo de un espíritu que acoge en sí las contradicciones y los problemas de la vida, y los resuelve!

Aquí coloco yo al Dionisos de los griegos: la afirmación religiosa de la vida, de la vida entera, no negada ni desintegrada (es típico que el acto sexual despierte sentimientos de profundidad, de misterio, de respeto).

Dionisos contra el *Crucificado:* aquí tenéis la oposición. No es ésta una diferencia de martirio: el martirio tiene otro sentido. La vida misma, su eterna fecundidad y su retorno determinan el tormento, la destrucción, la voluntad de destrucción. En otro caso, el sufrimiento, el *Crucificado inocente,* es como una objeción contra esa vida, como fórmula de su condenación.

Se adivina: el problema es el del significado del sufrimiento: un sentido cristiano o un sentido trágico. En el primer caso, el sufrimiento es la vía que conduce a una santa existencia; en el segundo, la existencia es considerada lo bastante sagrada para justificar un enorme sufrimiento. El hombre trágico aprueba también el sufrimiento más áspero: para hacer esto es bastante fuerte, bastante completo, bastante divinizador; el cristiano dice *no* aun a la más feliz suerte que haya sobre la tierra, y es débil, pobre, lo bastante desheredado para sufrir de la vida en todas sus formas. El Dios en la cruz es una maldición lanzada sobre la vida, una indicación para librarse de ella. Dionisos despedazado es una promesa de vida; ésta renacerá eternamente y volverá de la destrucción.

(La voluntad de poder.)

¿Hay culpa, injusticia, contradicción, dolor, en este mundo?

Sí —exclama Heráclito—, pero sólo para el hombre de inteligencia limitada, que ve las cosas en su sucesión y no en su conjunto, no para el Dios cointuitivo; para éste, todos los contrarios se armonizan, de un modo invisible, es cierto, para la mirada vulgar del hombre, pero comprensible para el que, como Heráclito, es semejante al dios contemplativo. Ante su mirada de fuego, no queda ni una gota de injusticia en el mundo creado por él; y aun aquella contradicción cardinal, de cómo puede fundir el fuego puro en formas tan impuras, es resuelta por él en una doble comparación. Un devenir y un perecer, un construir y destruir, sin justificación moral alguna, eternamente inocente, sólo se dan en este mundo en el juego del artista y del niño. Y así como el niño y el artista juegan, juega el fuego, eternamente vivo, construye y destruye inocentemente; y este juego lo juega el «eón» consigo mismo. Transformándose en agua y en tierra, construye, como el niño, castillos de arena a la orilla del mar, edifica y derriba; de tiempo en tiempo, vuelve a comenzar el juego. Hay un momento de saturación; luego le acomete

de nuevo la necesidad, como al artista le obliga la necesidad a la creación. No un instinto de delincuencia, sino el siempre renaciente instinto del juego, es lo que llama nuevos mundos a la vida. El niño llega un momento en que tira el juguete; pero de nuevo lo recoge, y prosigue sus juegos con inocente inconstancia. Pero siempre que construye, lo hace según ciertas reglas y con un orden interior.

(La filosofía en la época trágica de los griegos.)

Haced como el viento cuando se precipita desde sus cavernas de la montaña: quiere bailar al son de su propio silbar, los mares tiemblan y dan saltos bajo sus pasos.

El que proporciona alas a los asnos, el que ordeña a las leonas, ¡bendito sea ese buen espíritu indómito, que viene cual viento tempestuoso para todo hoy y toda plebe, —que es enemigo de las cabezas espinosas y cavilosas, y de todas las mustias hojas y yerbajos: alabado sea ese salvaje, bueno, libre espíritu de tempestad, que baila sobre las ciénagas y las tribulaciones como si fueran prados!

El que odia los tísicos perros plebeyos y toda cría sombría y malograda: ¡bendito sea ese espíritu de todos los espíritus libres, la tormenta que ríe, que sopla polvo a los ojos de todos los pesimistas, purulentos!

Vosotros, hombres superiores, esto es lo peor de vosotros: ninguno habéis aprendido a bailar como hay que bailar —¡a bailar por encima de vosotros mismos! ¡Qué importa que os hayáis malogrado!

¡Cuántas cosas son posibles aún! *¡Aprended,* pues, a reíros de vosotros sin preocuparos de vosotros! Levantad vuestros corazones, vosotros buenos bailarines, ¡arriba!, ¡más arriba! ¡Y no me olvidéis tampoco el buen reír!

Esta corona del que ríe, esta corona de rosas: ¡a vosotros, hermanos míos, os arrojo esta corona! Yo he santificado el reír; vosotros, hombres superiores, *aprended* ¡a reír!

(Así habló Zaratustra.)

¡Amén! ¡Y alabanza, y honor, y sabiduría, y gratitud, y gloria, y fortaleza a nuestro Dios por los siglos de los siglos!

Y el asno respondió I-A.

El lleva nuestra carga, él tomó figura de siervo, él es paciente de corazón y no dice nunca no; y quien ama a su Dios, lo castiga.

Y el asno respondió I-A.

El no habla: excepto para decir siempre sí al mundo que creó; así alaba a su mundo. Su astucia es la que no habla; de este modo, rara vez se equivoca.

Y el asno respondió I-A.

Camina por el mundo sin ser notado. Gris es el color de su cuerpo, en ese color oculta su virtud. Si tiene espíritu lo esconde; pero todos creen en sus largas orejas.

Y el asno respondió I-A.

¡Qué oculta sabiduría es ésta, tener orejas largas y decir únicamente sí y nunca no! ¿No ha creado el mundo a su imagen, es decir, lo más estúpido posible?

Y el asno respondió I-A.

Tú recorres caminos derechos y torcidos; te preocupas poco de lo que nos parece derecho o torcido a nosotros los hombres. Más allá del bien y del mal está tu reino. Tu inocencia está en no saber lo que es inocencia.

Y el asno respondió I-A.

Mira cómo tú no rechazas a nadie de tu lado, ni a los mendigos ni a los reyes. Los niños pequeños los dejas venir a ti, y cuando los muchachos malvados te seducen, dices tú con toda sencillez I-A.

Y el asno respondió I-A.

Tú amas las asnas y los higos frescos, no eres un remilgado. Un cardo te cosquillea el corazón cuando tienes hambre. En esto está la sabiduría de un Dios.

Y el asno respondió I-A.

(Así habló Zaratustra.)

Precisamente en los misterios dionisíacos, en la psicología del estado de ánimo dionisiaco, se expresa el hecho

fundamental del instinto griego, su *voluntad de vivir.* ¿Qué es lo que se garantizaba el heleno con aquellos misterios? La vida eterna, el eterno retorno de la vida; el porvenir prometido y santificado en el pasado; el «sí» triunfal dicho a la vida, más allá de la muerte y del cambio; la verdadera vida considerada como el complejo sobrevivir mediante la generación, mediante los misterios de la sexualidad. Por esto, para los griegos el símbolo sexual fue el símbolo venerable en sí, el verdadero sentido profundo dentro de toda la religiosidad antigua. Todo detalle en el acto de la generación, del embarazo, del nacimiento, despertaba los sentimientos más altos y solemnes. En la doctrina de los misterios, el dolor es santificado; los *dolores de la parturienta* santifican el dolor en general; todo devenir y crecer, todo lo que garantiza el porvenir, va unido al dolor... Para que exista el eterno goce de crear, para que la vida se afirme eternamente a sí misma, debe existir también eternamente el *tormento de la parturienta.* Todo esto significa la palabra Dionisos; yo no conozco simbolismo más elevado que este simbolismo griego, el simbolismo de las fiestas dionisíacas. En él está religiosamente sentido el más profundo instinto de la vida, el del porvenir de la vida, el de la eternidad de la vida, y el mismo camino que conduce a la vida, la reproducción, es considerado como el camino sagrado... Sólo el cristianismo, que tiene en su base el rencor contra la vida, ha hecho de la sexualidad una cosa impura: cubrió de fango el principio, la premisa de nuestra vida...

La psicología del orgiasmo, entendido éste como exuberante sentimiento de vida y de fuerza, dentro del cual el mismo dolor obra como estimulante, me dio la clave para comprender el sentimiento trágico, el cual fue mal entendido, tanto por Aristóteles como, en particular, por nuestros pesimistas. La tragedia está tan lejos de demostrar algo en favor del pesimismo de los helenos en el sentido de Schopenhauer, que, por el contrario, debe ser considerada como la negación decidida del pesimismo y su afirmación contraria. El afirmar la vida hasta en sus

problemas más extraños y más duros, la voluntad de vida que, en sacrificio a sus tipos más altos, se alegra de su propia inagotabilidad, esto lo llamo yo dionisíaco, esto lo adivino como el puente hacia la psicología del poeta trágico.

(El ocaso de los ídolos.)

Debemos preguntarnos aquí si la potencia adversa contra la que se ha roto la tragedia será siempre lo suficientemente fuerte como para impedir el despertar de la tragedia y de la filosofía trágica. Si la tragedia antigua ha sido desviada por el instinto dialéctico del saber y por el optimismo científico, se podría concluir de este hecho un conflicto eterno entre la *concepción teórica* y la *concepción trágica* del mundo; y no podría esperarse un renacimiento de la tragedia más que en el momento en que el espíritu científico, al haber alcanzado sus límites, viese sus pretensiones a la universalidad aniquiladas por la evidencia de esos límites. Erigiríamos entonces, como símbolo de esta forma de civilización, la figura de *Sócrates músico* (...). Entiendo aquí bajo el nombre de espíritu científico la creencia según la cual la naturaleza es cognoscible íntegramente y el saber ejercer una acción salutífera universal. Esta creencia se manifestó por primera vez en la persona de Sócrates.

(El origen de la tragedia.)

La sensualidad, la avidez de dominio, el gusto de la apariencia y del engaño, un gran sentimiento de gratitud a la vida y a sus estados típicos; todo esto es esencial para el culto pagano, y tiene de su parte la buena conciencia. La contranaturaleza (ya en la antigüedad griega) combate lo que es pagano: combate en nombre de la moral y de la dialéctica.

(La voluntad de poder.)

Mi nueva vía hacia el sí.—La filosofía, tal como yo la he entendido y vivido hasta ahora, es la investigación voluntaria de los aspectos, aun los más detestados e infames, de la existencia. Por la larga experiencia que semejante peregrinación a través de los desiertos y glaciares me dio, aprendí a mirar de otro modo todo lo que hasta ahora ha filosofado; púsose en claro para mí la escondida historia de la filosofía, la psicología de sus grandes hombres. «¿Cuánta verdad soporta, cuánta verdad *osa* un espíritu?», éste fue para mí el verdadero criterio de los valores. El error es una *cobardía*... Toda conquista del conocimiento es consecuencia del valor, de la dureza consigo mismo, de la pureza para consigo mismo... Tal *filosofía experimental*, como yo la vivo, anticipa incluso, a modo de tentativa, la posibilidad del nihilismo sistemático; sin querer decir con esto que se detenga en una negación, en el «no», en una voluntad de negar. Más que esto, lo que quiere es penetrar hasta lo contrario —hasta una afirmación dionisíaca del mundo, cual éste es, sin detracción, ni excepción, ni elección—, quiere el círculo eterno; las mismas cosas, la misma lógica e idéntico ilogismo del encadenamiento; ser dionisíacos frente a la existencia; mi fórmula en este punto es «amor fati».

A tal fin, se deben entender no sólo como necesarios, sino como deseables, los lados de la existencia hasta ahora negados; deseables no sólo en relación con los lados hasta ahora afirmados (en cierto modo, como el complemento o la premisa de éstos), sino por amor a ellos mismos, como si fueran los lados de la existencia más poderosos, más fecundos, más verdaderos, en los que se expresa claramente la voluntad de la existencia.

Así también es necesario, a este fin, valorar los lazos de la existencia que hasta ahora han sido afirmados únicamente; comprender de dónde nace esta valoración y cuán poco obligatoria es para una valoración dionisíaca de la existencia; yo he extraído y he comprendido qué cosa es lo que afirma realmente aquí (por una parte, el instinto que sufre; por otra, el instinto del rebaño, y en tercer lugar, el instinto de la mayoría contra las excepciones).

Con esto adivinaba yo en cuán otra dirección debe fi-

gurarse la elevación y el incremento del hombre, una raza más fuerte; ésta debe figurarse hombres superiores, más allá del bien y del mal, más allá de aquellos valores que no pueden negar que nacen de la esfera del sufrimiento, del rebaño y de la mayoría; yo buscaba en la historia los datos de esta formación de un ideal invertido (descubrí de nuevo y fijé los conceptos de «pagano, clásico y noble»).

(La voluntad de poder.)

La primera cuestión no es la de si estamos contentos de nosotros, sino la de si estamos contentos de alguna cosa en general. Suponiendo que dijéramos que sí en un determinado momento, con ello habremos dicho, no sólo sí a nosotros mismos, sino a toda la existencia. Porque nada existe por sí mismo, ni en nosotros ni en las cosas, y aunque sólo una vez haya vibrado y resonado nuestra alma como una cuerda por la felicidad, sería necesaria toda la eternidad para reconstruir las condiciones de este único acontecimiento, y toda la eternidad habría sido aprobada, justificada y afirmada en este único momento en que decimos «sí».

(La voluntad de poder.)

Yo he puesto al conocimiento frente a imágenes tan terribles que en él es imposible todo «placer epicúreo». Basta sólo con la alegría dionisíaca; yo he sido el que ha descubierto lo trágico. Lo trágico fue mal entendido entre los griegos, a causa de su superficialidad moralística. ¡La misma resignación no es una enseñanza de la tragedia, sino una incomprensión de la tragedia! ¡La aspiración a la nada es la negación de la sabiduría trágica, es lo opuesto a ella!

(La voluntad de poder.)

Adquirir una elevación y una perspectiva de la observación tal que se comprenda que todo marcha como debe

marchar; que toda especie de «imperfección» y los sufrimientos que ésta produce forman parte de las cosas que más deben desearse.

(La voluntad de poder.)

También el arte dionisíaco quiere convencernos del eterno goce inherente a la existencia; pero no debemos buscar ese goce en las apariencias. Debemos reconocer que todo lo que nace tiene que estar dispuesto a una dolorosa decadencia, estamos obligados a sumergir nuestra mirada en lo horrible de la existencia individual, y, sin embargo, el terror no debe helarnos; la consolación metafísica nos arranca momentáneamente del engranaje de las migraciones efímeras. Somos verdaderamente, por cortos instantes, la esencia primordial misma, y sentimos su apetencia y la alegría desenfrenada de vivir; la lucha, la tortura, el aniquilamiento de las apariencias se nos manifiestan ahora como cosas necesarias ante la intemperante profusión de formas de vida que se presentan y luchan, en presencia de la fecundidad superabundante de la universal Voluntad. El aguijón furioso de estos tormentos viene a herirnos en el momento en que nos hemos identificado en cierto modo con la inconmensurable alegría primordial de la existencia, en el instante en que nos representamos, por medio del éxtasis dionisíaco, la inmutabilidad y la eternidad de este goce. A despecho del espanto y de la piedad, saboreamos la felicidad de vivir, no en cuanto individuos, sino en la unidad de la vida, confundidos y absorbidos en su placer creador.

(El origen de la tragedia.)

El arte y nada más que el arte. ¡El es el que hace posible la vida, gran seductor de la vida, el gran estimulante de la vida!

El arte es la única fuerza superior contraria a toda voluntad de negar la vida, es la fuerza anticristiana, la antibudística, la antinihilista por excelencia.

El arte como redención del hombre del conocimiento, de aquel que ve el carácter terrible y enigmático de la existencia, del que quiere verlo, del que investiga trágicamente.

El arte es la redención del hombre de acción, de aquel que no sólo ve el carácter terrible y enigmático de la existencia, sino que lo vive y lo quiere vivir; del hombre trágico y guerrero, del héroe.

El arte es la redención del que sufre, como camino hacia estados de ánimo en que el sufrimiento es querido, transfigurado, divinizado; en que el sufrimiento es una forma del gran encanto.

(La voluntad de poder.)

En las cosas principales yo concedo a los artistas mayores derechos que a todos los filósofos que han existido hasta hoy; éstos no perdieron los grandes rieles sobre los que camina la vida, amaron las cosas *de este mundo*, amaron sus sentidos. Tratar de *suprimir la sensualidad;* esto me parece una incomprensión o una enfermedad o una cura, cuando no es simplemente hipocresía y engaño de sí mismo. Yo me auguro a mí mismo y a todos los que pueden vivir sin los terrores de una conciencia de puritano, una espiritualización y una multiplicación de sus sentidos cada vez mayores; nosotros queremos ser gratos a los sentidos por su finura, por su plenitud y su fuerza, y por eso les ofrecemos nuestro mejor espíritu. ¿Qué nos importan las excomuniones sacerdotales o metafísicas de los sentidos? Ya no tenemos necesidad de estas excomuniones; es signo de buena constitución el hecho de que un hombre como Goethe se apegue con goce y cordialidad cada vez mayores a las *cosas del mundo.* De tal modo conserva la gran concepción del hombre, según la cual el hombre se hace el transfigurador de la existencia cuando aprende a transfigurarse a sí mismo.

(La voluntad de poder.)

PARA LA PSICOLOGÍA DEL ARTISTA.—Para que haya arte, para que exista cualquier acción o visión estética, es indispensable una condición fisiológica preliminar: la *embriaguez*. Es necesario primero que la embriaguez haya elevado el grado de excitabilidad de toda la máquina; de lo contrario, no se llega al arte. Toda clase de embriagueces, aunque tengan condiciones diversas, poseen aquella fuerza; sobre todo, la embriaguez de la excitación sexual, esa forma de embriaguez la más antigua y primitiva. Así, también la embriaguez que hay detrás de todo gran deseo, de toda fuerte emoción; la embriaguez de la fiesta, de la competencia, del acto de arrojo, de la victoria, de todo movimiento extremo; la embriaguez de la crueldad, la de la destrucción; la embriaguez producida por ciertas influencias meteorológicas; por ejemplo, la embriaguez de la primavera, o la producida por narcóticos; en fin, la embriaguez de la voluntad, de una voluntad acumulada e hipertrofiada (...).

Cuando estamos en tal estado de ánimo, nos atrevemos a todo a causa de nuestra propia plenitud; lo que se ve y se quiere, se ve hinchado, comprimido, fuerte, sobrecargado de fuerza. El hombre que se encuentra en tal estado transforma las cosas hasta que reflejan su poderío, hasta que son reflejos de su propia perfección. Este deber transformar en cosas perfectas es arte. Aun aquello que no llega a ser el hombre, es, sin embargo, un goce de sí mismo; en el arte, el hombre se goza a sí mismo como perfección.

(El ocaso de los ídolos.)

Unica vida posible: la del arte. De otro modo, se aparta uno de la vida. Las ciencias tienden a la destrucción total de la ilusión; de aquí se seguiría el quietismo, si no fuera por el arte.

(...)

¿Cómo nace el arte? Como un remedio contra el conocimiento. La vida no es posible más que gracias a las *ilusiones del arte.*

(El origen de la tragedia.)

El arte por el arte.—La lucha contra un fin en el arte es siempre la lucha contra la tendencia moralizadora del arte, contra la subordinación del arte a la moral. El «arte por el arte» significa: «váyase al diablo la moral». Pero esta misma enemistad revela la preponderancia del prejuicio. Cuando se ha excluido del arte el fin de la predicción moral y del perfeccionamiento de los hombres, de aquí se sigue aún que el arte en general queda privado de fin, de meta, de sentido, en suma, que es el arte por el arte (esto es, un gusano que se muerde la cola). «Antes ningún fin que un fin moral», así habla la pasión desnuda. En cambio, un psicólogo pregunta: ¿qué es lo que hace todo arte?, ¿no alaba?, ¿no glorifica?, ¿no elige?, ¿no extrae? Con todo esto el arte refuerza ciertas valoraciones... ¿Es esto sólo una cosa accesoria?, ¿un acaso?, ¿una cosa en que no toma parte el instinto del artista? O bien por el contrario: ¿no será quizá la capacidad del artista la premisa de todo esto?... El más profundo instinto del artista, ¿va hacia el arte o más bien hacia el sentido del arte, esto es, hacia la vida?, ¿hacia aquello que se puede desear en la vida?

El arte es el gran estimulante de la vida: ¿cómo se comprendería un arte que careciese de objeto y de fin, un «arte por el arte»? Queda una duda: el arte pone también de manifiesto algunas cosas feas, duras y enigmáticas de la vida. ¿No nos apartará con ello de la vida? Y, en realidad, filósofos fueron los que le atribuyeron este sentido: «desembarazarse de la voluntad» enseñó Schopenhauer que era la intención de conjunto del arte, y «disponernos a la resignación» fue por él celebrado como la mayor utilidad de la tragedia. Pero ésta (ya lo he dado a entender), es óptica de pesimistas y de «malos ojos»: se debe apelar a los mismos artistas. ¿Qué es lo que comunica de sí mismo el artista trágico? ¿No nos revela el estado de ánimo que no siente terror ante las cosas terribles y enigmáticas? Este mismo estado de ánimo es cosa altamente deseable: el que lo conoce, le tributa los más altos honores. Lo comunica, debe comunicarlo, si es artista, si es un genio de la comunicación. La bravura y la libertad del sentimiento ante un enemigo poderoso, frente

a sublimes dolores, frente a un problema que produce horror; tal victorioso estado de ánimo es lo que el artista trágico glorifica y elige. Ante la tragedia, lo que hay de guerrero en nuestra alma celebra sus saturnales; el que está habituado al sufrimiento, busca el sufrimiento, el hombre heroico exalta con la tragedia su propia existencia, a él sólo le ofrece la tragedia la copa de su más dulce crueldad.

(El ocaso de los ídolos.)

Nuestra religión, nuestra moral y nuestra filosofía son formas de la decadencia del hombre.

El *movimiento contrario* es el *arte.*

El filósofo *artista.* Concepto más elevado del arte. ¿Puede el hombre colocarse tan lejos de los demás hombres como para crear formas con ellos? (Ejercicios preparatorios: 1, el hombre que se forja a sí mismo, el solitario; 2, el artista como ha sido hasta ahora, esto es, el pequeño elaborador en una sola materia.)

El fenómeno «artista» es bastante transparente: partir de él para mirar a los instintos fundamentales del poder, de la Naturaleza, etc...; y también de las religiones y de la moral.

El juego, lo que es inútil, puede ser considerado como ideal del hombre sobrecargado de fuerza, como cosa *infantil.* La *infantilidad* de Dios.

(La voluntad de poder.)

No; si a nosotros los convalecientes nos hace falta un arte, será un arte muy *diferente:* un arte malicioso, ligero, fluido, divinamente artificial, un arte que brote como una llama clara en un cielo sin nubes.

(La gaya ciencia.)

AHORA Y ANTES.—¿Qué importa todo nuestro arte en las obras de arte, si el arte superior, que es el arte de las fiestas, empieza a desaparecer entre nosotros? En otro tiempo, todas las obras de arte eran expuestas sobre las grandes vías triunfales de la humanidad, y en conmemoración de momentos superiores y beneficiosos. Ahora, con las obras de arte se quiere a los pobres agotados y a los enfermos de la gran ruta de sufrimiento de la humanidad, para proporcionarles un pequeño momento de embriaguez y de locura.

(La gaya ciencia.)

Tenemos necesidad de cualquier arte petulante, flotante, danzante, burlón, infantil y dichoso para no perder esa *libertad que nos coloca por encima de las cosas* y que nuestro ideal exige de nosotros. Para nosotros sería un retroceso caer en la moral, precisamente con nuestra lealtad irritable, y, a causa de las exigencias demasiado severas que tenemos en esto para con nosotros mismos, acabar por convertirnos en monstruos y espantajos de virtud. También debemos *poder* colocarnos *por encima* de la moral; y no solamente colocarnos por encima de la moral con la tiesura inquieta de alguien que teme en cada momento resbalar y caer, sino también poder volar y jugar por encima de ella. ¿Cómo podríamos para esto prescindir del arte, prescindir de los locos? ¡Y mientras tengáis todavía *vergüenza* de vosotros mismos, sea en lo que sea, no podréis ser de los nuestros!

(La gaya ciencia.)

Voy a decir todavía unas palabras para los oídos más selectos: qué es lo que yo quiero, en realidad, de la música. Que sea jovial y profunda, como un mediodía de octubre. Que sea singular, traviesa, tierna, una pequeña y dulce mujer de perfidia y encanto... No admitiré nunca que un alemán *pueda* saber lo que es música.

(Ecce Homo.)

La música de más porvenir.—El primer músico sería para mí el que no conociese más que la tristeza de la más profunda dicha e ignorase toda otra tristeza. Hasta ahora no ha existido semejante músico.

(La gaya ciencia.)

No conozco ningún otro modo de tratar con tareas grandes que el *juego;* éste es, como indicio de la grandeza, un presupuesto esencial. La más mínima constricción, el gesto sombrío, cualquier tono duro en la garganta son, en su integridad, objeciones contra la persona, ¡y mucho más aún contra su obra!

(Ecce Homo.)

Las fiestas. Se debe ser muy grosero para no considerar el presente de los cristianos y de los valores cristianos como una presión bajo la cual se envía al diablo toda verdadera disposición para las fiestas. En la fiesta van comprendidos: orgullo, petulancia, relajación; un divino decir «sí» a sí mismo por plenitud y complementación animal; todos ellos estados de ánimo que no puede suscribir honradamente el cristiano. La fiesta es esencialmente pagana.

(La voluntad de poder.)

El animal de la tierra que sufre más fue el que inventó la *risa.*

(La voluntad de poder.)

Siempre estoy a la altura del azar; para ser dueño de mí tengo que estar desprevenido. Sea cual sea el instrumento, y aunque esté tan desafinado como sólo el instrumento «hombre» puede llegar a estarlo, enfermo tendría yo que encontrarme para no conseguir arrancar de él algo digno de ser escuchado.

(Ecce Homo.)

La convicción de que la vida no tiene valor y de que todos los fines nos engañan se impone a menudo a mi espíritu con tanta violencia, sobre todo cuando estoy en cama enfermo, que deseo saber más sobre este tema, pero sin esa amalgama de expresiones judeo-cristianas contra las cuales he debido adquirir, por indigestión, un no sé qué, un asco insuperable, de suerte que debo mantenerme en guardia para no ser injusto... La sed de conocer sigue siendo, según me parece, la última región de la voluntad de vida, zona intermedia entre el querer y el no querer, mitad purgatorio —en la medida en que miramos la vida con insatisfacción y desprecio—, mitad nirvana —en aquella en que acerca el alma al estado de pura contemplación.

(*Carta al Barón de Gersdorff*, 13-XII-1875.)

¡Edipo, asesino de su padre, esposo de su madre; Edipo, vencedor de la esfinge! ¿Qué significa para nosotros esta misteriosa tríada de acciones fatales? Una antiquísima creencia popular, de origen persa, pretende que un mago profeta no pueda ser engendrado más que por el incesto; lo que, respecto a Edipo, adivinador de enigmas y que poseyó a su madre, debemos interpretarlo así: cuando por una fuerza mágica y fatídica es desgarrado el velo del porvenir, pisoteada la ley de la individuación y violado el misterio de la Naturaleza, una monstruosidad antinatural, como el incesto, debe ser la causa previa. Pues, ¿cómo forzar a la Naturaleza a entregar sus secretos si no es resistiéndola victoriosamente, es decir, por actos contra Naturaleza? En esta horrible tríada de destinos de Edipo reconozco la marca evidente de esta verdad: aquel mismo que resuelve el enigma de la Naturaleza —la híbrida Esfinge— debe también, como asesino de su padre y esposo de su madre, quebrantar las más santas leyes de la Naturaleza. Sí; el mito parece murmurar en nuestro oído que la sabiduría, y justamente la sabiduría dionisíaca, es una abominación contra Naturaleza; que aquel que por su saber precipita a la Naturaleza en el abismo de la

nada, debe atenerse también a experimentar por sí mismo los efectos de la disolución de la Naturaleza.

(El origen de la tragedia.)

Lo que se hace por amor acontece siempre más allá del bien y del mal.

(Más allá del bien y del mal.)

Madurez del varón: significa haber reencontrado la seriedad que de niño se tenía al jugar.

(Más allá del bien y del mal.)

En última instancia, lo que amamos es nuestro deseo, no lo deseado.

(Más allá del bien y del mal.)

SIGNIFICACIÓN DE LA LOCURA EN LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD.—Si a pesar de ese formidable yugo de la moralidad de las costumbres, bajo el cual han vivido todas las sociedades humanas; si durante miles de años antes de nuestra era, y aun en el curso de ésta hasta nuestros días (nosotros mismos vivimos en un pequeño mundo de excepción y, en cierto modo, en la zona mala), las ideas nuevas y divergentes, las apreciaciones y los instintos contrarios han surgido siempre renacientes, no fue porque estuviesen bajo la égida de un salvoconducto terrible: casi en todas partes la locura es la que allana el camino de la idea nueva, la que rompe la barrera de una costumbre, de una superstición venerada. ¿Comprendéis por qué ha sido precisa la ayuda de la locura? ¿De algo que fuese tan terrorífico e incalculable, en la voz y en la actitud, como los caprichos demoníacos de la tempestad y el mar, y, por consiguiente, de algo que fuese al mismo tiempo digno

de temor y de respeto? ¿De algo que mostrase, como las convulsiones y los espumarajos del epiléptico, el signo visible de una manifestación absolutamente involuntaria; de algo que pareciera imprimir al alienado el sello de alguna divinidad de la que él fuese máscara y portavoz; de algo que inspirase aún al promotor de una idea nueva la veneración y el temor de sí mismo, y no ya los remordimientos, y que le impulsase a ser el profeta y el mártir de esta idea?

(Aurora.)

... Me paseo por todas partes vestido con mi pantalón de estudiante, aquí y allá doy una palmada a alguien en el hombro y le digo: *siamo contenti? son dio, ho fatto questa caricatura...*

(Carta a J. Burckhardt, Turín, 5-I-1889.)

2

INTERPRETACION

SABIDURIA; CIENCIA; CONOCIMENTO; LENGUAJE; LOGICA; VERDAD; ERROR Y MENTIRA; EL SUJETO; LAS MASCARAS...

Contempla el rebaño que ante ti se apacienta. No sabe lo que es ayer ni lo que es hoy; corre de aquí para allá, come, descansa y vuelve a correr, y así desde la mañana hasta la noche, un día y otro, ligado inmediatamente a sus placeres y dolores, clavado en el momento presente, sin demostrar ni melancolía ni aburrimiento. El hombre contempla con tristeza semejante espectáculo, porque se considera superior a la bestia, y, sin embargo, envidia su felicidad. Esto es lo que él quisiera: no sentir, como la bestia, ni disgusto ni sufrimiento, y, sin embargo, lo quiere de otra manera, porque no puede querer como la bestia: «¿Por qué no me hablas de tu felicidad y no haces más que mirarme?» Y la bestia quisiese responder y decir: «porque olvido a cada instante lo que quiero responder». Ahora bien, mientras preparaba esa respuesta, ya la había olvidado, y se calló, de suerte que el hombre quedóse asombrado.

(Consideraciones intempestivas.)

RAZÓN.—¿Cómo ha aparecido la razón en el mundo? De una manera irracional, por azar. Será preciso adivinar este azar como un enigma.

(Aurora.)

La filosofía griega parece empezar con una proposición absurda, con la afirmación: el agua es el origen y la matriz de todas las cosas. ¿Es que realmente debemos de permanecer tranquilos y serios al oír semejante proposición? Sí, por tres razones: en primer lugar, porque la proposición dice algo sobre el origen de las cosas; en segundo lugar, porque lo dice sin imágenes ni expresiones místicas, y, por último, en tercer lugar, porque en ella está contenido, si bien larvado, el pensamiento: «todo es uno».

(La filosofía en la época trágica de los griegos.)

CONSUELO EN EL PELIGRO.—Los griegos, en una vida que estaba rodeada de grandes peligros y cataclismos, buscaban en la meditación y en el conocimiento una especie de seguridad de sentimiento y un último refugio. Nosotros, que vivimos en una quietud incomparablemente más grande, hemos trasladado el peligro a la meditación y al conocimiento, y *en la vida* es dónde reposamos y nos defendemos de este peligro.

(Aurora.)

ORIGEN DEL CONOCIMIENTO.—Durante espacios enormes de tiempo, el intelecto no ha engendrado más que errores; algunos de estos errores parecen ser útiles y conservadores de la especie; el que los combate, o bien los acepta por herencia, realiza la lucha para él y sus descendientes con más felicidad. Hay muchos de estos artículos de fe erróneos que, transmitidos por la herencia, han terminado por ser una especie de masa y fondo humanos; se admitía, por ejemplo, que existen cosas que son semejantes, que existen objetos, materias, cuerpos, que una cosa es lo que parece ser, que nuestra voluntad es libre, que lo que es bueno para unos es bueno en sí. Sólo muy posteriormente se presentarán aquellos que niegan y ponen en duda semejantes afirmaciones; sólo muy posteriormente surge la verdad, esa forma la menos eficaz del conocimiento. Parece que no se puede vivir con ella, porque

nuestro organismo está conformado para lo contrario de la verdad; todas sus funciones superiores, las percepciones de los sentidos y, de una manera general, toda clase de sensación, trabajan con esos antiguos errores fundamentales, ya asimilados. Más aún: esas proposiciones, en los límites del conocimiento, se convirtieron en normas, según las cuales se evaluaba lo *verdadero* y lo *no verdadero*, hasta los límites más alejados de la lógica pura. Por consiguiente, la fuerza del conocimiento no reside en su grado de verdad, sino de antigüedad, en su grado de asimilación, en su carácter en cuanto condición vital. Allí donde estas dos cosas: vivir y conocer, parecían entrar en contradicción, no hubo jamás lucha seria; en este campo, la negación y la duda eran locura. Estos pensadores de excepción que, como los eléatas, establecieron y mantuvieron, a pesar de todo, las antinomias de errores naturales, se imaginaron que era posible *vivir* tales antinomias; inventaron el sabio, el hombre de la inmutabilidad, de la impersonalidad, de la universalidad de concepción, a la vez uno y todo, con una facultad propia para este conocimiento al revés; creían que su conocimiento era al mismo tiempo el principio de la *vida*. Sin embargo, para poder pretender todo esto, tenían necesidad de *engañarse* sobre su propio estado; tuvieron que atribuirse la impersonalidad y la duración sin cambio, desconocer la esencia del conocimiento, negar el poder de los instintos en el conocimiento y considerar, en general, la razón como una actividad absolutamente libre, nacida de sí misma; no querían ver que ellos también habían llegado a sus principios, ya contradiciendo las cosas existentes, ya por necesidad de reposo, o de posesión, o de dominación. El desarrollo más sutil de la probidad y del escepticismo hacía al fin a los hombres igualmente imposibles. Su vida y su juicio aparecieron igualmente como dependientes de antiguos instintos y errores fundamentales de toda vida sensitiva. Este escepticismo y esta probidad más sutil parecían «aplicables» a la vida, porque ambos se compaginaban con los errores fundamentales, en que se podía discutir sobre el mayor o menor grado de utilidad para la vida; del mismo modo, allí donde los principios nuevos,

sino se mostraban más favorables para la vida, por lo menos no le eran dañinos, por ser más bien las manifestaciones de un instinto de juego intelectual, inocente y feliz como todo lo que es juego. Poco a poco, el cerebro humano se llenó de esos juicios y de esas convicciones, y en esta aglomeración se produce una fermentación, una lucha y un deseo de poder. No sólo la utilidad y el placer, sino también toda clase de instinto, tomaron parte en la lucha por las *verdades;* la lucha intelectual se convirtió en una ocupación, en un placer, en una vocación y en una dignidad; el conocimiento y la aspiración a lo verdadero tomó por fin posesión como una necesidad al lado de otras necesidades. Desde entonces, no sólo la fe y la convicción, sino también el examen, la negación, la desconfianza, la contradicción, se convirtieron en una *potencia,* todos los malos instintos fueron subordinados al conocimiento, puestos a su servicio; se les comunicó el brillo de lo que está permitido, de lo que es venerado y útil, y finalmente la mirada y la inocencia del «bien». El conocimiento fue entonces un pedazo de la vida misma, y, en cuanto vida, un poder siempre creciente; hasta que al fin el conocimiento y ese antiguo error fundamental chocasen recíprocamente, siendo los dos reunidos la vida, el poder, ambos en el mismo hombre. El pensador; he aquí ahora el ser en el que el instinto de verdad y estos errores que conservan la vida libran su primer combate, después que el instinto de verdad, él también, se ha afirmado como un poder que conserva la vida. Con relación a la importancia de esta lucha, todo lo demás es indiferente; en lo que se refiere a la condición vital, la última cuestión es aquí puesta, y la primera tentativa para responder por la experiencia a esta cuestión, está hecha. ¿Hasta qué punto soporta la verdad la asimilación? He aquí la cuestión, he aquí la experiencia.

(La gaya ciencia.)

Creemos saber algo de las cosas mismas cuando hablamos de árboles, de colores, de nieve y de flores y no poseemos, sin embargo, nada más que metáforas de las co-

sas, que no corresponden en absoluto a las entidades originales (...), la X enigmática de la cosa en sí es tomada una primera vez como excitación nerviosa, otra como imagen, finalmente como sonido articulado (...).

Pensemos particularmente en la formación de los conceptos. Toda palabra se convierte inmediatamente en concepto por el hecho de que no debe servir para la experiencia original, única, absolutamente individualizada, a la cual debe su nacimiento, en calidad de recuerdo, sino que debe servir al mismo tiempo para experiencias innumerables, más o menos análogas, es decir, hablando estrictamente, nunca idénticas y no debe convenir más que a casos diferentes. Todo concepto nace de la identificación de lo no idéntico (...). Las verdades son ilusiones que se ha olvidado que lo son, metáforas desgastadas que han perdido su fuerza sensible, monedas de las que se ha borrado el cuño y que son ya consideradas, no como monedas, sino como metal.

(...) Mientras que cada metáfora de la intuición es individual y sin igual y, por este hecho, sabe siempre huir de toda denominación, el gran edificio de los conceptos muestra la rígida regularidad de un cementerio romano y exhala en la lógica esa severidad y esa frialdad propia de las matemáticas. Quien se vea impregnado de esa frialdad creerá difícilmente que el concepto, de hueso y octogonal como un dado, e inamovible como éste, no es más que el *residuo de una metáfora*, y que la ilusión de la trasposición artística de una excitación nerviosa en imágenes, si no es la madre, es al menos la abuela de todo concepto. (...) Sólo merced al olvido del mundo primitivo de las metáforas, sólo por el endurecimiento y rigidización de lo que era en su origen una masa de imágenes surgiendo, en una ardiente oleada, de la capacidad original de la imaginación humana, sólo por la invencible creencia en que *este* sol, *esta* ventana, *esta* mesa son verdades en sí, en resumen, sólo por el hecho de que el hombre se olvida en tanto que sujeto, y esto en tanto que *sujeto de la creación artística*, logra vivir con cierto reposo, cierta seguridad y cierta consecuencia.

(El libro del filósofo.)

Pero nadie realiza impunemente tan terribles abstracciones, como «lo que es» y «lo que no es»; la sangre se hiela cuando se las toca (...). Las palabras no son más que símbolos que expresan las relaciones de las cosas entre sí y para con nosotros y dejan intacta la verdad absoluta; y la palabra «ser» indica solamente la relación más general, la relación que relaciona todas las cosas, así como la palabra «no ser». Pero si no se trata de demostrar la existencia misma de las cosas, la relación de las cosas entre sí, el llamado ser y no ser no nos sirve para acercarnos un sólo paso al país de la verdad. Por medio de palabras y de conceptos no llegaremos nunca a traspasar el muro de las relaciones y a penetrar, por ejemplo, en un fabuloso origen de las cosas; y aún tratándose de las formas puras de la sensibilidad y de la inteligencia, del espacio, del tiempo y de la causalidad, éstas no nos pueden proporcionar nada que se parezca a una «veritas aeterna». Es absolutamente imposible para el sujeto querer ver y conocer algo elevándose por encima de sí mismo; tan imposible, que ser y conocer son las esferas más contrarias.

(La filosofía en la época trágica de los griegos.)

—Todo lo que es profundo ama la máscara; las cosas más profundas de todas sienten incluso odio por la imagen y el símbolo. ¿No sería la *antítesis* tal vez el disfraz adecuado con que caminaría el pudor de un dios? Es ésta una pregunta digna de ser hecha: sería extraño que ningún místico se hubiera atrevido aún a hacer algo así consigo mismo. Hay acontecimientos de especie tan delicada que se obra bien al recubrirlos y volverlos irreconocibles con una grosería; hay acciones realizadas por amor y por una magnanimidad tan desbordante que después de ellas nada resulta más aconsejable que tomar un bastón y apalear de firme al testigo de vista; a fin de ofuscar su memoria. Más de uno es experto en ofuscar y apalear su propia memoria, para vengarse al menos de ese único cómplice —el pudor es rico en invenciones—. No son las cosas peores aquellas de que más nos avergonzamos; no es sólo perfi-

dia lo que se oculta detrás de una máscara, hay mucha bondad en la astucia. Yo podría imaginarme que un hombre que tuviera que ocultar algo precioso y frágil rodase por la vida grueso y redondo como un verde y viejo tonel de vino, de pesados aros; la sutileza de su pudor así lo quiere. A un hombre que posea profundidad en el pudor, también sus destinos, así como sus decisiones delicadas, le salen al encuentro en caminos a los cuales pocos llegan alguna vez y cuya existencia no le es lícito conocer ni a sus más próximos e íntimos; a los ojos de éstos queda oculto el peligro que corre su vida, así como también su reconquistada seguridad vital. Semejante escondido, que por instinto emplea el hablar para callar y silenciar, y que es inagotable en escapar a la comunicación, *quiere* y procura que sea una máscara de él la que circule en lugar suyo por los corazones y las cabezas de sus amigos; y suponiendo que no lo quiera, algún día se le abrirán los ojos y verá que, a pesar de todo, hay allí una máscara de él —y que es bueno que así sea—. Todo espíritu profundo necesita una máscara; más aún, en torno a todo espíritu profundo va creciendo continuamente una máscara, gracias a la interpretación constantemente falsa, es decir, *superficial*, de toda palabra, de todo paso, de toda señal de vida que él da.

(Más allá del bien y del mal.)

Disfrazarse siempre; cuanto más alta es la estirpe de un hombre más necesita del incógnito. Si hubiese un Dios, éste debería, aunque no fuera más que por motivos de decoro, mostrarse en el mundo solamente como hombre.

(La voluntad de poder.)

La soberbia y la náusea espirituales de todo hombre que haya sufrido profundamente —la jerarquía casi viene determinada por el *grado* de profundidad a que los hombres pueden llegar en su sufrimiento—, su estremecedo-

ra certeza, que le impregna y colorea completamente, de *saber más*, merced a su sufrimiento, que lo que pueden saber los más inteligentes y sabios, de ser conocido y haber estado alguna vez «domiciliado» en muchos mundos lejanos y terribles, de los que «*¡vosotros* nada sabéis!»..., esa soberbia espiritual y callada del que sufre, ese orgullo del elegido del sufrimiento, del «iniciado», del casi sacrificado, encuentra necesarias todas las formas de disfraz para protegerse del contacto de manos importunas y compasivas y, en general, de todo aquello que no es su igual en el dolor. El sufrimiento profundo vuelve aristócratas a los hombres, separa. Una de las formas más sutiles de disfraz es el epicureísmo, así como una cierta valentía del gusto, exhibida a partir de ese momento, la cual toma el sufrimiento a la ligera y se pone en guardia contra todo lo triste y profundo. Hay «hombres joviales» que se sirven de la jovialidad porque, merced a ella son malentendidos —*quieren* ser malentendidos—. Hay «hombres científicos» que se sirven de la ciencia porque ésta proporciona una apariencia jovial y porque el cientifismo lleva a inferir que el hombre es superficial —quieren inducir a una falsa inferencia—. Hay espíritus libres e insolentes que quisieran ocultar y negar que son corazones rotos, orgullosos, incurables; y a veces la misma necedad es la máscara usada para encubrir un saber desventurado demasiado cierto. De lo cual se deduce que a una humanidad más sutil le es inherente el tener respeto «por la máscara» y el no cultivar la psicología y la curiosidad en lugares falsos.

(Más allá del bien y del mal.)

LA CONCIENCIA DE LA APARIENCIA.— ¡Qué lugar admirable ocupo yo, con mi conocimiento, frente a la existencia entera; cuán nuevo me parece éste y, al mismo tiempo, qué espantoso e irónico! He descubierto *para mí* que la vieja humanidad, la vieja animalidad, y aún todos los tiempos primitivos y el pasado de toda existencia sensible, continúan viviendo en mí, escribiendo, amando, odiando; para concluir, me he despertado repentinamente en medio de

este ensueño, pero sólo para adquirir conciencia de que soñaba y que *es preciso* que siga soñando para no sucumbir; como el sonámbulo necesita seguir durmiendo para no matarse. ¿Qué es, desde ahora, para mí, la *apariencia?* No ciertamente lo contrario de un *ser* cualquiera; ¿qué puedo enunciar de este ser si no son los atributos de su apariencia? ¡No es ciertamente una máscara inanimada que se podría poner y quizá quitar a una X desconocida! La apariencia es para mí la vida y la acción misma que, en su ironía de sí misma, llega hasta hacerme sentir que hay apariencia y fuego fatuo allí y danza de elfos y nada más; que entre esos soñadores, yo también, yo, *que busco el conocimiento,* danzo al compás de todo el mundo; que el *conocedor* es un medio para prolongar la danza terrestre, y que, en razón de esto, forma parte de los maestros de ceremonias de la vida, y que la sublime consecuencia y el lazo de todos los conocimientos es, y será quizá, el medio supremo para mantener la generalidad del ensueño, la inteligencia entre todos esos soñadores y, por esto mismo, *la duración del ensueño.*

(La gaya ciencia.)

Precisemos, en cambio, finalmente, de qué modo consideramos nosotros (digo nosotros por cortesía) el problema del error y la apariencia. En otro tiempo se tomaba la variación, el cambio, el devenir en general, como una prueba de la apariencia, como indicio de que allí debía haber algo que inducía a error. Hoy, por el contrario, vemos exactamente tan lejos como el prejuicio de la razón nos obliga, la unidad, la identidad, la duración, la sustancia, la causa, la materialidad, el ser, y en cierto modo nos inserta en el error, nos hace necesario el error; porque, a base de una verificación rigurosa, estamos en nuestro interior seguros de que aquí está el error. En este punto, las cosas no marchan de otro modo que con los movimientos de las grandes constelaciones; en éstas el error tiene por abogado constante nuestros ojos; en las demás cosas tiene por abogado nuestro lenguaje. El lenguaje, por

su origen, pertenece a la época de la forma más rudimentaria de psicología; caemos en un grosero fetichismo cuando adquirimos conciencia de las premisas fundamentales de la metafísica del lenguaje, o sea, de la razón. El lenguaje ve por todas partes, en sus orígenes, agentes y acciones; cree que la voluntad es en general una causa; cree en el *yo*, en el yo como un ser, en el yo como sustancia, y proyecta, sobre todas las cosas, la creencia en el yo sustancia; crea con esto la noción de «cosa»... El ser es pensado e introducido en las cosas como causa, es *supuesto;* de la concepción del yo se sigue precisamente como deducción el concepto del *ser*. Al principio aparece aquel grande y profundo error de creer que la voluntad es una cosa que obra, que la voluntad es una *facultad*... Hoy sabemos que es simplemente una palabra. Mucho más tarde, en un mundo mil veces más iluminado, la seguridad, la certidumbre subjetiva en el manejo de las categorías de la razón llega a la conciencia de los filósofos con su sorpresa; éstos concluyeron que dichas categorías no podían provenir del empirismo; antes al contrario, que todo empirismo estaba en contradicción con ellas. ¿De dónde venían, pues? Y en la India, como en Grecia, se cometió el mismo error: «Nosotros debemos haber habitado ya anteriormente un mundo superior (en vez de decir en un mundo muy inferior, con lo que habríamos dicho la verdad); debemos haber sido divinos, porque tenemos la razón.» En realidad, nada posee tan ingenua fuerza de persuasión como el error del ser; tal como fue, por ejemplo, formulado por los eleáticos; tiene en su favor cada palabra, cada período que pronunciamos.

Los mismos adversarios de los eleáticos sucumbieron a la seducción de su concepto del ser; Demócrito, entre otros, cuando encontró su átomo... La «razón» en el lenguaje: ¡oh, qué vieja hembra engañadora! Yo creo que no nos vamos a desembarazar de Dios porque creemos aún en la gramática...

(El ocaso de los ídolos.)

¡Egoísmo! Pero aún no ha preguntado nadie qué clase de *ego*. Por el contrario, todos consideran los *egos* como iguales. Estas son las consecuencias de las teorías del «suffrage universel» y de la «igualdad», forjada por los esclavos.

El «yo» —¡que no es lo mismo que la dirección unitaria de nuestro ser!— es sólo una síntesis conceptual; por consiguiente, no hay una conducta «egoísta».

(La voluntad de poder.)

El yo no consiste en la actitud de un solo ser respecto a diversas entidades (instintos, pensamientos, etc...); por el contrario, el yo es una pluralidad de fuerzas casi personificadas, de las que, ora una, ora otra, ocupa el proscenio y toma el aspecto del yo; desde este lugar, contempla a las otras fuerzas, como un sujeto contempla un objeto que le es exterior, un mundo exterior que le influencia y le determina. El punto de subjetividad es móvil; probablemente experimentamos los grados de fuerzas y de instintos de una manera especial (más o menos próxima, más o menos alejada); experimentamos como un paisaje o como un plano lo que, en realidad, es una multiplicidad de grados cuantitativos. Llamamos «yo» a lo que nos es más próximo (tenemos la tendencia de no considerar como tal lo que está alejado de nosotros). Habituados a esta imprecisión que consiste en distinguir el «yo» y el «resto» (tú), instintivamente *hacemos de lo que predomina momentáneamente el «yo» total.* Actuamos respecto a nosotros mismos como respecto a una pluralidad; y situamos en esa pluralidad todas las «relaciones sociales», todos los usos sociales que practicamos con hombres, animales, regiones y cosas. Nos disimulamos, nos fingimos, nos damos miedo, nos dividimos en partidos, nos representamos tribunales, nos atacamos, nos torturamos, nos glorificamos, nos hacemos nuestro dios con tales tendencias de nosotros mismos, con otras nuestro demonio, somos respecto a nos-

otros mismos tan sinceros y tan hipócritas como solemos serlo en sociedad.

(Escritos póstumos.)

El sujeto (o, hablando de un modo más popular, *el alma)* ha sido hasta ahora en la tierra el mejor dogma, tal vez porque a toda la ingente muchedumbre de los mortales, a los débiles y oprimidos de toda índole, les permitía aquel sublime autoengaño de interpretar la debilidad misma como libertad, interpretar su ser así-y-así como *mérito.*

(La genealogía de la moral.)

La *experiencia interior* no llega a nuestra conciencia sino después de haber encontrado un lenguaje que el individuo pueda comprender, es decir, la transposición de un estado a otro más conocido. «Comprender» es simplemente poder expresar algo de nuevo en el lenguaje de una cosa antigua, conocida. Por ejemplo: «Yo me siento mal»; semejante juicio supone una grande y tardía neutralidad por parte del observador; el hombre ingenuo dirá siempre: tal o cual cosa hace que yo me sienta mal; no juzgará claramente su malestar sino cuando vea una razón para sentirse mal... Llamo a esto una falta de filología; poder leer un texto es la forma más tardía de la *experiencia interior,* quizá es una forma apenas posible...

Contra el positivismo que se limita al fenómeno «sólo hay hechos», diría yo; no, hechos precisamente no los hay, lo que hay son interpretaciones. No conocemos ningún hecho en sí; quizá sea un absurdo pretender semejante cosa.

Todo es subjetivo, os digo yo; pero esto ya es interpretación. El «sujeto» no es nada dado, sino algo añadido, imaginado, algo que se esconde detrás. Por último, ¿es necesario también poner una interpretación detrás de la interpretación? Ya esto es poesía, hipótesis.

El mundo es cognoscible en cuanto la palabra «cono-

cimiento» tiene algún sentido; pero es susceptible de muchas interpretaciones, no tiene ningún sentido fundamental, sino muchísimos sentidos. Perspectivismo.

Esencial: partir del cuerpo y utilizarlo como guía. Es el fenómeno más rico, el que permite observaciones más claras. La creencia en el cuerpo está mejor fundamentada que la creencia en el espíritu.

(La voluntad de poder.)

En último término, el hombre no encuentra en las cosas sino lo que él mismo ha puesto en ellas; este volver a encontrar se llama ciencia, introducir se llama arte, religión, amor, orgullo. En ambas cosas, aunque fueran juegos de niños, se debería continuar con buen ánimo, los unos para volver a encontrar, los otros —¡nosotros!— para introducir.

Mis escritos afirman constantemente que el valor del mundo se encuentra en nuestra interpretación (que acaso en cualquier otro lugar son posibles otras interpretaciones distintas de las simplemente humanas); que las interpretaciones hasta ahora admitidas son evaluaciones perspectivas, en virtud de las cuales nos conservamos en la vida, o sea, en la voluntad de poderío, en el aumento del poder; que toda elevación del hombre lleva consigo la superación de interpretaciones más restringidas; que cada consecución de nueva fuerza y de extensión del poder abre nuevas perspectivas y significa creer en nuevos horizontes. El mundo que nos interesa es falso, esto es, no un hecho, sino una imaginación y un englobamiento de una escasa suma de observaciones; es fluido, como cosa que deviene como una falsedad que constantemente se desvía, que no se acerca nunca a la verdad, porque no hay «verdad» ninguna.

(La voluntad de poder.)

NUESTRO NUEVO «INFINITO».—Saber hasta dónde llega el carácter perspectivo de la existencia; o siquiera saber si la existencia posee también otro carácter, si una existencia sin explicación, sin *razón*, no es *sinrazón*, si, por otra parte, toda existencia no es esencialmente *explicativa*, es cosa que no puede ser decidida por los exámenes y los análisis del intelecto más asiduos y más minuciosamente científicos; el espíritu humano, durante ese análisis, no puede hacer otra cosa que verse bajo sus propias formas perspectivas y *únicamente* así. Nos es imposible volver el ángulo de nuestra mirada; hay una curiosidad sin esperanza en querer conocer qué otras especies de intelectos y de perspectivas *podría* haber; por ejemplo, si hay seres que pueden concebir el tiempo hacia atrás, o alternativamente hacia adelante y hacia atrás (con lo cual se obtendría otra dirección de vida y otra concepción de la causa y el efecto). Espero, sin embargo, que nosotros estamos, en nuestros días, por lo menos, bastante alejados de esa ridícula falta de modestia de querer decretar desde nuestro ángulo que sólo desde él se tiene *derecho* a ver las perspectivas. El mundo, por el contrario, ha llegado a ser para nosotros una segunda vez infinito; en cuanto no podemos refutar la posibilidad de que *contiene interpretaciones hasta el infinito.* El gran estremecimiento se vuelve a apoderar de nosotros; pero ¿quién tendría deseo de divinizar de nuevo, inmediatamente, al antiguo estilo, a ese monstruo del mundo desconocido? ¿Adorar quizá desde entonces a ese desconocido objetivo, como un desconocido subjetivo? ¡Oh, hay demasiadas posibilidades de interpretación *no divinas,* que forman parte de esa incógnita, demasiadas diabluras, tonterías, locuras de interpretación, sin contar la nuestra, esa interpretación humana, demasiado humana, que nosotros conocemos!...

(La gaya ciencia.)

COMO CREADORES SOLAMENTE.—Hay una cosa que me ha causado siempre, y me sigue causando, el mayor embarazo: darme cuenta de que es infinitamente más impor-

tante *conocer el nombre de las cosas* que saber lo que éstas son. La reputación, el nombre, el aspecto, la importancia, la medida habitual y el peso de una cosa —en el origen, muchas veces un error, una calificación arbitraria, arrojada sobre las cosas como una vestidura y profundamente extraña a su espíritu, y aún a su superficie—, por la creencia que se tenía en todo esto, por su desarrollo de generación en generación, nos hemos ligado poco a poco a la cosa, nos hemos identificado con ella, para convertirla en nuestro propio cuerpo; la apariencia primitiva terminó por hacerse casi siempre la esencia y hace el *efecto* de la esencia. ¡Cuán loco sería el que se imaginara que basta indicar este origen y esta envoltura nebulosa de la ilusión para destruir ese mundo considerado como esencial, este mundo que se denomina *realidad!* Sólo como creadores podemos destruir, pero no olvidemos tampoco esto: basta crear hombres nuevos, apreciaciones y probabilidades nuevas para crear poco a poco *cosas* nuevas.

(La gaya ciencia.)

El hombre inventor de signos es, al mismo tiempo, el hombre que tiene conciencia de sí mismo de una manera cada vez más aguda; sólo en cuanto animal social aprende el hombre a hacerse consciente de sí mismo; lo hace todavía, lo hará cada vez más. Mi idea es, como se ve, que la conciencia no forma propiamente parte de la existencia individual del hombre, sino más bien de lo que en él pertenece a la naturaleza de la comunidad y el rebaño; que, por consiguiente, la conciencia no se ha desarrollado de una manera sutil sino en relación con su utilidad para la comunidad y el rebaño, de que cada uno de nosotros, a pesar de su deseo de comprenderse a sí mismo tan individualmente como sea posible, a pesar de su deseo de comprenderse a sí mismo, no adquirirá nunca conciencia más que de lo que hay de no individual en él, de lo que en él es *medio;* que nuestro pensamiento mismo es sin cesar mayoritado, en cierto modo, por el carácter propio de la conciencia, por el *genio de la especie* que la ordena, que

la manda, y retransmitido en la perspectiva del rebaño. Todos nuestros actos son, en el fondo, incomparablemente personales, únicos, inmensamente personales, no hay en esto ninguna duda; pero, desde el momento en que nosotros los transcribimos a la conciencia, no parece ya que es así...

(La gaya ciencia.)

No nos estimamos bastante cuando nos comunicamos. Las vicisitudes que atravesamos no son parlanchinas. No podrían comunicarse aunque quisieran. Porque les falta la palabra. Nosotros estamos ya fuera de las cosas para las cuales tenemos palabra. En todo discurso hay un grano de desprecio. Parece que el lenguaje se ha inventado solamente para las cosas mediocres, medias, comunicables. Con el lenguaje, el que habla se vulgariza ya. Esto forma parte de una moral para sordomudos y demás filósofos.

(El ocaso de los ídolos.)

TROPEZAMOS CON LAS PALABRAS EN NUESTRO CAMINO.— Siempre que los hombres de las primeras edades colocaban una palabra, creían haber realizado un descubrimiento, creían haber resuelto el problema; y lo que habían hecho era dificultar la solución. Ahora, para conseguir el conocimiento, hay que tropezar constantemente con palabras que se han hecho eternas y duras como la piedra, tanto que es más fácil romperse una pierna que romper una palabra.

(Aurora.)

«En lo que respecta a la superstición de los lógicos, no me cansaré de subrayar una y otra vez un hecho pequeño y exiguo, que esos supersticiosos confiesan a disgusto; a saber, que un pensamiento viene cuando «él» quiere, y no cuando «yo» quiero; de modo que es un *falseamiento* de la realidad efectiva decir: el sujeto «yo»

es la condición del predicado «pienso». Ello piensa; pero que ese «ello» sea precisamente aquel antiguo y famoso «yo», eso es, hablando de modo suave, nada más que una hipótesis, una aseveración, y, sobre todo, no es una «certeza inmediata». En definitiva, decir «ello piensa» es ya decir demasiado; ya ese «ello» contiene una *interpretación* del proceso y no forma parte del mismo. Se razona aquí según la rutina gramatical que dice «pensar es una actividad, de toda actividad forma parte alguien que actúe, en consecuencia». Más o menos de acuerdo con idéntico esquema buscaba el viejo atomismo, además de la «fuerza» que actúa; aquel pedacito de materia en que la fuerza reside, desde la que actúa, el átomo; cabezas más rigurosas acabaron aprendiendo a pasarse sin ese «residuo terrestre», y acaso también algún día se habituará la gente, los lógicos también, a pasarse sin aquel pequeño «ello» (a que ha quedado reducido, al volatilizarse, el honesto y viejo yo).

(Más allá del bien y del mal.)

El criterio de la verdad está en el aumento del sentimiento de fuerza.

(La voluntad de poder.)

«La falsedad de un juicio no es para nosotros ya una objeción contra el mismo; acaso sea en esto en lo que más extraño suene nuestro nuevo lenguaje. La cuestión está en saber hasta qué punto ese juicio favorece la vida, conserva la vida, conserva la especie, quizá incluso selecciona la especie; y nosotros estamos inclinados por principio a afirmar que los juicios más falsos (de ellos forman parte los juicios sintéticos *a priori)* son los más imprescindibles para nosotros, que el hombre no podría vivir si no admitiese las ficciones lógicas, si no midiese la realidad con la medida del mundo puramente inventado de lo incondicionado, idéntico-a-sí-mismo, si no falsease permanentemente el mundo mediante el número, que renun-

5

ciar a los juicios falsos sería renunciar a la vida, negar la vida. Admitir que la no-verdad es condición de la vida; esto significa, desde luego, enfrentarse de modo peligroso a los sentimientos de valor habituales; y una filosofía que osa hacer esto se coloca, ya sólo con ello, más allá del bien y del mal.»

(Más allá del bien y del mal.)

DE CÓMO EL «VERDADERO MUNDO» TERMINÓ POR DEVENJR UNA FÁBULA.

Historia de un error

1) El mundo verdadero es accesible al sabio, al piadoso, al virtuoso; éste vive en él, es este mundo.

(Forma más antigua de esta idea, relativamente sabia, simple, convincente. Es una transcripción de la frase «yo», Platón, «soy» la verdad.)

2) El mundo verdadero no es accesible hoy; pero es prometido al sabio, al piadoso, al virtuoso («al pecador que hace penitencia»).

(Progreso de la idea: se hace más sutil, más insidiosa, más inaprehensible, se hace femenina, se hace cristianismo.)

3) El mundo verdadero es inaccesible, indemostrable, no prometible; pero ya, por el hecho de ser pensado, es un consuelo, una obligación, un imperativo.

(En el fondo es el viejo sol; pero se trasparenta a través de la neblina y del escepticismo; la idea se ha hecho sublime, pálida, nórdica, «koenigsbergiana».)

4) ¿El mundo verdadero es inaccesible? En todo caso, no hemos tenido acceso a él. Y no habiendo tenido acceso a él, es desconocido. Por consiguiente, no puede servir de consuelo, no puede ser liberador, no puede obligar; ¿qué obligación podría imponernos una cosa desconocida?...

(Mañana gris. Primer bostezo de la razón. Canto del gallo del positivismo.)

5) El «verdadero mundo» es una idea que no es útil para nada ya, ni siquiera impone obligaciones; es una idea que se ha hecho inútil y superflua; por consiguiente, una idea refutada; eliminémosla.

(Día claro; desayuno; vuelta del buen sentido y de la serenidad; púdico rubor de Platón; caso endiablado de todos los espíritus libres.)

6) Nosotros hemos sorprendido al verdadero mundo; ¿qué mundo ha quedado? ¿Acaso el aparente?... Desde luego que no. ¡Con el verdadero mundo hemos suprimido también el mundo aparente!

(Mediodía; instante de la sombra más corta; fin del larguísimo error; punto culminante de la humanidad; INCIPIT ZARATUSTRA.)

(El ocaso de los ídolos.)

«Acaso sean cinco o seis las cabezas en las cuales va abriéndose paso la idea de que también la física no es más que una interpretación y un arreglo del mundo (¡según nosotros!, dicho sea con permiso), y *no* una aclaración del mundo; pero en la medida en que la física se apoya sobre la fe en los sentidos se la considera como algo más, y durante largo tiempo todavía tendrá que ser considerada como algo más, a saber, como aclaración. Tiene a su favor los ojos y los dedos, tiene a su favor la apariencia visible y la palpable; esto ejerce un influjo fascinante, persuasivo, *convincente* sobre una época cuyo gusto básico es plebeyo, semejante época se guía instintivamente, en efecto, por el canon de verdad del sensualismo eternamente popular. ¿Qué es claro, qué está aclarado? Sólo aquello que se deja ver y tocar, hasta ese punto hay que llevar cualquier problema. A la inversa; justo en su *oposición* a la evidencia de los sentidos residía el encanto del modo platónico de pensar, que era un modo *aristocrático* de pensar, acaso entre hombres que disfrutaban incluso de sentidos más fuertes y más exigentes que los que poseen nuestros contemporáneos, pero que sabían

encontrar un triunfo más alto en permanecer dueños de sus sentidos; y esto, por medio de pálidas, frías, grises redes conceptuales, que ellos lanzaban sobre el torbellino multicolor de los sentidos —la plebe de los sentidos, como decía Platón—. En esta victoria sobre el mundo y en esta interpretación del mundo a la manera de Platón había una especie de *goce* distinto del que nos ofrecen los físicos de hoy, y asimismo los darwinistas y antiteleólogos entre los obreros de la fisiología, con su principio de la «fuerza mínima» y de la estupidez máxima. «Allí donde el hombre no tiene ya nada que ver y que agarrar, tampoco tiene nada que buscar»; éste es, desde luego, un imperativo distinto del platónico, un imperativo que, sin embargo, acaso sea cabalmente el apropiado para una estirpe ruda y laboriosa de maquinistas y constructores de puentes del futuro, los cuales no tienen que realizar más que trabajos *groseros.*»

(Más allá del bien y del mal.)

La vida de vigilia no posee la misma *libertad* de interpretación que la vida del ensueño; es menos poética, menos desenfrenada y... ¿tendré que añadir que nuestros instintos en estado de *vigilia* no hacen más que interpretar las excitaciones nerviosas y fijar sus causas según sus necesidades; que entre el estado de vigilia y el de ensueño no hay diferencia *esencial;* que, aun en la comparación de los grados de cultura, muy diferentes, la libertad de interpretación ejercitada sobre cada uno de estos grados no cede en nada a la libertad de interpretación en el sueño de otro; que nuestras evaluaciones y nuestros juicios morales no son más que imágenes y fantasías que ocultan un proceso fisiológico desconocido para nosotros, una especie de lenguaje convenido para designar ciertas irritaciones nerviosas; que todo lo que nosotros llamamos conciencia no es, en suma, más que el comentario, más o menos fantástico, de un texto desconocido, quizá incognoscible, pero presentido?

(Aurora.)

+¿Qué es, pues, lo que la filosofía moderna entera hace en el fondo? Desde Descartes —y, ciertamente, más a pesar de él que a base de su precedente— todos los filósofos, bajo la apariencia de realizar una crítica del concepto de sujeto y predicado, cometen un atentado contra el viejo concepto del alma; es decir, un atentado contra el presupuesto fundamental de la doctrina cristiana. La filosofía moderna, por ser un escepticismo gnoseológico, es, de manera oculta o declarada, *anticristiana;* aunque en modo alguno sea antirreligiosa, quede dicho esto para oídos más sutiles. En otro tiempo, en efecto, se creía en el «alma» como se creía en la gramática y en el sujeto gramatical; se decía, «yo» es condición, «pienso» es predicado y condicionado; pensar es una actividad para la cual *hay que* pensar como causa un sujeto. Después, con una tenacidad y una astucia admirables, se hizo la tentativa de ver si no se podría salir de esa red, si acaso lo contrario era lo verdadero; «pienso», la condición, «yo», lo condicionado; «yo», pues, sólo una síntesis *hecha* por el pensar mismo. En el fondo, *Kant* quiso demostrar que, partiendo del sujeto, no se puede demostrar el sujeto, y tampoco el complemento; sin duda, no le fue siempre extraña la posibilidad de una *existencia aparente* del sujeto, esto es, «del alma», pensamiento éste que como filosofía del Vedanta había existido ya una vez, y con inmenso poder, en la tierra.

(Más allá del bien y del mal.)

Hay, cierto es, un genio de especie muy diferente, el de la justicia; y no puedo decidirme del todo a estimarlo inferior a cualquier otro genio, filosófico, político o artístico. Consiste en apartarse, con una cordial repugnancia, de todo lo que ciega y desvía el juicio sobre las cosas; es, en consecuencia, un *enemigo de las convicciones,* pues quiere dar a cada objeto, vivo o muerto, real o imaginario, lo que le corresponde, y para eso le es preciso tener un conocimiento; pone, pues, cada objeto bien a la luz y lo examina por todos lados con ojos atentos. Finalmente, da incluso a su enemiga, la miope «convicción» (así la lla-

man los hombres; en las mujeres, se llama «fe»), lo que corresponde a la convicción, por amor a la verdad.

(Humano, demasiado humano.)

TOLERANCIA APARENTE.—Escucho buenas palabras, palabras benévolas y comprensivas sobre la ciencia y en favor de la ciencia, pero ¡veo *detrás de ellas* vuestra tolerancia para con la ciencia! En un pliegue de vuestro corazón sentís, a pesar de esto, *que no os es necesaria,* que demostráis grandeza de alma al admitirla y al abogar por ella, tanto más cuanto que la ciencia no tiene, por su parte, esta magnanimidad para con vuestra opinión. ¿Sabéis que no tenéis ningún derecho a ejercer esa tolerancia, que ese gesto de condescendencia es un ataque al honor de la ciencia, más grosero que el franco desdén que se permiten para con ella algún sacerdote o algún artista impetuoso? Carecéis de esta conciencia severa para lo que es verdadero y veraz; no os sentís atormentados y martirizados al encontrar a la ciencia en contradicción con vuestros sentimientos; ignoráis el deseo vehemente del conocimiento que os gobernase como una ley; no sentís un deber en la necesidad de estar presente con los ojos dondequiera que se *conoce,* de no dejar escapar nada de lo que se *conoce.* Desconocéis aquello mismo que tratáis con tanta tolerancia. Y solamente porque lo ignoráis es por lo que acertáis a adoptar un continente tan gracioso. Sobre todo, vosotros tendríais una mirada de odio y de fanatismo si la ciencia quisiera una vez iluminaros el rostro con sus ojos. ¿Qué nos importa, pues que demostréis tolerancia para con un fantasma y ni siquiera respecto de nosotros? Y ¿qué importamos nosotros?

(Aurora.)

El alma misma del hombre científico (abstracción hecha de su estado actual) encierra una verdadera paradoja. El hombre científico se conduce como si fuera uno de los más altivos desocupados de la dicha, como si la existen-

cia no fuese una cosa insana y grave, sino una posesión garantizada por toda una eternidad. Cree lícito elucidar problemas que, en último término, no deberían interesar sino al que hubiera de vivir eternamente. El, que no ha recibido en herencia más que unas cuantas horas, ve a su alrededor los abismos más espantosos. Cada paso que da le debiera recordar estas preguntas: ¿de dónde venimos?, ¿a dónde vamos?, ¿por qué vivimos? Pero su alma se enardece a la idea de su obra, ya sea ésta contar los estambres de una flor o machacar piedras en la cuneta de un camino. Y se entrega a su trabajo arrastrado por todo el peso de su interés, de su afición, de sus fuerzas y de sus aspiraciones. Esta paradoja que llamamos hombre científico se muestra tan impaciente hoy en Alemania que podríamos tomar la ciencia por una fábrica y creer que cada minuto perdido llevaba consigo una pena. Héle aquí que trabaja como si perteneciese a un cuarto estado, la casta de los esclavos; su estudio ya no es una ocupación, es un caso de necesidad; no mira ni a derecha ni a izquierda, y se mueve ante todas las dificultades que implica la vida con esa semiatención o esa insoportable necesidad de reposo propia del obrero agotado.

(Consideraciones intempestivas.)

Lo que caracteriza al siglo XIX no es la victoria de la ciencia, sino la victoria de los métodos científicos sobre la ciencia.

(La voluntad de poder.)

(Habla el concienzudo, uno de los hombres superiores que visita a Zaratustra, cuya figura alude al científico F. S.)

También *buscamos* cosas diferentes aquí arriba, vosotros y yo. Yo busco, en efecto, *más seguridad,* por ello he venido a Zaratustra. El es aún, en efecto, la torre y la voluntad más firme.

— hoy, cuando todo vacila, cuando la tierra entera

tiembla. Pero vosotros, cuando miro los ojos que ponéis, casi me parece que lo que buscáis es *más inseguridad*.

— más horrores, más peligros, más terremotos. Vosotros apetecéis, casi me lo parece, perdonad mi presunción, vosotros hombres superiores—.

— vosotros apetecéis la peor y más peligrosa de las vidas, la cual es la que más temo *yo*, la vida de animales salvajes, apetecéis bosques, cavernas, montañas abruptas y abismos laberínticos.

Y no los guías que *sacan* del peligro son los que más os agradan, sino los que sacan fuera de todos los caminos, los seductores. Pero si tales apetencias son *reales* en vosotros, también me parecen, a pesar de ello, *imposibles*.

El miedo, en efecto —ése es el sentimiento básico y hereditario del hombre—; por el miedo se explican todas las cosas, el pecado original y la virtud original. Del mismo modo brotó también *mi* virtud, la cual se llama: ciencia.

El miedo, en efecto, a los animales salvajes fue el que durante más largo tiempo se le inculcó al hombre y asimismo al animal que el hombre oculta y teme dentro de sí mismo: Zaratustra llama a éste «el animal interior».

Ese prolongado y viejo miedo, finalmente refinado, espiritualizado, intelectualizado: hoy, me parece, llámase *ciencia*.

(Así habló Zaratustra.)

Lo mismo sucede con esa creencia con la cual se satisfacen muchos sabios materialistas, la creencia en un mundo que debe tener su equivalente y su medida en el pensamiento humano, en la evaluación humana, en un «mundo de verdad», al cual nos podríamos acercar en último análisis, con ayuda de nuestra humana razón, pequeña y cuadrada. ¿Cómo? ¿Queremos verdaderamente que la existencia se rebaje a un ejercicio de cálculo, a un estudio para matemáticos caseros? Ante todo, no hay que despojar a la existencia de su carácter múltiple; esto es lo que exige el buen gusto, señores, el gusto del res-

peto ante todo, lo que rebasa vuestro horizonte. Que sólo sea verdadera una interpretación del mundo en la que *vosotros* estéis en lo cierto, en la que se puedan hacer investigaciones científicas (¿queréis decir, en el fondo, mecánicas?) y continuar trabajando según vuestros métodos; una interpretación que admita que se cuente, que se mire, que se toque y nada más, es ésta una impertinencia y una ingenuidad, admitiendo que no sea demencia o idiotez. ¿No parece, por el contrario, muy probable que lo que hay de más superficial —lo que hay de más aparente, su corteza y materialización— podría ser percibido primeramente, quizá exclusivamente? Una interpretación *científica* del mundo, como vosotros la entendéis, podría ser, por consiguiente, una de las interpretaciones más *estúpidas*, es decir, más pobres de sentido; esto, para decírselo al oído y para ponerse sobre la conciencia de los señores mecanicistas, que hoy quieren alternar con los filósofos y que creen firmemente que la mecánica es la ciencia de las leyes primeras y últimas, sobre las cuales hay que edificar toda existencia como sobre su fundamento. Pero un mundo esencialmente mecánico estaría esencialmente *desprovisto de sentido.* Si admitimos que se estima el valor de una música por lo que es capaz de contar, de calcular y de poner en fórmulas, ¡cuán absurda sería semejante evaluación «científica» de la música! ¿Qué es lo que comprenderíamos o reconoceríamos por medio de ella? ¡Nada, literalmente nada, de lo que en la música hay de música!...

(La gaya ciencia.)

ULTIMO ESCEPTICISMO.—¿Cuáles son, en último análisis, las verdades del hombre? Sus errores *irrefutables.*

(La gaya ciencia.)

EN FAVOR DE LA CRÍTICA.—Ahora te aparecerá como un error algo que en otro tiempo amaste como la verdad o, por lo menos, como una probabilidad; lo rechazas lejos

de ti e imaginas que tu razón conseguirá con ello una victoria. Pero quizá entonces, cuando eras otro —tú eres siempre otro—, ese error te era tan necesario como todas las «verdades» actuales y, en cierto modo, como una piel que te ocultaba y te velaba muchas cosas que no debías ver aún. Tu nueva vida, y no tu razón, es lo que ha matado en ti esa opinión: *ya no tienes necesidad de ella* y ahora se quiebra sobre sí misma y la sinrazón sale reptando de ella como un reptil. Cuando nosotros ejercitamos nuestra crítica, ésta no es nada de arbitrario y personal; por lo menos es una prueba de que dentro de nosotros hay fuerzas vivas y actuantes que nos quitan una piel. Nosotros negamos y es preciso que neguemos, porque hay algo en nosotros que quiere vivir y afirmarse, algo que no conocemos, que vemos quizá todavía. Esto en favor de la crítica.

(La gaya ciencia.)

Mi praxis bélica puede resumirse en cuatro principios. Primero: yo sólo ataco cosas que triunfan —en ocasiones espero hasta que lo consiguen—. Segundo: yo sólo ataco cosas cuando no voy a encontrar aliados, cuando estoy solo, cuando me comprometo exclusivamente a mí mismo... No he dado nunca un paso en público que no me comprometiese: éste es mi criterio del justo obrar. Tercero: yo no ataco jamás a personas, me sirvo de la persona tan sólo como de una poderosa lente de aumento con la cual se puede hacer visible una situación de peligro general, pero que se escapa, que resulta poco aprehensible. Así es como ataqué a David Strauss o, más exactamente, el *éxito,* en la «cultura» alemana, de un libro de debilidad senil —a esta altura la sorprendí en flagrante delito...—. Así es como ataqué a Wagner o, más exactamente, la falsedad, la bastardía de instintos de nuestra «cultura», que confunde a los refinados con los ricos, a los epígonos con los grandes. Cuarto: yo sólo ataco cosas cuando está excluida cualquier disputa personal, cuando está ausente todo trasfondo de experiencias penosas. Al

contrario, en mí atacar representa una prueba de benevolencia y, en ocasiones, de gratitud.

(Ecce Homo.)

«Cuerpo soy yo y alma» —así hablaba el niño—. ¿Y por qué no hablar como los niños?

Pero el despierto, el sapiente, dice: cuerpo yo soy íntegramente, y ninguna otra cosa; y alma es sólo una palabra para designar algo en el cuerpo.

El cuerpo es una gran razón, una pluralidad dotada de *un único* sentido, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor.

Instrumento de tu cuerpo es también tu pequeña razón, hermano mío, a la que llamas «espíritu», un pequeño instrumento y un pequeño juguete de tu gran razón.

Dices «yo» y estás orgulloso de esa palabra, Pero esa cosa más grande aún, en la que tú no quieres creer —tu cuerpo y su gran razón—, ésa no dice yo, pero hace yo.

(Así habló Zaratustra.)

La lógica de nuestro pensamiento consciente no es más que *una forma más grosera y más cómoda de ese pensamiento que es necesario a nuestro organismo, es decir, a cada uno de sus órganos.* Debe haber, por ejemplo, simultaneidades de pensamiento de las que no tenemos ni idea...

Nuestro sentido causal es algo muy grosero e imperfecto, aislado, comparado a los verdaderos sentimientos de causalidad de nuestro organismo. «Antes» y «después», principalmente, son grandes ingenuidades.

En resumen: hemos debido adquirir por la conciencia todo eso (sentido del tiempo, sentido del espacio, sentido causal) mucho después de que todo eso existiese y mucho más ricamente.

(Escritos póstumos.)

Nuestra lógica, nuestro sentido del tiempo y del espacio son poderosas capacidades de abreviatura, cuyo fin es el mando. Un concepto es una invención a la que nada corresponde exactamente, pero a la que muchas cosas se parecen. La proposición «dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí» supone la existencia de cosas y la de la igualdad; pues bien, ni la una ni las otras existen. Sin embargo, este mundo inventado de nociones y números fijos permite al hombre apoderarse de una cantidad inmensa de hechos, condensados en signos, e integrarlos en su memoria. El sistema de signos, precisamente porque aleja de los hechos aislados, constituye su superioridad. Reducir a signos sus numerosas experiencias, aumentar de tal suerte su capacidad de comprensión de las cosas, en esto precisamente reside su fuerza suprema. La «espiritualidad» —capacidad de ser el dueño de una cantidad extraordinaria de hechos reducidos al valor de signos.

Este mundo del espíritu, este mundo de los signos no es más que apariencia e ilusión.

(Escritos póstumos.)

De todo lo escrito yo amo sólo *aquello* que alguien escribe con su sangre. Escribe tú con sangre: y te darás cuenta de que la sangre es espíritu.

No es cosa fácil el comprender la sangre ajena: yo odio a los ociosos que leen.

Quien conoce al lector no hace ya nada por el lector. Un siglo de lectores todavía —y hasta el espíritu olerá mal.

El que a todo el mundo le sea lícito aprender a leer corrompe a la larga no sólo el escribir, sino también el pensar.

En otro tiempo, el espíritu era Dios, luego se convirtió en hombre y ahora se convierte incluso en plebe.

Quien escribe con sangre y en forma de sentencias, ése no quiere ser leído, sino aprendido de memoria.

En las montañas el camino más corto es el que va de

cumbre a cumbre: mas para ello tienes que tener piernas largas. Cumbres deben ser las sentencias y aquellos a quienes se habla, hombres altos y robustos.

El aire ligero y puro, el peligro cercano y el espíritu lleno de una alegre maldad: esas cosas se avienen bien.

(Así habló Zaratustra.)

LIBROS.—¿Qué vale un libro que no sabe transportarnos más allá de todos los libros?

(La gaya ciencia.)

En el libro de un sabio hay casi siempre algo de opresor que oprime; el *especialista* se afirma siempre en algún sitio: su celo, su seriedad, su cólera, su presunción con motivo del rincón en que está sentado tejiendo su tela, su joroba; todo especialista tiene joroba. Un libro sabio refleja siempre también un alma que se encorva; todo oficio obliga al hombre a curvarse. Recordemos a nuestros amigos de juventud después de que hubieron tomado posesión de su ciencia. ¡Ay, la ciencia es la que tomó posesión en ellos desde entonces y para siempre! Incrustados en su rincón hasta hacerse desconocidos, sin libertad, privados de su equilibrio, delgados y angulosos por todas partes, salvo un solo sitio en que se muestran excelentemente redondos; cuando los contemplamos nos emocionamos y guardamos silencio. Todo oficio, aun admitiendo que sea una mina de oro, tiene encima de él un cielo que oprime el alma, que hace presión sobre ella hasta doblarla y aplastarla. Nada hay que cambiar aquí. Sobre todo no creemos que sea posible cambiar la malformación por algún artificio de la educación. Toda especie de maestría se paga cara sobre la tierra, en la que todo se paga quizá demasiado caro.

(La gaya ciencia.)

3

EL ETERNO RETORNO

LA VOLUNTAD DE PODER; ETERNIDAD; CAOS Y COSMOS; UNIVERSO...

En torno al héroe todo se convierte en tragedia, en torno al semidiós en drama satírico; y en torno a Dios, ¿cómo?, ¿acaso en «mundo»?

¿Causas finales? ¿Voluntad?—Estamos acostumbrados a crear en dos reinos: el reino de *las causas finales* y de *la voluntad*, y el reino del *azar*. En este último reino, todo carece de sentido, todo pasa, va y viene, sin que nadie pueda decir por qué. Tememos a este poderoso reino de la gran estupidez cósmica, pues llegamos generalmente a conocerlo cuando cae en otro mundo: el de las causas finales y las intenciones, como una teja de un tejado, destruyendo siempre alguno de nuestros fines sublimes (...). El cristianismo, que enseña a adorar en el polvo al *espíritu de poderío*, quiso que se besase también el polvo; hizo comprender que ese omnipotente «reino de la estupidez» no es tan estúpido como parece, antes bien, que nosotros somos los estúpidos, nosotros, que no advertimos que detrás de ese reino está el dios del amor, que hasta el presente fue mal conocido por el nombre de raza de gigantes o de Moira y que teje él mismo la tela de las causas finales, esa tela más fina aún que la de nuestra inteligencia, de suerte que fue preciso que nuestra inteligencia la considerase incomprensible y aun irracional. Esta

leyenda era una inversión tan audaz y una paradoja tan osada que el mundo antiguo, habiéndose hecho demasiado frágil, no pudo resistir: tan loca y contradictoria pareció la cosa; pues dicho entre nosotros, allí había una contradicción: si nuestra razón no puede adivinar las razones y los fines de Dios, ¿cómo hizo para adivinar la conformación de su razón, la razón de la razón y la conformación de la razón de Dios? En los tiempos más recientes, nos hemos preguntado, en efecto, con desconfianza si la teja que cae del tejado ha sido arrojada por el *amor divino* y los hombres comienzan a volver sobre las huellas antiguas del romanticismo de los gigantes y los enanos. *Aprendamos*, pues, porque ya es tiempo de ello, que en nuestro reino particular de las causas finales y de la razón también gobiernan los gigantes. Y nuestras propias telas son también a veces desgarradas por nosotros mismos y tan groseramente como por la famosa teja. Y no es finalidad todo lo que se llama tal y menos aún voluntad todo lo que así es denominado. Y si queréis concluir: «¿No hay más que un solo reino, el de la estupidez y el azar?», habría que añadir: Sí, quizá no haya más que un reino, quizá no haya voluntad ni causas finales y quizá seamos nosotros los que las hayamos creado con nuestra imaginación. Esas manos de hierro de la necesidad, que echan el dado del azar, continúan su juego indefinidamente: sucederá, pues, que ciertas tiradas se parezcan perfectamente a la finalidad y a la sabiduría. Quizá nuestros actos de voluntad, nuestras causas finales, no sean otra cosa más que esto: tiradas de dados y que nosotros seamos demasiado cortos y vanidosos para comprender nuestra extrema estrechez de espíritu, que no sabe que somos nosotros mismos los que echamos, con manos de hierro los dados y que en nuestros actos más deliberados no hacemos otra cosa que jugar al juego de la necesidad. ¡Quizá! Para llegar más allá de este «quizá» sería preciso haber sido ya el huésped del infierno, haberse sentado ya a la mesa de Perséfona y haber jugado a los dados con la anfitriona.

(Aurora.)

La cantidad de fuerza que obra en el universo es determinada, no es *infinita*. ¡Guardémonos de tales excesos de concepto! Por consiguiente, el número de las posiciones, variaciones, combinaciones y desarrollos de esta fuerza es ciertamente enorme y prácticamente *incalculable*, pero siempre determinado y nunca infinito. Pero el tiempo en que esa fuerza se desarrolla es infinito, es decir, esta fuerza es eternamente igual y eternamente activa; hasta este momento ha transcurrido ya un infinito, esto es, se han verificado todos los desarrollos posibles de dicha fuerza. Por consiguiente, también todos los desarrollos momentáneos deben ser repeticiones; así, pues, lo que esta fuerza produce y lo que de ella nace y así sucesivamente, hacia adelante y hacia atrás. Todo ha sido ya infinito número de veces, en cuanto el conjunto de todas las fuerzas reproduce sus evoluciones. Ahora bien, prescindiendo de esto, no podemos determinar si se ha producido algo igual. Parece ser que el conjunto de las fuerzas hasta en las cosas más pequeñas forma siempre nuevas cualidades, de suerte que no puede haber nunca dos combinaciones de fuerzas exactamente iguales. ¿Podrá haber en un sistema de fuerzas dos cosas, por ejemplo, dos hojas iguales? Lo dudo: habría que suponer que habían tenido un origen exactamente igual y al mismo tiempo tendríamos que suponer que desde toda la eternidad había habido algo igual, a pesar de todas las variaciones de conjunto y de la creación de nuevas cualidades, suposición inadmisible.

El *caos de todo*, como negación de toda finalidad, no está en contradicción con la idea de un movimiento circular; este último es, sencillamente, una necesidad ciega, sin ninguna clase de finalidad formal, ética ni estética. Falta toda intención, en la parte y en el todo.

El mundo de las fuerzas no sufre merma alguna, pues de lo contrario èn un tiempo infinito estas fuerzas hubieran ido disminuyendo hasta consumirse del todo. El mundo de las fuerzas no encuentra reposo alguno, pues de lo contrario éste ya se hubiera alcanzado y el reloj de la

existencia se hubiera parado. Por consecuencia, el mundo de las fuerzas nunca está en equilibrio; no tiene un momento de descanso; la cantidad de fuerza y de movimiento son siempre iguales en todo tiempo. Cualquier estado que en este mundo pueda alcanzar lo habría alcanzado ya y no una vez, sino un número infinito de veces. Igualmente este instante ya se dio en otro tiempo y volverá a darse y todas las fuerzas serán distribuidas de nuevo como ahora; y lo mismo puede afirmarse con el instante que le antecedió y con el que le seguirá. ¡Hombre! Toda tu vida es como un reloj de arena, que sin cesar es vuelto boca abajo y siempre vuelve a correr; un minuto de tiempo, durante el cual todas las condiciones que determinan tu existencia vuelven a darse en la órbita del tiempo. Y entonces volverás a encontrar cada uno de tus dolores y tus placeres, cada uno de tus amigos y tus enemigos y cada esperanza y cada error, y cada brizna de hierba, y cada rayo de luz, y toda la multitud de objetos que te rodean. Este anillo, del cual tú eres un pequeño eslabón, volverá a brillar eternamente. Y en el curso de cada vida humana habrá siempre una hora en que, primero a uno, después a muchos y después a todos, les iluminará la idea más poderosa de todas, la idea del eterno retorno de las cosas todas: esa será para la humanidad la hora del mediodía.

La ilusión política, de la cual yo me río como los contemporáneos de la ilusión religiosa de tiempos pasados, es ante todo secularización, fe en el mundo y despreocupación del «más allá» y del «infierno». El ideal presente es el bienestar del efímero individuo; por eso el fruto de tales creencias es el socialismo, es decir, que el efímero individuo quiere conquistarse su dicha por la socialización; no tiene por qué esperar, como los hombres de almas eternas, y eterno devenir y perfeccionamiento futuro. Mi doctrina reza así: «Vive de modo que desees volver a vivir; ¡tú vivirás otra vez! Quien desee el esfuerzo, que se esfuerce; quien desee el descanso, que descanse; quien desee el orden, la consecuencia, la obediencia, que obedezca. ¡Pero que tenga conciencia de su fin y no re-

troceda ante los medios! ¡Le va en ello la eternidad!» ¿Creéis que dispondréis de un largo descanso hasta vuestro renacimiento? ¡Pues os equivocáis! Entre el último instante de vuestra conciencia y el primer reflejo de la nueva vida no media *tiempo alguno;* es como un relámpago; aun cuando hubiere criaturas vivas y que contasen por billones de años y ni aun así podrían medirlo. Intemporalidad y sucesión se alían una a la otra en cuanto el intelecto desaparece.

Esta doctrina es suave contra aquellos que no creen en ella; no tiene infierno ni amenazas. El que no cree en ella tiene una vida efímera en su conciencia.

Tendencias principales: 1. Difundir el amor a la vida, a la vida propia en todas las formas. Todo lo que imagine un individuo deberá valer para los demás, inaugurándose en este punto una nueva y gran tolerancia, por mucho que contraríe nuestros gustos, si el individuo realmente aumenta su propia vida.

2. Unirse para combatirlo todo y a todos los que traten de hacer sospechoso el valor de la vida: contra los tenebrosos, los descontentos y los melancólicos. ¡Prohibir su propagación! Pero nuestra enemistad debe ser un medio para aumentar nuestra alegría. ¡Reír, bromear, destruir sin amargura! Esta es nuestra guerra sin cuartel.

Esta vida... ¡tu vida eterna!

(La gaya ciencia.)

El retorno de lo idéntico

Esbozo

1. La asimilación de los errores fundamentales.
2. La asimilación de las pasiones.
3. La asimilación del saber, incluso del saber que renuncia. (Pasión del conocimiento.)

4. El inocente. El individuo como experimento. El aligeramiento, el rebajamiento, la debilitación de la vida-transición.
5. El nuevo *centro de gravedad: el eterno retorno de lo idéntico.* Importancia infinita de nuestro saber, de nuestro errar, de nuestros hábitos y modos de vivir, para todo lo venidero. ¿Qué hacemos con *el resto* de nuestra vida, nosotros, los que hemos pasado su mayor parte en la más esencial ignorancia? *Nos dedicamos a enseñar esta doctrina,* es el medio más eficaz para asimilarla nosotros mismos. Nuestra especie de felicidad como maestros de la más grande doctrina.

(Primeros de agosto de 1881 en Sils-Maria, a 6.000 pies sobre el nivel del mar y mucho más alto aún sobre todas las cosas humanas.)

El orden astral en que vivimos es una excepción; este orden, así como la duración mediana, condición suya, ha hecho posible por su parte la excepción de las excepciones: la formación de lo que es orgánico. La condición general del mundo es, por el contrario, para toda la eternidad, el caos; no por la ausencia de una necesidad, sino en el sentido de una falta de orden, de estructura, de forma, de belleza, de sabiduría y cualesquiera que sean los nombres de nuestros estetismos humanos. A nuestro juicio, al juicio de nuestra razón, los golpes desgraciados son la regla general, las excepciones no son el fin secreto y todo el mecanismo repite eternamente su estribillo que no puede ser nunca melodía y finalmente la palabra «golpe desgraciado» implica ya una humanización que contiene una censura. Pero ¿cómo nos atrevemos a censurar o alabar el universo? Guardémonos de reprocharle su dureza y su sinrazón, o bien lo contrario. No es ni perfecto, ni bello, ni noble, ni quiere ser nada de esto, ni tiende en modo alguno a imitar al hombre. ¡No participa de ninguna manera en nuestros juicios estéticos o morales! No posee tampoco instinto de conservación y, de una mane-

ra general, ni siquiera instinto; ignora también todas las leyes. Guardémonos de decir que hay leyes en la Naturaleza. No hay más que necesidades; no hay nadie que mande ni nadie que obedezca, nadie que refrene. Cuando sepáis que no hay fines, sabréis también que no hay azar, pues sólo en un mundo de fines tiene sentido la palabra azar. Guardémonos de decir que la muerte es opuesta a la vida. La vida no es más que una variedad de la muerte, y una variedad muy rara. Guardémonos de pensar que el mundo crea eternamente. No hay sustancias eternamente duraderas; la materia es un error parecido al del dios de los eléatas. Pero, ¿cuándo estaremos al cabo de nuestros cuidados y nuestras preocupaciones? ¿Cuándo dejarán de turbarnos todas esas sombras de Dios? ¿Cuándo habremos despojado completamente de sus atributos divinos a la Naturaleza? ¿Cuándo tendremos el derecho, nosotros los hombres, de *hacernos naturales,* con la Naturaleza pura, nuevamente encontrada, nuevamente libertada?

(La gaya ciencia.)

« ¡Alto! ¡Enano!, dije. ¡Yo! ¡O tú! Pero yo soy el más fuerte de los dos: ¡tú no conoces mi pensamiento abismal! *¡Ese* no podrías soportarlo! »

Entonces ocurrió algo que me dejó más ligero: ¡pues el enano saltó de mi hombro, el curioso! Y se puso en cuclillas sobre una piedra delante de mí. Cabalmente allí donde nos habíamos detenido había un portón.

« ¡Mira ese portón! ¡Enano!, seguí diciendo, tiene dos caras. Dos caminos convergen aquí: nadie los ha recorrido aún hasta el final.

Esa larga calle hacia atrás: dura una eternidad. Y esa larga calle hacia adelante es otra eternidad.

Se contraponen esos caminos: chocan derechamente de cabeza, y aquí, en este portón, es donde convergen. El nombre del portón está escrito arriba: «Instante».

Pero si alguien recorriese uno de ellos —cada vez y cada vez más lejos—, ¿crees tú, enano, que esos caminos se contradicen eternamente?»

«Todas las cosas derechas mienten, murmuró con desprecio el enano. Toda verdad es curva, el tiempo mismo es un círculo.»

«Tú, espíritu de la pesadez, dije encolerizándome, ¡no tomes las cosas tan a la ligera! O te dejo en cuclillas ahí donde te encuentras, ¡cojitranco! ¡Y yo te he subido hasta aquí!

¡Mira, continué diciendo, este instante! Desde este portón llamado «Instante» corre *hacia atrás* una calle larga, eterna: a nuestras espaldas yace una eternidad.

Cada una de las cosas que *pueden correr*, ¿no tendrá que haber recorrido ya alguna vez esa calle? Cada una de las cosas que *pueden* ocurrir, ¿no tendrá que haber ocurrido, haber sido hecha, haber transcurrido ya alguna vez?

Y si todo ha existido ya, ¿qué piensas tú, enano, de este instante? ¿No tendrá también este portón que haber existido ya?

¿Y no están todas las cosas anudadas con fuerza, de modo que este instante arrastra tras de sí *todas* las cosas venideras? *¿Por tanto,* incluso a sí mismo?

Pues cada una de las cosas que *pueden* correr: ¡también por esa larga calle *hacia adelante tiene que* volver a correr una vez más!

Y esa araña que se arrastra lentamente a la luz de la luna y esa misma luz de duna, y yo y tú, cuchicheando ambos juntos a este portón, cuchicheando de cosas eternas, ¿no tenemos todos nosotros que haber existido ya? Y venir de nuevo y correr por aquella otra calle, hacia adelante, delante de nosotros, por esa larga, horrenda calle, ¿no tenemos que retornar eternamente?»

Así dije, con voz cada vez más queda; pues tenía miedo de mis propios pensamientos y del transfondo de ellos. Entonces, de repente, oí *aullar* a un perro cerca.

¿Había oído yo alguna vez aullar así a un perro? Mi pensamiento corrió hacia atrás. ¡Sí! Cuando era niño, en remota infancia.

Entonces oí aullar así a un perro. Y también lo vi, con el pelo erizado, la cabeza levantada, temblando, en la más

silenciosa medianoche, cuando incluso los perros creen en fantasmas.

De tal modo que me dio lástima. Pues justo en aquel momento, la luna llena, con un silencio de muerte, apareció por encima de la casa, justo en aquel momento se había detenido, un disco incandescente, detenido sobre el techo plano, como sobre propiedad ajena.

Esto exasperó entonces al perro, pues los perros creen en ladrones y fantasmas. Y cuando de nuevo volví a oírle aullar, de nuevo volvió a darme lástima.

¿A dónde se había ido ahora el enano? ¿Y el portón? ¿Y la araña? ¿Y todo el cuchicheo? ¿Había yo soñado, pues? ¿Me había despertado? De repente me encontré entre peñascos salvajes, solo, abandonado, en el más desierto claro de luna.

¡Pero allí yacía por tierra un hombre! ¡Y allí! El perro saltando, con el pelo erizado, gimiendo —ahora él me veía venir— y entonces aulló de nuevo, *gritó:* ¿había oído yo alguna vez a un perro gritar así pidiendo socorro?

Y, en verdad, lo que vi no lo había visto nunca. Vi a un joven pastor retorciéndose, ahogándose, convulso, con el rostro descompuesto, de cuya boca colgaba una pesada serpiente negra.

¿Había yo visto alguna vez tanto asco y tanto lívido horror en *un* solo rostro? Sin duda se había dormido. Y entonces la serpiente se deslizó en su garganta y se aferraba a ella mordiendo.

Mi mano tiró de la serpiente, tiró y tiró: ¡en vano! No conseguí arrancarla de allí. Entonces se me escapó un grito: «¡Muerde! ¡Muerde! ¡Arráncale la cabeza! ¡Muerde!» Este fue el grito que de mí se escapó, mi horror, mi odio, mi asco, mi náusea, mi lástima, todas mis cosas buenas y malas gritaban en mí con *un solo grito.*

¡Vosotros, hombres audaces que me rodeáis! ¡Vosotros, buscadores, indagadores y quienquiera de vosotros que se haya lanzado con velas astutas a mares inexplorados! ¡Vosotros, que gozáis con enigmas!

¡Resolvedme, pues, el enigma que yo contemplé entonces, interpretadme la visión del más solitario!

Pues fue una visión y una previsión: *¿qué* vi yo en-

tonces en símbolo? ¿Y *quién* es el que algún día tiene que venir aún?

¿Quién es el pastor al que la serpiente se le introdujo en la garganta? ¿Quién es el hombre al que todas las cosas más pesadas, más negras, se le introducirán así en la garganta?

Pero el pastor mordió, tal como se lo aconsejó mi grito. ¡Dio un buen mordisco! Lejos de sí escupió la cabeza de la serpiente y se puso en pie de un salto.

Ya no pastor, ya no hombre, ¡un transfigurado, iluminado, que *reía!* ¡Nunca antes en la tierra había reído hombre alguno como él rió!

Oh, hermanos míos, oí una risa que no era risa de hombre y ahora me devora una sed, un anhelo que nunca se aplaca.

Mi anhelo de esa risa me devora. ¡Oh, cómo soporto el vivir aún! ¡Y cómo soportaría el morir ahora!

(Así habló Zaratustra.)

¡Una!

¡Oh, hombre! ¡Presta atención!

¡Dos!

¿Qué dice la profunda medianoche?

¡Tres!

Yo dormía, yo dormía.

¡Cuatro!

De un profundo soñar me he despertado.

¡Cinco!

El mundo es profundo.

¡Seis!

Y más profundo de lo que el día ha pensado.

¡Siete!

Profundo es su dolor.

¡Ocho!

El placer —es más profundo aún que el sufrimiento:

¡Nueve!

El dolor dice: ¡Pasa!

¡Diez!

Mas todo placer quiere eternidad.

¡Once!

¡Quiere profunda, profunda eternidad!

¡Doce!

(Así habló Zaratustra.)

Si mi virtud es la virtud de un bailarín y a menudo he saltado con ambos pies hacia un éxtasis de oro y esmeralda:

Si mi maldad es una maldad riente que habita entre colinas de rosas y setos de lirios:

— dentro de la risa, en efecto, se congrega todo lo malvado, pero santificado y absuelto por su propia bienaventuranza: —

Y si mi Alfa y mi Omega es que todo lo pesado se vuelva ligero, todo cuerpo, bailarín, todo espíritu, pájaro: ¡y en verdad esto es mi Alfa y mi Omega! —

Oh, ¿cómo no iba yo a anhelar la eternidad y el nupcial anillo de los anillos —el anillo del retorno?

Nunca encontré todavía la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a quien yo amo: ¡pues yo te amo, oh eternidad!

¡Pues yo te amo, oh eternidad!

(Así habló Zaratustra.)

La única posibilidad de prestar un sentido al concepto de «Dios» sería ésta: Dios, entendido no como una fuerza impelente, sino como un *estado máximo*, como una época: un punto en el desarrollo de la voluntad de poderío, con lo cual se explicaría tanto la sucesiva evolución cuanto lo que ha precedido, lo que ha sucedido hasta aquel momento.

(La voluntad de poder.)

Todo lo que sucede y toda intención se pueden reducir a la intención de aumentar el poder.

Mi teoría sería ésta: que la voluntad de poderío es la forma primitiva de pasión y todas las otras pasiones son solamente configuraciones de aquellas.

Que se obtiene un importante esclarecimiento de poner el poder en lugar de la felicidad individual (a la cual debe tender todo ser viviente): *aspirar al poder, a un aumento de poder* —el placer es sólo un síntoma del sentimiento del poder alcanzado, la comprobación de una diferencia—; no se aspira al goce, el goce sobreviene cuando se consigue lo que se pretende: el goce acompaña, el goce no mueve.

Que toda fuerza impelente es voluntad de poder y que fuera de ésta no hay fuerza física, dinámica ni psíquica.

(La voluntad de poder.)

Desde que se ha dejado de ver, en la caída de un pobre pajarillo, la voluntad de un Dios personal, se vuelve uno más reflexivo; pues ya no se tiene necesidad de poner seres mitológicos (tales como la Idea, la Lógica, el Inconsciente, etc....) en el lugar de Dios; se intentará, por el contrario, de comprender la existencia del mundo por la acción de una potencia dominante ciega. Se hará, pues, abstracción de los «fines naturales» o, sobre todo, de los fines propuestos al «espíritu del pueblo» o incluso al famoso «espíritu del mundo». Téngase entonces el coraje

de considerar al hombre como el producto de un azar cualquiera, como una nada sin defensa y abandonada a todas las perdiciones: esta concepción es tan propia para romper la voluntad humana como la de un gobierno divino. El sentido histórico no es más que una teología enmascarada: «un día alcanzaremos fines magníficos».

(Escritos póstumos.)

Nosotros, aleccionados, queremos arrojar del mundo el concepto de culpa y el concepto de castigo; en que nuestra mayor seriedad consiste en purificar de este lodo la psicología, la moral, la historia, las instituciones y sanciones sociales y aun a Dios mismo. ¿En quien debemos ver nuestro más natural antagonista? Precisamente en aquellos apóstoles de la venganza y el rencor, en aquellos pesimistas que se consagran a santificar su lodo con el nombre de «indignación»... Nosotros que, por el contrario, queremos devolver su inocencia al devenir, queremos ser los misioneros de una idea más pura: la de que nadie ha dado sus cualidades al hombre, ni Dios, ni la sociedad, ni sus padres, ni sus antepasados ni él mismo; que nadie tiene la culpa de esto... No hay un ser al que hacer responsable de que otro ser exista, de que un individuo esté conformado de un modo determinado, de que haya nacido en tal o cual situación o ambiente. Y es un gran consuelo que falte semejante ser... Nosotros no somos resultado de una intención eterna, de una voluntad, de un deseo; con nosotros no se ha hecho ninguna tentativa de realizar un «ideal» de perfección o un «ideal de felicidad» o un «ideal de virtud»; nosotros no somos un error de Dios del que éste tenga que arrepentirse. (Como es sabido, el Antiguo Testamento comienza con esta idea.) Falta todo lugar, todo fin, todo sentido sobre el cual podamos descargar el hecho de que existimos, de que estemos hechos de un cierto modo. Sobre todo nadie podría hacer esto: no se puede juzgar, medir, parangonar ni siquiera negar el Todo. ¿Por qué no se pue-

de? Por cinco razones, todas ellas accesibles a las más modestas inteligencias: por ejemplo, porque no existe nada fuera del Todo... Y repitámoslo, éste es un gran consuelo, en esto encontramos la inocencia de toda la existencia.

(La voluntad de poder.)

¿Y sabéis qué es para mí el mundo? ¿Tendré que mostrároslo en mi espejo? Este mundo es un prodigio de fuerza, sin principio, sin fin; una dimensión fija y broncínea de fuerza, que no se hace más grande ni más pequeña, que no se consume, sino que se transforma como un todo invariablemente grande; es una cosa sin gastos ni pérdidas, pero también sin incremento, encerrada dentro de la nada como en su límite; no es cosa que se desvanezca ni que se gaste, no es infinitamente extenso, sino que está inserto como fuerza, como juego de fuerzas y ondas de fuerza; que es al mismo tiempo uno y múltiple; que se acumula aquí y al mismo tiempo disminuye allí; un mar de fuerzas corrientes que se agitan en sí mismas, que se transforman eternamente, que corren eternamente; un mundo que tiene innumerables años de retorno, un flujo perpetuo de formas, que se desarrollan desde la más simple a la más complicada; un mundo que de lo más tranquilo, frío, rígido, pasa a lo que es más ardiente, salvaje, contradictorio y luego de la abundancia torna de nuevo a la sencillez, del juego de las contradicciones torna al gusto de la armonía y se afirma a sí mismo aun en esta igualdad de sus vías y de sus años y se bendice a sí mismo como algo que debe tornar eternamente como un devenir que no conoce ni la saciedad, ni el disgusto ni el cansancio. Este mundo mío dionisíaco que se crea eternamente a sí mismo; este misterioso mundo de la doble voluptuosidad; este mi «más allá del bien y del mal», sin fin, a menos que no se encuentre un fin en la felicidad del círculo; sin voluntad, a menos que un anillo no pruebe buena voluntad de sí mismo, ¿queréis un nombre para

este mundo? ¿Una solución para todos sus enigmas? ¿Y una luz para vosotros, oh desconocidos, oh fuertes, oh impávidos, oh *hombres de la medianoche?* ¡Este nombre es la *voluntad de poder* y nada más!

(La voluntad de poder.)

4

FILOSOFIA

FILOSOFIA ACADEMICA; EL FILOSOFO DEL FUTURO; ENGAÑOS Y TAREAS DE LA FILOSOFIA; MAESTROS Y DISCIPULOS...

—Un filósofo: es un hombre que constantemente vive, ve, oye, sospecha, espera, sueña cosas extraordinarias; alguien al que sus propios pensamientos le golpean como desde fuera, como desde arriba y desde abajo, constituyendo *su* especie peculiar de acontecimientos y de rayos; acaso él mismo sea una tormenta que camina grávida de nuevos rayos; un hombre fatal, rodeado siempre de truenos y aullidos y gruñidos y acontecimientos inquietantes. Un filósofo: ay, un ser que con frecuencia huye de sí mismo, que con frecuencia tiene miedo de sí, pero que es demasiado curioso para no «volver a sí» una y otra vez...

(Más allá del bien y del mal.)

ORIGEN Y SIGNIFICACIÓN.—¿Por qué vuelve constantemente a mi espíritu y toma cada vez más vivos colores esta idea? El pensamiento de que «en otro tiempo» los filósofos, cuando perseguían el origen de las cosas, se imaginaban siempre que encontrarían algo que tuviese una significación apreciable para toda especie de acción y juicio. Hasta se admitía *previamente* que la salvación de los hombres dependía del conocimiento que tuvieran del origen de las cosas; ahora, por el contrario, así se contemplaba mi pensamiento, cuanto más nos entregamos al conocimiento de los orígenes, menos participa nuestro interés en esta operación, sino que, a la inversa, todas nuestras evaluaciones, todos los *intereses* que hemos colocado

en las cosas comienzan a perder su significación a medida que retrocedemos en el conocimiento para apoderarnos más íntimamente de las cosas mismas: *con la inteligencia del origen aumenta la insignificancia del origen;* mientras que lo que es próximo, lo que hay en nosotros y alrededor de nosotros, comienza poco a poco a anunciar sus ricos colores, sus bellezas, sus enigmas y sus significaciones, que no sospechaba ni en sueños la humanidad antigua. En otro tiempo, los pensadores daban vueltas como fieras enjauladas, devorados por una rabia secreta, con los ojos fijos siempre en los barrotes de la jaula, arrojándose contra esos barrotes para tratar de romperlos; y el que a través de un intersticio creía ver algo de fuera, de más allá y de lejano, se consideraba *dichoso.*

(Aurora.)

Otros pueblos tienen santos; los griegos tienen sabios (...). El juicio de aquellos filósofos sobre la vida y la existencia dice tanto más que un juicio moderno cuanto que tenían presente la vida en toda su magnificencia y por qué en ellos el sentido del pensador no se extraviaba como entre nosotros, desdoblándose en el amor a la libertad, a la belleza, a la grandeza de la vida y el instinto de la verdad, que sólo se pregunta cuál es el valor de la vida. La misión del filósofo, dentro de una cultura real configurada en un sentido unitario, no es realizable en nuestras circunstancias, porque no poseemos tal cultura. Sólo una cultura como la griega puede responder a aquella misión del filósofo; sólo ella puede, como ya he dicho, justificar en general la filosofía, porque sólo ella sabe y puede mostrar por qué y cómo el filósofo no es un peregrino solitario que aparece esporádicamente aquí y allá. Hay una necesidad de hierro que vincula a los filósofos a una verdadera cultura; pero ¿qué sucederá si esa cultura no existe? Entonces el filósofo es un cometa cuya aparición no se puede calcular y que por eso mismo infunde pavor cuando aparece, mientras que en los demás casos es una

estrella fija en el cielo de la cultura. Por eso justifican los griegos al filósofo, porque entre ellos no es un cometa.

(La filosofía en la época trágica de los griegos.)

«Que los diversos conceptos filosóficos no son algo arbitrario, algo que se desarrolle de por sí, sino que crecen en relación y parentesco mutuos, que, aunque en apariencia se presentan de manera súbita y caprichosa en la historia del pensar, forman parte, sin embargo, de un sistema, como lo forman todos los miembros de la fauna de una parte de la tierra: esto es algo que, en definitiva, se delata en la seguridad con que los filósofos más diversos cumplen una y otra vez un cierto esquema básico de filosofías *posibles*. Sometido a un hechizo invisible, vuelven a recorrer una vez más la misma órbita: por muy independientes que se sientan los unos de los otros con su voluntad crítica o sistemática; algo existente en ellos los guía, algo los empuja a sucederse en determinado orden, precisamente aquel innato sistematismo y parentesco de los conceptos. El pensar de los filósofos no es, de hecho, tanto un descubrir como un reconocer, un recordar de nuevo, un volverse hacia atrás y un repatriarse a aquella lejana, antiquísima economía global del alma, de la cual habían brotado en otro tiempo aquellos conceptos: filosofar es, en este aspecto, una especie de atavismo del más alto rango. El asombroso parecido de familia de todo filosofar indio, griego, alemán se explica con bastante sencillez. Justo allí donde existe un parentesco lingüístico resulta imposible en absoluto evitar que, en virtud de la común filosofía de la gramática —quiero decir en virtud del dominio y la dirección inconscientes ejercidos por funciones gramaticales idénticas—, todo se halle predispuesto de antemano para un desarrollo y sucesión homogéneos de los sistemas filosóficos: lo mismo que parece estar cerrado el camino para ciertas posibilidades distintas de interpretación del mundo. Los filósofos del área lingüística uralo-altaica (en la que el concepto de sujeto es

el peor desarrollado) mirarán con gran probabilidad «el mundo» de manera distinta que los indogermanos o musulmanes y los encontraremos en sendas distintas a las de éstos: el hechizo de determinadas funciones gramaticales es, en definitiva, el hechizo de juicios de valor *fisiológicos* y de condiciones raciales. Todo esto para refutar la superficialidad de Locke en lo referente a la procedencia de las ideas.»

(Más allá del bien y del mal.)

ESCOGER SUS RELACIONES.—¿Será mucho pedir querer buscar el trato de los hombres dulces, agradables al gusto y alimenticios, como las castañas que se han puesto al fuego a su debido tiempo y han sido retiradas del fuego en su momento oportuno? ¿De esos hombres que esperan poco de la vida y prefieren aceptar ésta en regalo antes que merecerla, como si los pájaros y las abejas se la hubieran aportado? ¿De hombres que son demasiado orgullosos para poder sentirse recompensados nunca y demasiado serios en su pasión por el conocimiento y la rectitud para tener tiempo y complacencia en la gloria? Llamamos filósofos a semejantes hombres y siempre encontrarán para sí mismos un nombre más modesto.

(Aurora.)

El disfraz inconsciente de las necesidades fisiológicas bajo el manto de lo objetivo, del ideal, de la idea pura, va tan lejos que nos asustaríamos y yo me he preguntado muchas veces si, de una manera general, la filosofía no ha sido hasta el presente, sobre todo, una interpretación del cuerpo y *un desconocimiento del cuerpo.* Tras las más altas evaluaciones que han guiado hasta el presente la historia del pensamiento se ocultan errores de origen físico, ya sea de los indiivduos, ya de las castas, ya de las razas enteras.

(La gaya ciencia.)

Los problemas filosóficos vuelven a presentar hoy en casi todos sus aspectos la misma forma que hace mil años. ¿Cómo una cosa puede nacer de su contraria, por ejemplo: lo racional de lo irracional, lo vivo de lo muerto, la lógica del ilogismo, la contemplación desinteresada del querer cúpido, el vivir para otra persona del egoísmo, la verdad del error? La filosofía metafísica se las ingenió hasta aquí para orillar esta dificultad negando que lo uno naciese de lo otro y admitiendo, para las cosas de valor superior, un origen milagroso, la salida del núcleo y de la esencia de la *cosa en sí*. La filosofía histórica, que no se puede concebir en modo alguno separada de la ciencia natural, el más reciente de todos los métodos filosóficos, ha descubierto en ciertos casos (y ciertamente ésta será su conclusión en todos los tiempos) que no hay contrarios, exceptuando la exageración habitual de la concepción popular o metafísica y que en la base de esta oposición hay un error de la razón; según su explicación no hay, entendiéndolo estrictamente, ni conducta no egoísta ni contemplación completamente desinteresada; ambas cosas no son más que sublimaciones, en las cuales el elemento esencial parece casi volatilizado y no revela ya su presencia más que a una observación muy fina.

(Humano, demasiado humano.)

La historia de la filosofía es una rabia secreta contra las condiciones de la vida, contra los sentimientos de valor de la vida, contra la decisión en favor de la vida. Los filósofos jamás dudaron en afirmar un mundo, a condición de que estuviera en contradicción con este mundo, de que pusiera en sus manos un instrumento que pudiese servir para hablar mal de este mundo. La filosofía fue hasta aquí la gran escuela de la calumnia y de tal modo se impuso que aun hoy día nuestra ciencia, que se hacía pasar por intérprete de la vida, ha aceptado la posición fundamental de la calumnia y manipula este mundo como si no fuera más que apariencia, este encadenamiento de

causas como si no fuera más que fenomenal. ¿Cuál es el odio que entra en juego?

Yo creo que es siempre la *Circe* de los filósofos, la moral, que les juega la mala partida de forzarles a ser, en todo tiempo, calumniadores...

(La voluntad de poder.)

Y designo con la frase «libertad de espíritu» algo muy concreto: ser superior cien veces a los filósofos y a otros adeptos de la «verdad», por el rigor contra sí mismos, por pureza y valor, por la voluntad incondicional de decir no, allí donde él no es peligroso; considero a los actuales filósofos como despreciables «libertins» bajo la capucha de esa mujer llamada «verdad».

(La voluntad de poder.)

Desconfío de todos los sistemáticos y los evito. El gusto por el sistema es una falta de probidad.

(El ocaso de los ídolos.)

Pues sucede a veces que el Estado tiene miedo a los filósofos de una manera general y entonces es cuando se rodea de tal número de filósofos que parece que tiene la filosofía de su lado. Pues entonces tendrá de su lado a esos hombres que ostentan el nombre de filósofos y que, sin embargo, no inspiran ningún cuidado. Pero si se presentase alguno que tuviese traza de atravesar el cuello de cualquiera, incluso del Estado, con el cuchillo de la verdad, el Estado, que ante todo tiene que cuidar de su propia conservación, tendría derecho a excluirle y a tratarle como a enemigo, del mismo modo que excluye y combate una religión que se coloca por encima de él y quiere ser el árbitro de sus actos. Por consiguiente, cuando un hombre se resigna a ser filósofo por la gracia del Estado, ten-

drá que tolerar también el ser tolerado por el Estado como quien ha renunciado a perseguir la verdad en todos sus escondrijos.

(Consideraciones intempestivas.)

DE UNA PROMOCIÓN AL DOCTORADO.—«¿Cuál es el fin de toda instrucción superior?» La de hacer del hombre una máquina. «¿Cuál es el medio de conseguirlo?» El concepto del deber. «¿Cuál es su modelo?» El filólogo: enseña a estar en celo. «¿Cuál es el hombre perfecto?» El funcionario del Estado. «¿Cuál es la filosofía que ofrece la fórmula más elevada del funcionario del Estado?» La de Kant: el funcionario del Estado, como cosa en sí, puesto a dar cuenta del funcionario del Estado como fenómeno.

(El ocaso de los ídolos.)

El Estado escoge servidores filosóficos en el número que le es necesario para sus establecimientos; por consiguiente se juzga capaz de distinguir entre los buenos y los malos filósofos; más aún, admite que hay buenos en número suficiente para ocupar las cátedras de que dispone. Desde entonces se considera autoridad competente para juzgar no sólo la cualidad, sino para fijar la cifra necesaria de buenos filósofos. En segundo lugar, obliga a los que escoge a permanecer en un lugar determinado, entre determinados hombres; les obliga a ejercer una determinada actividad, les hace instruir a todo joven estudiante que lo desea, y esto diariamente, a una hora fijada de antemano. Ahora bien, aquí se presenta la siguiente cuestión: ¿puede un filósofo, en conciencia, obligarse a enseñar todos los días una cosa nueva? ¿A enseñarles delante de todos aquellos que quieran escucharle? ¿No se verá obligado a fingir que sabe más de lo que sabe? ¿No se verá forzado a hablar ante un público desconocido de cosas de las que no podría hablar sin peligro más que con sus más íntimos amigos? Y, hablando en gene-

ral, ¿no se privará de la magnífica libertad que le permite seguir su genio, cuando su genio le llama y a dónde le llama, obligándose a pensar públicamente, a una hora determinada, escogiendo asuntos determinados de antemano? ¡Y todo esto ante jóvenes! Tal pensador, ¿no está mutilado de antemano? ¿Qué sucedería si llegase un día en que dijese que ya no es capaz de pensar, que no se le ocurre nada inteligente y, a pesar de esto, se viese obligado a sentarse ante su auditorio y hacer el papel de pensador?

(Consideraciones intempestivas.)

Ellos no dan miedo, no hacen salir de quicio las cosas y de toda su actividad podría decirse lo que dijo Diógenes cuando se alababa delante de él a un filósofo: «¿Qué puede invocar de grande, después de haberse entregado tanto tiempo a la filosofía sin haber *entristecido* a nadie?» En efecto, en la tumba de la filosofía universitaria podría ponerse este epitafio: «No ha entristecido a nadie.»

(Consideraciones intempestivas.)

Toda filosofía que cree que un acontecimiento político puede desplazar o resolver el problema de la existencia es una filosofía de broma, una filosofía de mala ley. Desde que el mundo existe se han fundado muchos Estados; esto es ya una vieja historia. ¿Cómo podría bastar una innovación política para crear, de una vez para siempre, hombres felices sobre la tierra?

(Consideraciones intempestivas.)

Insisto en que se deje por fin de confundir a los obreros filosóficos y, en general, a los hombres científicos con los filósofos, en que justo aquí se dé rigurosamente «a cada uno lo suyo», a los primeros no demasiado y a los

segundos no demasiado poco. Acaso para la educación del verdadero filósofo se necesite que él mismo haya estado alguna vez también en todos esos niveles en los que permanecen, en los que *tienen* que permanecer sus servidores, los obreros científicos de la filosofía; él mismo tiene que haber sido tal vez crítico y escéptico y dogmático e historiador y, además, poeta y coleccionista y viajero y adivinador de enigmas y moralista y vidente y «espíritu libre» y casi todas las cosas, a fin de recorrer el círculo entero de los valores y de los sentimientos de valor del hombre y a fin de *poder* mirar con muchos ojos y conciencias, desde la altura hacia toda lejanía, desde la profundidad hacia toda altura, desde el rincón hacia toda amplitud. Pero todas esas cosas son únicamente condiciones previas de su tarea: esta misma quiere algo distinto, exige que él *cree valores.* Aquellos obreros filosóficos modelados según el noble patrón de Kant y de Hegel tienen que establecer y que reducir a fórmulas cualquier gran hecho efectivo de valoraciones, es decir, de anteriores *posiciones* de valor, creaciones de valor que llegaron a ser dominantes y que durante algún tiempo fueron llamadas «verdades», bien en el reino de lo *lógico,* bien en el de lo *político* (moral), bien en el de lo *artístico.* A esos investigadores les incumbe el volver aprehensible, manejable, dominable con la mirada, dominable con el pensamiento, todo lo que hasta ahora ha ocurrido y ha sido objeto de aprecio, el acortar todo lo largo, más aún, el «tiempo» mismo y el *sojuzgar* el pasado entero: inmensa y maravillosa tarea en servir a la cual pueden sentirse satisfechos con seguirdad todo orgullo sutil, toda voluntad tenaz. *Pero los auténticos filósofos son hombres que dan órdenes y legislan.* Dicen: « ¡así *debe* ser!, son ellos los que determinan el «hacia dónde» y el «para qué» del ser humano, disponiendo aquí del trabajo previo de todos los obreros filosóficos, de todos los sojuzgadores del pasado, ellos extienden su mano creadora hacia el futuro y todo lo que es y ha sido conviértese para ellos en medio, en instrumento, en martillo. Su «conocer» es *crear,* su crear es legislar, su voluntad de verdad es *voluntad de poder.*

¿Existen hoy tales filósofos? ¿Han existido ya tales filósofos? ¿No *tienen que* existir tales filósofos?...

(Más allá del bien y del mal.)

No hay que responder absolutamente nada a los que hablan con tanta fanfarronería de lo que su metafísica tiene de científico; basta con rebuscar un poco en el paquete que disimulan tras su espalda con tanto pudor; en cuanto se logre destaparlo un poco se sacará a la luz, para su mayor vergüenza, el resultado de ese cientifismo: un Diosecito de bolsillo, una amable inmortalidad, quizá un poco de espiritismo y, con certeza, todo el confuso amasijo de miserias de un pobre pecador y del orgullo de un filisteo.

(Humano, demasiado humano.)

El aprender nos transforma, hace lo que hace todo alimento, el cual no se limita tampoco a «mantener»: como sabe el fisiólogo. Pero en el fondo de nosotros, totalmente «allá abajo», hay en verdad algo rebelde a todo aleccionamiento, una roca granítica de *fatum* espiritual, de decisión y respuesta predeterminadas a preguntas predeterminadas y elegidas. En todo problema radical habla un inmodificable «estoy soy yo»; acerca del varón y de la mujer, por ejemplo, un pensador no puede aprender nada nuevo, sino sólo aprender hasta el final, sólo descubrir hasta el final lo que acerca de esto «está fijo». Muy pronto encontramos ciertas soluciones de problemas que constituyen cabalmente para nosotros una creencia sólida; quizá las llamemos en lo sucesivo nuestras «convicciones». Más tarde vemos en ellas únicamente huellas que nos conducen al conocimiento de nosotros mismos, indicadores que nos señalan el problema que nosotros *somos*, o más exactamente, la gran estupidez que nosotros somos, nues-

tro *fatum* espiritual, aquel algo *rebelde a todo aleccionamiento* que está totalmente «allá abajo».

(Más allá del bien y del mal.)

¡Ahora yo me voy solo, discípulos míos! ¡También vosotros os vais ahora solos! Así lo quiero yo.

En verdad, éste es mi consejo: ¡Alejaos de mí y guardaos de Zaratustra! Y aún mejor: ¡avergonzaos de él! Tal vez os ha engañado. El hombre del conocimiento no sólo tiene que saber amar a sus enemigos, tiene que saber también odiar a sus amigos.

Se recompensa mal a un maestro si se permanece siempre discípulo. ¿Y por qué no vais a deshojar vosotros mi corona?

Vosotros me veneráis. Pero, ¿qué ocurrirá si un día vuestra veneración se derrumba? ¡Cuidad de que no os aplaste una estatua!

¿Decís que creéis en Zaratustra? ¡Mas qué importa Zaratustra! Vosotros sois mis creyentes, mas ¡qué importan todos los creyentes!

No os habíais buscado aún a vosotros: entonces me encontrasteis. Así hacen todos los creyentes: por eso vale tampoco toda fe.

Ahora os ordeno que me perdáis a mí y que os encontréis a vosotros; y sólo cuando todos hayáis renegado de mí volveré entre vosotros.

(Así habló Zaratustra.)

TIPO DE MI DISCÍPULO.—A los hombres por los que yo me intereso les deseo sufrimientos, abandono, enfermedad, malos tratos, desprecio; yo deseo que no les sea desconocido el profundo desprecio de sí mismo, el martirio de la desconfianza de sí mismo, la miseria del vencido; no tengo compasión de ellos, porque deseo para ellos la única cosa que hoy puede revelar si un hombre tiene o no valor: ¡que aguante con firmeza!

(La voluntad de poder.)

PARA LA EDUCACIÓN.—Poco a poco he ido viendo claro el defecto más general de nuestra manera corriente de educar y enseñar. Nadie aprende, nadie aspira, nadie enseña *a soportar la soledad.*

(Aurora.)

En una época que sufre los excesos de la instrucción general, ¡en qué situación monstruosa, artificial y, en todo caso, indigna de sí misma se encuentra la más verídica de todas las ciencias, esa divinidad honesta y desnuda que se llama filosofía! En un mundo como éste, de uniformidad exterior y obligada, la filosofía es el monólogo sabio del paseante solitario, presa del azar en el individuo, secreto de gabinete o charlatanismo pueril entre niños y viejos académicos. Nadie se atreve a realizar por sí mismo la ley de la filosofía, nadie vive como filósofo, con esa simple fidelidad viril que forzaba a un hombre de la antigüedad, dondequiera que se encontrase, hiciese lo que hiciese, a conducirse como estoico desde el momento que había jurado fidelidad a la Stoa. Toda filosofía moderna es política o policíaca, está reducida a una apariencia sabia por los gobiernos, las iglesias, las costumbres y las cobardías de los hombres. Nos contentamos con un suspiro de pesar y con el conocimiento del pasado.

La filosofía, en los límites de la cultura histórica, está desprovista de derechos, en cuanto quiere ser más que un saber limitado al ser íntimo y sin acción fuera del mismo. Si de una manera general, el hombre moderno fuese valiente y decidido, si no fuera un ser interior y lleno de enemistades y antinomias, proscribiría la filosofía, se contentaría con velar púdicamente su desnudez. A decir verdad, se piensa, se escribe, se imprime, se habla, se enseña filosóficamente: hasta aquí todo está permitido o poco menos que permitido. Pero otra cosa sucede en la acción, en eso que se llama vida real. En ese terreno no hay más que una cosa permitida, todo lo demás es imposible, simplemente: así lo quiere la cultura histórica. ¿Son estos

hombres todavía, se preguntará entonces o simplemente máquinas de pensar, escribir, hablar?

(Consideraciones intempestivas.)

Pero la «verdad» que nuestros profesores tienen siempre en la boca parece, en realidad, un ser mucho menos exigente, un ser del que no hay que temer ni desorden ni infracción al orden establecido; aparece como una criatura bonachona y amiga de las comodidades, que da sin cesar a todos los poderes establecidos la seguridad de no causar a nadie la menor molestia, pues no es, después de todo, más que «ciencia pura».

(Consideraciones intempestivas.)

El filósofo nuevo puede surgir solamente en alianza con una casta dominante, como la más alta espiritualización de ésta. Debe encontrar cerca de sí una gran política: el gobierno de la tierra; debe haber para eso absoluta falta de principios.

(La voluntad de poder.)

Un nuevo género de filósofos está apareciendo en el horizonte: yo me atrevo a bautizarlos con un nombre no exento de peligros. Tal como yo los adivino, tal como ellos se dejan adivinar —pues forma parte de su naturaleza el *querer* seguir siendo enigmas en algún punto—, esos filósofos del futuro podrían ser llamados con razón, acaso también sin razón, *tentadores.* Este nombre mismo es, en última instancia, sólo una tentativa y, si se quiere, una tentación.

¿Son, estos filósofos venideros, nuevos amigos de la «verdad»? Es bastante probable, pues todos los filósofos han amado hasta ahora sus verdades. Mas con toda seguridad no serán dogmáticos. A su orgullo, también a su

gusto, tiene que repugnarles el que su verdad sea una verdad para cualquiera: cosa que ha constituido hasta ahora el oculto deseo y el sentido recóndito de todas las aspiraciones dogmáticas. «Mi juicio es *mi* juicio: no es fácil que también otro tenga derecho a él», dice tal vez ese filósofo del futuro. Hay que apartar de nosotros el mal gusto de querer coincidir con muchos. «Bueno» no es ya bueno cuando el vecino toma esa palabra en su boca. ¡Y cómo podría existir un «bien común»! La expresión se contradice a sí misma: lo que puede ser común tiene siempre poco valor. En última instancia, las cosas tienen que ser tal como son y tal como han sido siempre: las grandes cosas están reservadas para los grandes, los abismos, para los profundos; las delicadezas y estremecimientos, para los sutiles y, en general, y dicho brevemente, todo lo raro, para los raros.

(Más allá del bien y del mal.)

Queremos una concepción antimetafísica del mundo, sí, pero artística.

(La voluntad de poder.)

Soliloquio del último filósofo

Un fragmento de la historia de la posteridad.

El último filósofo, así me llamo, pues soy el último hombre. ¡Sólo yo me hablo a mí mismo y nadie más y mi voz llega a mis oídos como la de un moribundo! Contigo, voz amada, contigo, último suspiro del recuerdo de toda dicha humana, déjame aún comunicarme tan sólo por una hora más; gracias a ti engaño mi soledad y penetro en la mentira de una multiplicidad y un amor, pues a mi corazón le repugna creer que el amor ha muerto, no soporta el escalofrío de la más solitaria de las soledades y me obliga a hablar como si yo fuese dos.

¿Te oigo todavía, voz mía? ¿Susurras murmurando? ¡Ojalá tu maldición hiciese reventar las entrañas de este mundo! Pero aún vive y no cesa de escrutarme con el brillo y la frialdad de sus estrellas implacables, vive aún, tan estúpido y ciego como siempre lo fue, y sólo *uno* muere, el hombre.

¡Y, sin embargo, aún te oigo, voz amada! Todavía muere *alguien* fuera de mí, el último hombre, en este universo: ¡el último suspiro, tu suspiro muere conmigo, ese largo ay, ay, suspirado por mí, el último de los miserables, Edipo!

(El libro del filósofo.)

Después de que me has descubierto, no era gran cosa el encontrarme; la dificultad es ahora el perderme...

El Crucificado.

(Texto de la última carta de Nietzsche a G. Grandes, Turín, 4-1-1889.)

5

MORAL

TRANSVALORACION DE LOS VALORES; NIHILISMO; FUERZA Y DEBILIDAD...

Sobre lo que menos se ha pensado hasta ahora ha sido sobre el bien y el mal; siempre se consideró como una cosa muy peligrosa. La conciencia, la buena opinión, el infierno, y aún a veces la misma policía, no permitían ni permiten mostrarse imparcial en este terreno; y es que en presencia de la moral, como en presencia de toda autoridad, no es lícito reflexionar y menos hablar: ¡allí hay que *obedecer!* Desde que el mundo es mundo, ninguna autoridad ha querido todavía dejarse tomar por objeto de crítica; y llegar a la crítica de la moral, tener por problema la moral, ¿cómo?, ¿no ha sido esto siempre, no lo es aún, lo inmoral? La moral, sin embargo, no dispone de toda clase de medios de intimidación para mantener a distancia las investigaciones críticas y los instrumentos de tortura; su certidumbre reposa más aún en una cierta especie de seducción que ella sola conoce: sabe *entusiasmar.* A veces con una sola mirada consigue paralizar la voluntad crítica, o también atraerse a ésta, captársela, y hay casos también en que sabe volverla contra sí misma; de suerte que semejante al escorpión, hunde su aguijón en su propio cuerpo. Pues desde hace mucho tiempo, la moral conoce toda clase de diabluras en el arte de convencer; hoy día, aún no hay orador que no se dirija a ella para pedirle socorro (escuchemos, por ejemplo, a nuestros mismos anarquistas: ¡cómo apelan a la moral para convencer! Terminan llamándose a sí mismos «los buenos y los justos»). Y es que la moral, en todos los tiempos, desde que se habla y se trata de convencer en la tierra, se ha afirmado como la mejor maestra de seducción y, lo que

nos importa a nosotros los filósofos, como la verdadera *Circe de los filósofos.*

(Aurora.)

Oído en el paraíso.—«Bien y mal son los prejuicios de Dios», dijo la serpiente.

(La gaya ciencia.)

Una moral podría tener su origen en un error; este hecho no afectaría en nada al problema de su valor. El *valor* de este medicamento, el más célebre de todos, de ese medicamento que se llama moral, no ha sido examinado hasta hoy por nadie; para ello sería preciso, ante todo, que fuese *puesto en tela de juicio.* Pues bien: precisamente eso es nuestra obra.

(La gaya ciencia.)

Ser verdaderos —¡pocos son *capaces* de esto! Y quien es capaz ¡no quiere todavía! Y quienes menos lo quieren son los buenos.

Oh, esos buenos! —*Los hombres buenos no dicen nunca la verdad;* para el espíritu, el ser bueno de ese modo es una enfermedad.

Ceden, estos buenos, se resignan, su corazón repite lo dicho por otros, el fondo de ellos obedece: ¡mas quien obedece *no se oye a sí* mismo!

Todo lo que los buenos llaman malvado tiene que reunirse para que nazca una única verdad: oh, hermanos míos, ¿sois también vosotros bastante malvados para *esa* verdad?

La osadía temeraria, la larga desconfianza, el cruel no, el fastidio, el sajar en vivo —¡qué raras veces se reúne esto! Pero de tal semilla es de la que —¡se engendra verdad!

¡*Junto* a la conciencia malvada ha crecido hasta ahora

todo *saber!* ¡Romped, rompedme, hombres del conocimiento, las viejas tablas!

(Así habló Zaratustra.)

Tras los hombres más sagrados encontré las tendencias más destructoras; se ha llamado Dios a todo lo que debilita, a todo lo que predica la debilidad, a todo lo que contagia la debilidad...; comprendí que el *hombre bueno* era una autoafirmación de la *decadencia.*

(La voluntad de poder.)

El juicio y la condena morales constituyen la venganza favorita de los hombres espiritualmente limitados contra los que no lo son tanto, y también una especie de compensación por el hecho de haber sido mal dotados por la naturaleza, y, en fin, una ocasión de adquirir espíritu y *volverse* sutiles: —la maldad espiritualiza. En el fondo de su corazón les agrada que exista un criterio frente al cual incluso los hombres colmados de bienes y privilegios del espíritu se equiparan a ellos: —luchan por la «igualdad de todos ante Dios», y para esto casi *necesitan* ya la fe en Dios. Entre ellos se encuentran los adversarios más vigorosos del ateísmo. Quien les dijera «una espiritualidad elevada no tiene comparación con ninguna probidad ni respetabilidad de un hombre que sea precisamente sólo moral», los pondrá furiosos: —yo me guardaré de hacerlo. Quisiera, antes bien, halagarlos con mi tesis de que una espiritualidad elevada subsiste tan sólo como último aborto de cualidades morales; que ella constituye una síntesis de todos aquellos estados atribuidos a los hombres «sólo morales», una vez que se los ha conquistado, uno a uno, mediante una disciplina y un ejercicio prolongados, tal vez en cadenas enteras de generaciones; que la espiritualidad elevada es precisamente la espiritualización de la justicia y de aquel rigor bonachón que se sabe encargado

de mantener en el mundo el *orden del rango*, entre las cosas mismas —y no sólo entre los hombres.

(Más allá del bien y del mal.)

Hombres del resentimiento son todos ellos, esos seres fisiológicamente lisiados y carcomidos, todo un tembloroso imperio terreno de venganza subterránea, inagotable, insaciable en estallidos contra los afortunados e, igualmente, en mascaradas de venganza, en pretextos para la venganza: ¿cuándo alcanzarían propiamente su más sublime, su más sutil y último triunfo de la venganza? Indudablemente, cuando lograsen *introducir en la conciencia* de los afortunados su propia miseria, toda miseria en general: de tal manera que éstos empezasen un día a avergonzarse de su felicidad y se dijesen tal vez unos a otros: « ¡es una ignominia ser feliz!, *¡hay tanta miseria!...*». Pero no podría haber malentendido mayor y más nefasto que el consistente en que los afortunados, los bien constituidos, los poderosos del cuerpo y de alma, comenzasen a dudar así de su *derecho a la felicidad* (...). Lo que *ellos* pueden hacer, lo que *ellos* deben hacer jamás debieran poder ni deber hacerlo los enfermos: mas para que los sanos *puedan* hacer lo que sólo *ellos* deben hacer, ¿cómo les estaría permitido actuar de médicos, de consoladores, de «salvadores» de los enfermos?... Y por ello, ¡aire puro!, ¡aire puro! Y, en todo caso, ¡lejos de la proximidad de todos los manicomios y hospitales de la cultura! Y, por ello, ¡buena compañía, la compañía *de nosotros!* ¡O soledad, si es necesario! Pero, en todo caso, ¡lejos de las perniciosas miasmas de la putrefacción interior y de la oculta carcoma de los enfermos!... Para defendernos así a nosotros mismos, amigos míos, al menos por algún tiempo todavía de los dos peores contagios que pueden estarnos reservados cabalmente a nosotros — ¡de la *gran náusea respecto al hombre!, ¡de la gran compasión por el hombre!...*

(La genealogía de la moral.)

Mi tentativa de interpretar los juicios morales como síntomas y signos de expresión en los que se revelan procesos fisiológicos, así como la conciencia de condiciones de conservación o de crecimiento, una especie de interpretación de valores de astrología, de prejuicios (de razas, tribus, de diferentes grados, como juventud o decrepitud, etc...).

Perímetro de las valoraciones morales: juegan en casi todas las impresiones de los sentidos. Por ellas coloreamos el mundo.

El concepto «una acción reprensible» nos llena de dificultades. Nada de lo que sucede puede ser en sí reprensible, pues no se hubiera podido evitar; todas las cosas están tan íntimamente ligadas unas a otras que, si quisiéramos excluir alguna, excluiríamos al mismo tiempo todas las demás. Un acto reprensible sería, por consiguiente, generalizando, un mundo reprobado...

Y aún entonces, en un mundo reprobado, la reprobación sería también reprehensible... Y la consecuencia de una manera de pensar que lo rechazase todo sería una práctica que lo afirmase todo... Si el devenir es un gran anillo, todas las cosas tendrían el mismo valor, serán igualmente eternas, igualmente necesarias. En todas las correlaciones de sí y no, de preferencia y de exclusión, de amor y de odio, sólo se expresa una perspectiva, el interés que presentan tipos determinados de la vida: en sí mismo, todo lo que es pronunciar un sí.

(La voluntad de poder.)

A LOS PREDICADORES DE LA MORAL.—Yo no quiero hacer moral, pero daré un consejo a los que la hacen: si queréis quitar todo su honor y todo su valor a las mejores cosas y a las mejores cualidades, continuad, como hasta aquí, teniéndolas siempre en la boca. Ponedlas a la cabeza de toda moral, y hablad desde la mañana hasta la noche de la felicidad que proporciona la virtud, del reposo del alma, de la justicia inmanente o de la equidad; si

esto hacéis, todo ello acabará por adquirir la popularidad y el estrépito de la calle: pero entonces, a fuerza de manejar todas estas buenas cosas, el oro se deteriorará y se convertirá en plomo. En verdad, practicáis el arte contrario al de los alquimistas, para desmonetizar lo que hay de más precioso. Servíos una vez, a título de ensayo, de otra receta para no realizar lo contrario de lo que os proponéis: *negad* esas buenas cosas, retiradles la aprobación de la multitud y su curso fácil, haced de ellas nuevamente el pudor oculto de las almas solitarias, decid: «la moral es algo que está prohibido». Pero entonces sería necesario que tuviesen en sí mismas algo que despertará el temor, y no, como hasta ahora, el poder de producir hastío. ¿No da gana de decir hoy, respecto de la moral, lo que decía Mase Eckhart: «Pido a Dios que me libre de Dios»?

(La gaya ciencia.)

VANIDAD DE LOS MAESTROS DE LA MORAL.—El éxito, bastante mediocre, por cierto, que alcanzaron los maestros de la moral se explica por el hecho de que querían demasiadas cosas a la vez, es decir, que eran demasiado ambiciosos; se morían por dar preceptos «para todo el mundo». Pero esto es vagar en lo indeterminado y echar discursos a los animales, para hacer de ellos hombres. ¡Qué de extraño que los animales encuentren esto aburrido! Habría que elegir círculos restringidos, buscar y fomentar la moral para aquéllos, echar, por ejemplo, discursos a los lobos para hacer de ellos perros. Sin embargo, el gran éxito pertenece a aquel que no quiere ni educar a todo el mundo, ni a pequeños grupos, sino a un solo individuo, y que no mira ni a derecha ni a izquierda. El siglo pasado es precisamente superior al nuestro porque poseía tantos hombres educados individualmente, así como también educadores en la misma proporción que habían encontrado allí la *tarea* de su vida, y con la tarea, también la dignidad ante ellos mismos y ante cualquier otra *buena compañía.*

(Aurora.)

No se debe querer «mejorar» a los hombres, hablarles con cualquier moral, como si existieran «moralistas en sí» o una especie ideal de hombres, sino que se deben crear situaciones en las que sean necesarios hombres más fuertes, los cuales, por su parte, tengan necesidad de una moral (o más claramente: de una disciplina corporal y espiritual) que los haga fuertes y, por consiguiente, deban tenerla.

No nos debemos dejar seducir por ojos azules o por senos turgentes; la grandeza de alma no tiene nada de romántico en sí. Y, además, nada de amable.

(La voluntad de poder.)

He tratado de explicar qué era lo que fascinaba en Sócrates; parecía un médico, un salvador. ¿Es ahora necesario demostrar el error que había en su creencia en la «racionalidad a toda costa»? Es un error, por parte de los filósofos y moralistas, creer que se sale de la decadencia haciéndole la guerra. El librarse de ella está por encima de sus fuerzas; lo que ellos escogen como remedio, como salvación, es a su vez no más que una expresión de la decadencia, pero no la eliminan. Sócrates fue un equívoco; *toda la moral del perfeccionamiento, incluso la cristiana, fue un equívoco*... La cruda luz del día, la racionalidad a toda costa, la vida clara, consciente, prudente, sin instintos, en oposición a los instintos, fue una enfermedad; y de ningún modo un retorno a la virtud, a la salud, a la felicidad... «Debes combatir los instintos», ésta es la fórmula de la decadencia; mientras la vida *ascienda*, la felicidad y el instinto son cosas iguales.

(El ocaso de los ídolos.)

UNA PALABRA MÁS CONTRA KANT MORALISTA.—Una virtud debe ser una invención nuestra, una defensa y una necesidad personal nuestra; en todo otro caso será simplemente un peligro. Lo que no es una condición de nuestra vida,

esto hacéis, todo ello acabará por adquirir la popularidad y el estrépito de la calle: pero entonces, a fuerza de manejar todas estas buenas cosas, el oro se deteriorará y se convertirá en plomo. En verdad, practicáis el arte contrario al de los alquimistas, para desmonetizar lo que hay de más precioso. Servíos una vez, a título de ensayo, de otra receta para no realizar lo contrario de lo que os proponéis: *negad* esas buenas cosas, retiradles la aprobación de la multitud y su curso fácil, haced de ellas nuevamente el pudor oculto de las almas solitarias, decid: «la moral es algo que está prohibido». Pero entonces sería necesario que tuviesen en sí mismas algo que despertará el temor, y no, como hasta ahora, el poder de producir hastío. ¿No da gana de decir hoy, respecto de la moral, lo que decía Mase Eckhart: «Pido a Dios que me libre de Dios»?

(La gaya ciencia.)

VANIDAD DE LOS MAESTROS DE LA MORAL.—El éxito, bastante mediocre, por cierto, que alcanzaron los maestros de la moral se explica por el hecho de que querían demasiadas cosas a la vez, es decir, que eran demasiado ambiciosos; se morían por dar preceptos «para todo el mundo». Pero esto es vagar en lo indeterminado y echar discursos a los animales, para hacer de ellos hombres. ¡Qué de extraño que los animales encuentren esto aburrido! Habría que elegir círculos restringidos, buscar y fomentar la moral para aquéllos, echar, por ejemplo, discursos a los lobos para hacer de ellos perros. Sin embargo, el gran éxito pertenece a aquel que no quiere ni educar a todo el mundo, ni a pequeños grupos, sino a un solo individuo, y que no mira ni a derecha ni a izquierda. El siglo pasado es precisamente superior al nuestro porque poseía tantos hombres educados individualmente, así como también educadores en la misma proporción que habían encontrado allí la *tarea* de su vida, y con la tarea, también la dignidad ante ellos mismos y ante cualquier otra *buena compañía.*

(Aurora.)

No se debe querer «mejorar» a los hombres, hablarles con cualquier moral, como si existieran «moralistas en sí» o una especie ideal de hombres, sino que se deben crear situaciones en las que sean necesarios hombres más fuertes, los cuales, por su parte, tengan necesidad de una moral (o más claramente: de una disciplina corporal y espiritual) que los haga fuertes y, por consiguiente, deban tenerla.

No nos debemos dejar seducir por ojos azules o por senos turgentes; la grandeza de alma no tiene nada de romántico en sí. Y, además, nada de amable.

(La voluntad de poder.)

He tratado de explicar qué era lo que fascinaba en Sócrates; parecía un médico, un salvador. ¿Es ahora necesario demostrar el error que había en su creencia en la «racionalidad a toda costa»? Es un error, por parte de los filósofos y moralistas, creer que se sale de la decadencia haciéndole la guerra. El librarse de ella está por encima de sus fuerzas; lo que ellos escogen como remedio, como salvación, es a su vez no más que una expresión de la decadencia, pero no la eliminan. Sócrates fue un equívoco; *toda la moral del perfeccionamiento, incluso la cristiana, fue un equívoco*... La cruda luz del día, la racionalidad a toda costa, la vida clara, consciente, prudente, sin instintos, en oposición a los instintos, fue una enfermedad; y de ningún modo un retorno a la virtud, a la salud, a la felicidad... «Debes combatir los instintos», ésta es la fórmula de la decadencia; mientras la vida *ascienda*, la felicidad y el instinto son cosas iguales.

(El ocaso de los ídolos.)

UNA PALABRA MÁS CONTRA KANT MORALISTA.—Una virtud debe ser una invención nuestra, una defensa y una necesidad personal nuestra; en todo otro caso será simplemente un peligro. Lo que no es una condición de nuestra vida,

la perjudica; una virtud derivada simplemente de un sentimiento de respeto frente al concepto de *virtud*, como Kant quería, es dañosa. La «virtud», el «deber», el «bien en sí», el bien con el carácter de la impersonalidad y de la validez universal, son quimeras en las que se manifiesta la decadencia, el último agotamiento de la vida, la cicatería de Koenisberg. Las más profundas leyes de la conservación y del crecimiento ordenan lo contrario; esto es, que cada cual encuentre la propia virtud, el propio imperativo categórico. Un pueblo perece cuando confunde sus deberes con el concepto de deber en general. Nada arruina más profunda e íntimamente que aquel deber «impersonal», aquel sacrificio ante el Moloch de la abstracción.

(El Anticristo.)

El que juzga: «En este caso, todos deberían obrar de este modo», no ha avanzado cinco pasos en el conocimiento de sí mismo; de lo contrario, sabría que no hay acciones semejantes y que no puede haberlas, que toda acción que ha sido ejecutada lo ha sido de una manera única e irreparable, y que así sucederá con toda acción futura, y que todos los preceptos no se refieren más que al lado exterior grosero de las acciones (del mismo modo que los preceptos más esotéricos y más sutiles de todas las morales hasta hoy); que con estos preceptos se puede conseguir, es verdad, una apariencia de legalidad, pero *nada más que una apariencia;* que toda acción respecto de ellos es y seguirá siendo una cosa impenetrable; que nuestras opiniones sobre lo que es bueno y noble y grande no pueden nunca ser demostradas por nuestros actos, porque todo acto es incognoscible; que ciertamente nuestras apreciaciones y nuestras tablas de valores forman parte de las palancas más poderosas en la máquina de nuestras acciones, pero que para cada acción particular la ley de su mecánica es indemostrable. Restrinjamos, pues, nuestra actividad a la depuración de nuestras apreciaciones y opiniones y a la creación de *nuevas tablas de valores que nos sean propias;* pero no queremos hacer reflexiones minucio-

sas ya sobre *el valor de nuestras acciones.* ¡Sí, amigos míos, es tiempo de demostrar nuestro disgusto por lo que se refiere a todo el charlatanismo moral de los unos sobre los otros! Debemos mostrarnos contrarios a las sentencias morales. Dejemos ese charlatanismo y ese mal gusto a los que no tienen otra cosa mejor que hacer que tirar del pasado y que no representan tampoco el presente; a muchos, ¡al mayor número! ¡Pero nosotros queremos *ser lo que somos;* los hombres únicos, incomparables, los que se dan leyes a sí mismos, los que se crean a sí mismos! Y para esto es preciso que seamos *físicos*, para poder ser, en este sentido, creadores; mientras que toda evaluación y todo ideal, hasta el día, ha estado basado en un *desconocimiento* de la física, en *contradicción* con ella. Por eso, ¡viva la física! Y viva todo lo que nos lleva a ella; nuestra lealtad.

(La gaya ciencia.)

PARA LA CRÍTICA DE LAS GRANDES PALABRAS.—Siento verdadero odio y malignidad contra lo que se denomina «ideal»; en esto estriba mi pesimismo, en haber comprobado que los «sentimientos elevados» son un manantial de enfermedades, es decir, son el empequeñecimiento y el envilecimiento de los hombres.

Nos engañamos siempre que esperamos un progreso de un ideal; el triunfo del ideal ha sido, hasta ahora, un movimiento retrógrado.

Cristianismo, Revolución, Supresión de la esclavitud, Igualdad de derechos, Filantropía, Amor al prójimo, Justicia, Verdad; todas estas grandes palabras sólo tienen valor en la lucha, como estandarte, no como realidades, sino como palabras magníficas para otras cosas completamente diferentes (y aún opuestas).

(La voluntad de poder.)

Se acerca, inevitable, vacilante, terrible como el destino, el gran deber, la gran cuestión de saber de qué modo

ha de ser administrada la tierra como un todo. Y la de qué modo debe ser educado el hombre también como un todo (y no ya un pueblo y una raza).

Las morales legisladoras son el medio principal con que el hombre se puede forjar lo que place a una voluntad creadora y profunda; suponiendo que tal voluntad artística de primer hombre tenga en sus manos el poder y consiga desarrollar durante largos espacios de tiempo su voluntad creadora, en forma de legislaciones, de religiones y de costumbres. Hoy, probablemente aún por largo tiempo, se buscarán inútilmente semejantes hombres de gran poder creador, los verdaderos grandes hombres como yo los entiendo; éstos faltan; cuando, después de muchas desilusiones, se comience a comprender por qué faltan, y que su surgir y desarrollarse ya no tiene más obstáculos sino lo que hay en Europa se llama «la moral», como si no hubiese o no pudiera haber otra moral; y se trata de la ya descrita moral de animal del rebaño, que con todas sus fuerzas aspira a la verde felicidad general de pasar en la tierra; esto es, a la seguridad, a la falta de peligros, al bienestar, a la facilidad de la vida y, en fin, *si todo va bien,* espera sustraerse también a todo género de pastores y guías. Sus dos doctrinas más frecuentemente predicadas suenan así: «igualdad de derechos» y «compasión para todo el que sufre»; y el mismo sufrir es considerado por éstos como cosa que se debe abolir radicalmente. El hecho de que semejantes «ideas» puedan ser aún modernas, da una mala idea de esta modernidad. Pero el que ha meditado profundamente sobre el dónde y el cómo la planta hombre ha crecido más poderosamente hasta ahora, debe creer que el crecimiento se ha producido en condiciones opuestas; que a tal fin la peligrosidad de su condición debe aumentar enormemente, su fuerza de invención debe desarrollarse combatiendo bajo una larga presión y constricción, su voluntad de vida debe elevarse hasta una incondicionada voluntad de poderío y de predominio, y que peligro, dureza, violencia, peligro en la calle como en el corazón, desigualdad de derechos, el ocultarse, el estoicismo, el arte de seducir, las travesuras de todo género; en suma, lo contrario de todo lo que desea el rebaño, es la

condición necesaria para la elevación del tipo humano. Una moral que tenga estas intenciones contrarias, que quiera educar al hombre para volar en alto y no permanecer en la comodidad y en la mediocridad; una moral que se proponga educar una casta gobernante, los futuros señores de la tierra, debe, para poder ser enseñada, introducirse en combinación con la ley moral existente y con las palabras y las apariencias de ésta. Pero que para tal fin hay que encontrar muchos medios de transición y de ilusión, y que —ya que la duración de la vida de un hombre no significa nada ante la realización de deberes y propósitos tan amplios— se debe, ante todo y sobre todo, educar a una nueva especie en que se le garanticen a aquella voluntad y a aquel instinto la duración a través de muchas generaciones, una nueva especie y casta de señores; esto se comprende también como la larga y no fácilmente enunciable continuación de este pensamiento. Preparar una transmutación de los valores para una determinada especie de hombres fuertes de grandísima fuerza de voluntad y espiritualidad, y a tal fin desencadenar en ellos, lentamente y con prudencia, una cantidad de instintos frenados y calumniados; el que piensa en esto pertenece a los nuestros, a los espíritus libres, ciertamente a un nuevo género de «espíritus libres», distinto del que hasta ahora ha existido; como que éstos desean casi lo contrario. Forman parte de éstos, a mi juicio, ante todo, los pesimistas de Europa, los poetas y los pensadores de un idealismo exaltado, en cuanto su descontento de toda la existencia los fuerza, por lo menos lógicamente, a estar descontentos de los hombres actuales; y así también ciertos artistas insaciablemente ambiciosos que luchan audaz e incondicionalmente por los privilegios de los hombres superiores y contra el «animal del rebaño»», y por medio de las seducciones propias del arte, adormecen en los espíritus elegidos todos los instintos de rebaño y la prudencia del rebaño; y, en tercer lugar, todos los críticos e historiadores, en los cuales se continúa valerosamente el descubrimiento, felizmente iniciado, del viejo mundo —ésta es la obra del nuevo Colón, del espíritu alemán—; porque nosotros nos encontramos aún en los comienzos

de esa conquista. En el mundo antiguo, en efecto, dominaba, en realidad, otra moral, una moral más de señores que la moderna; y el hombre antiguo, bajo la coacción pedagógica de su moral, era un hombre más fuerte y más profundo que el hombre de hoy; hasta ahora fue únicamente *el hombre bien logrado.*

Pero la seducción que fue ejercida por la antigüedad y es ejercida sobre las almas bien logradas, esto es, fuertes y emprendedoras, es aún hoy la más fina y la más eficaz entre todas las seducciones antidemocráticas y anticristianas, como sucedió ya en la época del Renacimiento.

(La voluntad de poder.)

Aquello que mejor hacemos nosotros, a nuestra vanidad le gustaría que la gente lo considerase precisamente como lo que más difícil de hacer nos resulta. Para explicar el origen de más de una moral.

(Más allá del bien y del mal.)

No existen fenómenos morales, sino sólo una interpretación moral de fenómenos...

(Más allá del bien y del mal.)

Las grandes épocas de nuestra vida son aquellas en que nos armamos de valor y rebautizamos el mal que hay en nosotros llamándole nuestro mejor bien.

(Más allá del bien y del mal.)

EGOÍSMO CONTRA EGOÍSMO.—Cuántos hay todavía que piensan de este modo: « ¡Si no hubiese Dios, la vida sería intolerable! » O bien, como se suele decir en medios idealistas: « ¡La vida sería intolerable si no tuviera en el

fondo una significación moral! » Por consiguiente, es necesario que haya un Dios (o bien que la existencia tenga significación moral). En el fondo, lo que sucede es que el que se ha habituado a esta idea no puede vivir sin ella; es, pues, necesaria su conservación; pero ¡qué presunción decretar que todo lo que es necesario para nuestra conservación debe existir *en realidad!* ¡Como si nuestra conservación fuese una cosa necesaria! ¡Qué sucedería si otros tuviesen el sentimiento contrario, si se negasen precisamente a vivir bajo las condiciones de esos dos artículos de fe y si, una vez realizadas estas condiciones, la vida les pareciera indigna de ser vivida! Y, en efecto, así es.

(Aurora.)

La dicha de la compasión.—Cuando, como los indios, se cifra el fin de toda la actividad intelectual en el conocimiento de la *miseria* humana, y cuando a través de muchas generaciones se permanece fiel a este espantoso precepto, la *compasión* termina por adquirir, a los ojos de tales hombres del pesimismo *hereditario*, un valor nuevo en cuanto valor *conservador de la vida*, que ayuda a soportar la existencia, aunque parece digno de ser rechazado con asco y espanto. La compasión se convierte en el antídoto del suicidio, siendo un sentimiento que contiene goce y que proporciona el gusto de la superioridad en pequeñas dosis; nos desvía de nosotros mismos, hace desbordar el corazón, destierra el temor y la tumefacción, incita a las palabras, a las quejas y a las acciones; es una *dicha relativa* si se la compara con la miseria del conocimiento, que pone por todos lados al individuo en un brete, le lanza a la oscuridad y le quita el aliento. La dicha, sin embargo, cualquiera que sea, nos proporciona aire, luz y libertad de movimientos.

(Aurora.)

Contra el remordimiento.—El pensador trata de encontrar tal o cual explicación en sus propios actos, en sus in-

vestigaciones y en sus interrogaciones; el éxito o el fracaso son para él, ante todo, *respuestas*. Sin embargo, enfadarse porque alguna cosa no tenga éxito o experimentar remordimientos, esto lo deja para los que obran porque se les manda que obren y a los que esperan latigazos cuando su dueño no está satisfecho.

(La gaya ciencia.)

Mis experiencias me dan derecho a desconfiar en general de los impulsos llamados «desinteresados», de todo el «amor al prójimo», siempre dispuesto a aconsejar e intervenir. Lo considero en sí como debilidad, como caso particular de la incapacidad de resistir a los estímulos, a la *compasión* se la califica de virtud únicamente entre los decadentes. A los compasivos les reprocho el que con facilidad pierden el pudor, el respeto, el sentimiento de delicadeza ante las distancias, el que la compasión apesta en seguida a plebe y se asemeja a los malos modales, hasta el punto de confundirse con ellos, el que, en ocasiones, manos compasivas pueden ejercer una influencia verdaderamente destructora en un gran destino, en un aislamiento entre heridas, en un *privilegio* a la culpa grave. Cuento entre las virtudes *nobles* la superación de la compasión.

(Ecce Homo.)

Lo que hay que temer, lo que produce efectos más fatales que ninguna otra fatalidad, no sería el gran miedo, sino la gran náusea frente al hombre; y también la gran *compasión* por el hombre. Suponiendo que un día ambas se maridasen, entraría inmediatamente en el mundo, de modo inevitable, algo del todo siniestro, la «última voluntad» del hombre, su voluntad de la nada, el nihilismo.

(La genealogía de la moral.)

«¿Para qué vivir? ¡Todo es vano! Vivir es trillar paja; vivir es quemarse a sí mismo y, sin embargo, no calentarse.»

Tales anticuados parloteos continúan siendo considerados como «sabiduría»; y por ser viejos y oler a rancio, *por eso* se los respeta más. También el moho otorga nobleza.

Así les era lícito hablar a los niños: ¡ellos *rehuyen* el fuego porque éste los ha quemado! Hay mucho infantilismo en los viejos libros sapienciales.

Y a todo el que siempre «trilla paja», ¡cómo iba a serle lícito blasfemar del trillar! ¡A tales necios habría que amordarzarles el hocico!

Estos se sientan a la mesa y no traen nada consigo, ni siquiera el buen hambre; y ahora blasfemas diciendo: «¡todo es vano!»

¡Pero comer y beber bien, oh hermanos míos, no es en verdad un arte vano! ¡Romped, rompedme las tablas de los eternos descontentos!

(Así habló Zaratustra.)

Una moralidad y una doctrina pesimistas, un nihilismo extático, pueden en ciertas circunstancias ser indispensables precisamente al filósofo; en calidad de una potente presión y de un martillo con que despedazar razas degeneradas y moribundas, y quitarlas de en medio para abrir el camino a un nuevo orden de vida, o inspirar el deseo del fin a lo que degenera y perece.

(La voluntad de poder.)

Estos actuales negadores y apartadizos, estos incondicionales en una sola cosa, en la exigencia de limpieza intelectual, estos espíritus duros, severos, abstinentes heroicos, que constituyen la honra de nuestra época, todos estos pálidos ateístas, anticristos, inmoralistas, nihilistas, estos escépticos, efécticos, *hécticos de espíritu* (esto úl-

timo lo son todos ellos, en algún sentido), estos últimos idealistas del conocimiento, únicos en los cuales se alberga y se ha encarnado la conciencia intelectual, de hecho se creen sumamente desligados del ideal ascético, estos «espíritus libres, *muy* libres»; y, sin embargo, voy a descubrirles lo que ellos mismos no pueden ver —pues están demasiado cerca—; aquel ideal es precisamente también su *ideal*, ellos mismos, y acaso nadie más, lo representan hoy, ellos mismos son su más espiritualizado engendro, su más avanzada tropa de guerreros y exploradores, su más insidiosa, delicada, inaprehensible forma de seducción; ¡si en algo soy yo descifrador de enigmas, quiero serlo con *esta* afirmación!... Se hallan muy lejos de ser espíritus *libres; pues creen todavía en la verdad*...

(La genealogía de la moral.)

El nihilismo está a la puerta; de dónde nos viene este huésped molesto como ninguno? Punto de partida: es un error considerar como causas del nihilismo «la miseria social» o «la degeneración fisiológica o la corrupción». Se trata de la época más honrada y más simpática. La miseria, la miseria corporal, anímica, intelectual, no tienen, por sí mismas, poder suficiente para producir el nihilismo (esto es, la impugnación de valores, sentimientos, deseos). Estas necesidades permiten siempre diferentes interpretaciones. Pero es en una interpretación concreta, en la interpretación cristiano-moral, en la que se aposenta el nihilismo.

Nihilismo como consecuencia de la interpretación histórica del valor de la existencia.

¿Qué significa el nihilismo? *Que los valores supremos han perdido su crédito.* Falta el fin; falta la contestación al *porqué*.

Los valores supremos, a cuyo servicio consagraba la vida el hombre, sobre todo cuando eran muy difíciles y

costosos, estos valores sociales se crearon para su fortalecimiento y fueron considerados como mandamientos de Dios, como «realidades», como «verdaderos» mundos, como esperanza y vida futuras. Hoy, que conocemos la mezquina procedencia de esos valores, el universo nos parece desvalorizado, *falto de sentido;* pero éste es un estado meramente de transición.

Los valores y sus relaciones están en relación con el desarrollo de fuerza del que pone el valor.

La medida de la no creencia, de la supuesta «libertad del espíritu» como expresión del aumento de fuerza.

Nihilismo como ideal de la suprema potencia del espíritu, de la vida más exuberante, en parte destructora, en parte irónica.

El nihilismo no es solamente una meditación sobre ese «en vano», no es solamente el hábito de creer que todo merece perecer; el nihilismo pone mano a la obra también, destruye... Esto es, si se quiere, ilógico; pero el nihilismo no se cree en la necesidad de ser lógico... Condición de espíritus vigorosos y de voluntades fuertes es ésta —y para ellos es imposible detenerse en la negación del *juicio*—; la negación que obra tiene su origen en su naturaleza. El aniquilamiento por el juicio secunda el aniquilamiento por la acción.

El pesimismo moderno es la expresión de la inutilidad del mundo moderno, no del mundo y de la existencia en general.

El filósofo nihilista está convencido de que todo lo que sucede carece de sentido y es vano, y de que no debería haber nada falto de sentido ni vano. Pero, ¿por qué éste no debería? ¿De dónde saca este *sentido*, esta *importancia?* El nihilista piensa, en suma, que si echamos una mirada sobre semejante *ser*, vacío e inútil, éste no satisface al filósofo, le causa una impresión de vacío y desolación. Tal afirmación está en contradicción con nuestra sutil sensibilidad de filósofo. Equivale a llegar a esta apreciación

absurda; es preciso que el carácter de la existencia *satisfaga al filósofo*, para que ésta pueda subsistir con pleno derecho...

Desde este momento se comprende fácilmente que el placer o displacer, en el terreno de los hechos, no pueden ser considerados sino como medios y hay que preguntarse todavía si, de una manera general, nos será posible ver el «sentido», el «fin», si la cuestión de la falta de sentido o de su contrario no será insoluble para nosotros.

(La voluntad de poder.)

Suponiendo que se haya comprendido lo que hay de sacrílego en semejante insurrección contra la vida, como es la que santifica la moral cristiana, se habrá comprendido también otra cosa; cuán inútil, aparente, absurda y mentirosa es tal insurrección. La condenación de la vida por parte del que vive es, por último, un síntoma de una determinada cualidad de vida; y con esto no tocamos la cuestión de si la condenación es justa o injusta. Deberíamos estar situados fuera de la vida y, por otra parte, conocerla tan bien como la conoce un hombre o muchos hombres, o todos aquellos que le han atravesado para poder tocar el problema del valor de la vida en general, motivo suficiente para comprender que éste es un problema inaccesible para nosotros. Cuando hablamos de valores, hablamos bajo la inspiración y bajo la óptica de la vida; la vida misma nos obliga a fijar valores; la vida misma es la que valora, a través de nosotros, cuando fijamos valores. De aquí se sigue que también aquella contranaturaleza de la moral que concibe a Dios como concepto opuesto a la vida y como condenación de la vida, es sólo un juicio de valor formulado por la vida. ¿Por qué vida? ¿Por qué género de vida?

Pero ya he dado la respuesta: por la vida que declina, por la vida debilitada, cansada, condenada. La moral, como hasta ahora ha sido entendida —como luego fue formulada por Schopenhauer, como «negación de la voluntad de vivir»—, es el mismo instinto de la decadencia que hace

de sí mismo un imperativo; dice «perisci». Es el juicio de los condenados...

(El crepúsculo de los ídolos.)

«Tú debes»; obediencia incondicionada de los estoicos, de las órdenes religiosas de los cristianos y de los árabes, en la filosofía de Kant (es indiferente que se obedezca a un superior o a una idea).

Por encima del «tú debes» está el «yo quiero» (los héroes); por encima del «yo quiero» está el «yo soy» (Los dioses de los griegos).

(La voluntad de poder.)

¿QUÉ DICE TU CONCIENCIA?—«Debes llegar a ser lo que eres.»

(La gaya ciencia.)

6

RELIGION

DIOS Y SU MUERTE; ATEISMO; CRISTIANISMO...

El insensato.—¿No habéis oído hablar de ese hombre loco, que, en pleno día, encendía una linterna y echaba a correr por la plaza pública, gritando sin cesar: «Busco a Dios, busco a Dios»? Como allí había muchos que no creían en Dios, su grito provocó la hilaridad. «Qué, ¿se ha perdido Dios?», decía uno. «¿Se ha perdido, como un niño pequeño?», preguntaba otro. «¿O es que está escondido? ¿Tiene miedo de nosotros? ¿Se ha embarcado? ¿Ha emigrado?» Así gritaban y reían en confusión. El loco se precipitó en medio de ellos y los traspasó con su mirada. «¿Dónde se ha ido Dios? Yo os lo voy a decir», les gritó. «¡Nosotros le hemos matado, vosotros y yo! ¡Todos nosotros somos sus asesinos! Pero ¿cómo hemos podido obrar así? ¿Cómo hemos podido variar el mar? ¿Quién nos ha dado la esponja para borrar el horizonte? ¿Qué hemos hecho cuando hemos separado esta tierra de la cadena de su sol? ¿A dónde le conducen ahora sus movimientos? ¿Lejos de todos los soles? ¿No caemos sin cesar? ¿Hacia adelante, hacia atrás, de lado, de todos los lados? ¿Todavía hay un arriba y un abajo? ¿No erramos como a través de una nada infinita? El vacío, ¿no nos persigue con su hálito? ¿No hace más frío? ¿No veis oscurecer cada vez más, cada vez más? ¿No es necesario encender linternas en pleno mediodía? ¿No oímos todavía el ruido de los sepultureros, que entierran a Dios? ¿Nada olfateamos aún de la descomposición divina? ¡También los dioses se descomponen! ¡Dios ha muerto! ¡Y somos nosotros quienes le hemos dado muerte! ¿Cómo nos consolaremos, nosotros, asesinos entre los asesinos? Lo que el mundo po-

sería de más sagrado y más poderoso ha perdido su sangre bajo nuestro cuchillo. ¿Quién borrará de nosotros esa sangre? ¿Con qué agua podremos purificarnos? ¿Qué expiaciones, qué juegos nos veremos forzados a inventar? ¿La grandeza de este acto no es demasiado grande para nosotros? ¿No estamos forzados a convertirnos en dioses, al menos para parecer dignos de los dioses? No hubo en el mundo acto más grandioso, y las generaciones futuras pertenecerán, por virtud de esta acción, a una historia más elevada de lo que fue hasta el presente toda la historia». Aquí calló el loco y miró de nuevo a sus oyentes; ellos también se callaron y le contemplaron con extrañeza. Por último, arrojó al suelo la linterna, que se apagó y rompió en mil pedazos. «He llegado demasiado pronto», dijo: «no es mi tiempo aún. Este acontecimiento enorme está en camino, marcha, todavía no ha llegado hasta los oídos de los hombres. Es necesario dar tiempo al relámpago y al trueno, es necesario dar tiempo a la luz de los astros, tiempo a las acciones, cuando ya se han realizado, para ser vistas y oídas. Este acto está más lejos de los hombres que el acto más distante; y, sin embargo, *ellos lo han realizado*». Se cuenta, además, de este loco que penetró un día en diversas iglesias y entonó un «requiem eternam Deo». Expulsado e interrogado, no cesó de responder siempre lo mismo: «¿De qué sirven estas iglesias, si no son las tumbas y los monumentos funerarios de Dios?»

(La gaya ciencia.)

¡Ante Dios! ¡Mas ahora ese Dios ha muerto! Vosotros hombres superiores, ese Dios era vuestro máximo peligro.

Sólo desde que él yace en la tumba habéis vuelto vosotros a resucitar. Sólo ahora llega el gran mediodía, sólo ahora se convierte el hombre superior ¡en señor!

¿Habéis entendido esta palabra, oh hermanos míos? Estáis asustados; ¿sienten vértigo vuestros corazones? ¿Veis abrirse aquí para vosotros el abismo? ¿Os ladra aquí el perro infernal?

¡Bien! ¡Adelante! ¡Vosotros hombres superiores! Aho-

ra es cuando la montaña del futuro humano está de parto. Dios ha muerto: ahora *nosotros* queremos que viva el superhombre.

(Así habló Zaratustra.)

El origen de la religión se encuentra, por consiguiente, en los extremos sentimientos de poderío que sorprenden al hombre por su carácter extraño; y semejante al enfermo que siente extrañas pesadeces en uno de sus miembros y concluye de esto que hay otro hombre acostado sobre él, el ingenuo «homo religiosus» se disocia en varias personas. La religión es un caso de *alteración de la personalidad*, una especie de sentimiento de temor y de terror ante sí mismo... Pero al mismo tiempo una extraordinaria sensación de felicidad y de *superioridad*... En los enfermos, la impresión de salud basta para hacerles creer en Dios, en una influencia de Dios.

(La voluntad de poder.)

El cristianismo, como realidad histórica, no debe ser confundido con aquella raíz que su nombre recuerda: las demás raíces de que ha crecido han sido mucho más poderosas. Es un incomparable abuso amparar con aquel santo nombre instituciones de decadencia como las que se designan con las expresiones de «Iglesia cristiana», «fe cristiana» y «vida cristiana». ¿Qué es lo que negó Cristo? Todo lo que hoy se llama cristiano.

Toda la doctrina cristiana de aquello que debe ser creído, toda la «verdad» cristiana es pura mentira y engaño e ilusión, y justamente lo contrario de aquello que constituyó al principio todo el movimiento cristiano.

Precisamente lo que en el sentido de la Iglesia es el cristianismo será, de ahora en adelante, lo anticristiano: personas y cosas en lugar de símbolos, historia en lugar de hechos eternos, puras fórmulas, ritos, dogmas en vez de una práctica de vida. Cristiana es la perfecta indife-

rencia hacia el dogma, culto, sacerdotes, Iglesia, teología.

La práctica del cristianismo no es mera fantasía, como tampoco lo es la práctica del budismo: es un medio para ser feliz.

La profunda indignidad con que es juzgada toda vida fuera del cristianismo; no les basta con infamar al enemigo, necesitan nada menos que una calumnia universal contra lo que no son ellos... Con la alianza de la santidad se alía admirablemente un alma baja e impura; prueba de ello: los primeros cristianos.

El porvenir: se dejan pagar hábilmente... son la especie de almas más indecente que existe. Toda la vida de Cristo es aderezada o representada de modo que confirme las profecías; se trata por este medio de justificarla...

El cristianismo reanuda la lucha que ya existía contra el ideal clásico, contra la religión de los nobles.

De hecho, toda esta transformación no es más que una adaptación a las necesidades y al nivel de la inteligencia de la masa religiosa de entonces; esta masa que creía en Isis, en Mitra, en Dionisios, en la «gran madre», y que exigía de una religión que fuese: 1) la esperanza del más allá; 2) la sangrienta fantasmagoría de la víctima (el misterio); 3) la acción redentora, la santa leyenda; 4) el ascetismo, la negación del mundo, la «purificación» supersticiosa; 5) la jerarquía como forma de comunidad. En suma, el cristianismo se adaptó al antipaganismo que existía ya y que comenzaba a introducirse por todas partes, a aquellos cultos que fueron combatidos por Epicuro...; más exactamente, a la religión de las clases bajas, de las mujeres, de los esclavos, de las masas sin nobleza.

Los errores son los siguientes:

1) La inmortalidad personal.
2) La idea de otro mundo.
3) El absurdo de la noción de castigo y de expiación en el centro de la noción del mundo.
4) En lugar de divinizar al hombre, se le quita su carácter divino, se abre un abismo profundo que únicamen-

te el milagro, la postración del más profundo menosprecio puede salvar.

5) El mundo de la imaginación corrompida y de las pasiones enfermizas, en lugar de las prácticas sencillas y llenas de amor, en lugar de una felicidad budista realizable sobre la tierra.

6) Un orden religioso, con un sacerdocio, una teología, cultos, sacramentos, en una palabra, todo lo que fue combatido por Jesús de Nazaret.

7) El milagro siempre y en todas las cosas; la superstición; mientras que lo que distingue precisamente al judaísmo del cristianismo primitivo es la repulsión contra el milagro, un racionalismo relativo.

El cristianismo es aún posible en todo momento... No está ligado a ninguno de los dogmas impúdicos que se han engalanado con su nombre; no tiene necesidad ni de la doctrina de un Dios personal, ni de la del pecado, ni de la de la inmortalidad, ni de la redención, ni de la fe; puede prescindir en absoluto de la metafísica, y todavía más del ascetismo y de una *ciencia natural* cristiana...

El que hoy dijera: «Yo no quiero ser soldado», «yo no me ocupo de los tribunales», «yo no reclamo el auxilio de la policía», «yo no quiero hacer nada que turbe mi paz interior; y, si debo sufrir por esto, nada conservará mi paz mejor que el sufrimiento»..., ése sería cristiano.

(La voluntad de poder.)

Los intérpretes cristianos del cuerpo.—Todo lo que puede provenir del estómago, de los intestinos, de los latidos del corazón, de los nervios, de la bilis, del semen —en todas las indisposiciones, todos los debilitamientos, todas las irritaciones, todos los azares de la máquina, que nos es tan poco conocida—, todo esto lo considera un cristiano como Pascal un fenómeno moral y religioso, y se pregunta si es Dios o el diablo, el bien o el mal, la salvación o la condenación, lo que constituye su causa. ¡Ay, qué intérprete tan desgraciado! ¡Cómo tiene que torcer

y torturar su sistema, cómo tiene que retorcerse y atormentarse a sí mismo para conservar la razón!

(Aurora.)

PENSAR MAL ES HACER MAL.—Las pasiones se hacen malas y pérfidas cuando se las considera de una manera mala y pérfida. Así es como el cristianismo consiguió hacer de Eros y Afrodita —sublimes potencias capaces de idealización— genios infernales y espíritus engañadores, creando en la conciencia de los creyentes, a cada excitación sexual, remordimientos que se convertían en torturas. ¿No es espantoso transformar sensaciones necesarias y regulares en una fuente interior de tortura, haciendo así, voluntariamente, la miseria interior necesaria y natural en todos los hombres? Además, esa miseria permanece secreta, pero no por eso tiene raíces menos profundas, pues todos no tienen, como Shakespeare en sus sonetos, el valor de confesar en ese punto su melancolía cristiana. Una cosa contra la cual hay que luchar, que se debe mantener en sus límites y, en ciertos casos, desterrarla completamente del cerebro, ¿debería ser siempre llamada «mala»? ¿No es la costumbre de las almas «vulgares» considerar siempre un enemigo como malvado? ¿Hay derecho a llamar enemigo a Eros? Las sensaciones sexuales, tanto como las de piedad y adoración, tienen de especial que al experimentarlas el hombre hace bien a otro hombre por placer; no se encuentran ya tantas de estas disposiciones en la naturaleza. ¡Y precisamente una de ellas es calumniada y corrompida por la mala conciencia! Pero esta diabolización de Eros terminó por tener un desenlace de comedia: el «demonio» Eros se ha hecho poco a poco más interesante para los hombres que los ángeles y los santos, gracias a los discreteos y actitudes misteriosas de la Iglesia en todas las cosas eróticas: gracias a la Iglesia, los «asuntos de amor» constituyen el único interés verdaderamente común a todos los medios —con una exageración que parecería incomprensible a la antigüedad— y que en lo futuro hará que se rían de nosotros. Toda nuestra

poesía, todo nuestro pensamiento está marcado, y más que marcado, por la importancia difusa que se da al amor, presentado siempre como acontecimiento principal. Quizá a causa de este juicio la posterioridad encontrará a toda la herencia de la civilización cristiana algo de mezquino y de loco.

(*Aurora.*)

Ironía contra aquellos que creen hoy superado el cristianismo por las modernas ciencias naturales. Los valores cristianos no han sido superados nunca por dichas ciencias. *Cristo Crucificado* es el símbolo más sublime, aún hoy.

(*La voluntad de poder.*)

7

EL DOMINIO DE LA TIERRA

FUTURO DEL MUNDO; SUPERHOMBRE; SEÑORES DE LA TIERRA; ESTADO Y ULTIMO HOMBRE; LIBERTAD; GUERRA...

Pues el hombre está más enfermo, es más inseguro, más alterable, más indeterminado que ningún otro animal, no hay duda de ello; él es *el* animal enfermo; ¿de dónde procede esto? Es verdad que también él ha osado, innovado, desafiado, afrontado el destino más que todos los otros animales juntos; él, el gran experimentador consigo mismo, el insatisfecho, insaciado, el que disputa el dominio último a animales, naturaleza y dioses; él, el siempre invicto todavía, el eternamente futuro, el que no encuentra ya reposo alguno ante su propia fuerza acosante, de modo que su futuro le roe implacablemente, como un aguijón en la carne de todo presente; ¿cómo este valiente y rico animal no iba a ser también el más expuesto al peligro, el más duradero y hondamente enfermo entre todos los animales enfermos?...

(La genealogía de la moral.)

Hay en el ser humano, como en toda otra especie animal, un excedente de degenerados, tarados, enfermos, decrépitos, dolientes por necesidad; los casos logrados son siempre, también en el ser humano, la excepción, y dado que el hombre es *el animal aún no fijado*, son incluso una excepción escasa. Pero hay algo peor todavía; cuanto más elevado es el tipo de hombre que representa a aquél, tanto más aumenta la improbabilidad de que se *logre;* lo azaroso, la ley del absurdo en la economía global de la

humanidad muéstrase de la manera más terrible en el efecto destructor que causa sobre los hombres superiores, cuyas condiciones de vida son delicadas, complejas y difícilmente calculables. Ahora bien, ¿cómo se comportan estas dos religiones mencionadas (budismo y cristianismo. N. de F. S.), las más grandes de todas, frente a ese *excedente* de los casos malogrados? Intentan conservar, mantener con vida cualquier cosa que se pueda mantener, más aún, por principio toman partido a favor de los malogrados, como religiones *para dolientes* que son, ellas otorgan la razón a todos aquellos que sufren de la vida como de una enfermedad y quisieran lograr que todo otro modo de sentir la vida fuera considerado falso y se volviera imposible. Aunque se tenga una alta estima de esa indulgente y sustentadora solicitud, en la medida en que se aplica y se ha aplicado, junto a todos los demás, también al tipo más elevado de hombre, el cual hasta ahora ha sido casi siempre también el más doliente; en el balance total, sin embargo, las religiones habidas hasta ahora, es decir, las religiones *soberanas*, cuéntanse entre las causas principales que han mantenido al tipo «hombre» en un nivel bastante bajo, han conservado demasiado tiempo *aquello que debía perecer*. Hay que agradecerles algo inestimable: ¡y quién será tan rico de gratitud que no se vuelva pobre frente a todo lo que los «hombres de Iglesia» del cristianismo, por ejemplo, han hecho hasta ahora por Europa! Sin embargo, cuando proporcionaban consuelo a los dolientes, ánimo a los oprimidos y desesperados, sostén y apoyo a los faltos de independencia, y cuando atraían hacia los monasterios y penitenciarías anímicas, alejándolos así de la sociedad, a los interiormente destruidos y a los que se volvían salvajes: ¿qué tenían que hacer, además, para trabajar con una conciencia tan radicalmente tranquila en la conservación de todo lo enfermo y doliente, es decir, trabajar real y verdaderamente en el *empeoramiento de la raza europea*? Poner *cabeza abajo* todas las valoraciones, ¡eso es lo que tenían que hacer! Y quebrantar a los fuertes, debilitar las grandes esperanzas, hacer sospechosa la felicidad inherente a la belleza, pervertir todo lo soberano, varonil, conquistador, ávido de poder,

todos los instintos que son propios del tipo supremo y mejor logrado de «hombre», transformando esas cosas en inseguridad, tormento de conciencia, autodestrucción, más aún, dar la vuelta a todo el amor a lo terreno y al dominio de la tierra, convirtiéndolo en odio contra la tierra y lo terreno *tal* fue la tarea que la tierra se impuso, y que tuvo que imponerse, hasta que, a su parecer, «desmundanización», «desensualización» y hombre superior acabaron fundiéndose en un *único* sentimiento. Suponiendo que alguien pudiera abarcar con el ojo irónico e independiente de un dios epicúreo la comedia prodigiosamente dolorosa y tan grosera como sutil del cristianismo europeo, yo creo que no acabaría nunca de asombrarse y de reírse: ¿no parece, en efecto, que durante dieciocho siglos ha dominado sobre Europa *una sola* voluntad, la de convertir al hombre en un *aborto sublime?* Mas quien a esa degeneración y a esa atrofia casi voluntarias del hombre que es el europeo cristiano (Pascal, por ejemplo) se acercase con necesidades opuestas, es decir, no ya de manera epicúrea, sino con un martillo divino en la mano, ése tendría ciertamente que gritar con rabia, con compasión: ¿qué habéis hecho? ¡No era ése un trabajo para vuestras manos! ¡Cómo me habéis deteriorado y mancillado mi piedra más hermosa! ¡Qué cosas os habéis permitido *vosotros!*» Yo he querido decir: el cristianismo ha sido hasta ahora la especie más funesta de autopresunción. Hombres no lo bastante elevados ni duros como para que les fuera lícito dar, en su calidad de artistas una forma al *hombre;* hombres no lo bastante elevados ni duros como para que les fuera lícito dar, en su calidad de artistas, una forma al *hombre;* hombres no lo bastante fuertes ni dotados de mirada lo bastante larga como para *dejar* dominar, con un sublime sojuzgamiento de sí, esa ley previa de los miles de fracasos y ruinas; hombres no lo bastante aristocráticos como para ver la jerarquía abismalmente distinta y la diferencia de rango existente entre hombre y hombre: *tales* son los hombres que han dominado hasta ahora, con su «igualdad ante Dios», el destino de Europa, hasta que acabó formándose una especie empequeñecida,

casi ridícula, un animal de rebaño, un ser dócil, enfermizo y mediocre, el europeo de hoy...

(Más allá del bien y del mal.)

PARA LA JERARQUÍA.—¿Qué es lo mediocre en el hombre típico? Que no considera como necesario el reverso de las cosas, que combate las calamidades como si se pudieran evitar, que no quiere tomar una cosa juntamente con la otra, que querría borrar y extinguir el típico carácter de una cosa, de un estado de ánimo, de una época, de una persona, aprobando sólo una parte de sus cualidades propias y tratando de abolir las demás. Las cosas que para los mediocres son deseables son las que son combatidas por nosotros, que somos de otra naturaleza: el ideal comprendido como cosa a la que no debe quedar adherido nada de dañoso, de malo, de peligroso, de enigmático, de destructor. Nuestro modo de ver es el opuesto; nosotros creemos que con todo acrecentamiento del hombre debe crecer también su reverso, que el hombre más alto, si tal concepto es lícito, sería el que representase con mayor fuerza el carácter contradictorio de la existencia, como gloria y única justificación de la existencia misma... Los hombres comunes pueden representar solamente una pequeñísima parte y un escaso ángulo de este carácter de la Naturaleza; perecen pronto cuando crece la multiplicidad de los elementos y la tensión de los contrastres, o sea la condición preliminar de la grandeza del hombre. Que el hombre deba llegar a ser mejor y peor es mi fórmula para enunciar esta inexcusabilidad.

La mayor parte representan al hombre en calidad de fragmentos o de detalles; sólo sumándolos juntos sale un hombre. Epocas enteras, pueblos enteros tienen en este sentido algo de fragmentario; quizá forma parte de la economía de la evolución humana que el hombre se desarrolle por fragmentos. Por esto no se debe desconocer absolutamente que, a pesar de ello, se trata únicamente de la producción del hombre sintético: que los hombres viles, mucho más numerosos, son simplemente preludios

y ensayos, de cuyo juego de conjunto nace a veces el hombre completo, el hombre piedra miliar, el cual muestra hasta qué punto ha llegado entonces la humanidad. Esta no avanza de un solo golpe: con frecuencia, el tipo ya realizado se pierde de nuevo (nosotros, por ejemplo, con toda la tensión de tres siglos, no hemos llegado todavía al hombre del Renacimiento y, a su vez, el hombre del Renacimiento se queda detrás del hombre de la antigüedad).

(La voluntad de poder.)

Así os hablo en parábola a vosotros los que causáis vértigos a las almas, ¡vosotros, los predicadores de la *igualdad!* ¡Tarántulas sois vosotros para mí, y vengativos escondidos!

Pero yo voy a sacar a luz vuestros escondrijos: por eso me río en vuestra cara con mi carcajada de la altura.

Por eso desgarro vuestra tela, para que vuestra rabia os induzca a salir de vuestras cavernas de mentiras, y vuestra venganza destaque detrás de vuestra palabra «justicia».

Pues *que el hombre sea redimido de la venganza;* ése es para mí el puente hacia la suprema esperanza y un arco iris después de prolongadas tempestades.

Mas cosa distinta es sin duda lo que las tarántulas quieren. «Llámese para nosotras justicia precisamente esto, que el mundo se llene de las tempestades de nuestra venganza» —así hablan ellas entre sí.

«Venganza queremos ejercer y burla de todos los que no son como nosotros», esto se juran a sí mismos los corazones de las tarántulas. «Y "voluntad de igualdad", éste debe llegar a ser en adelante el nombre de la virtud; ¡y contra todo lo que tiene poder queremos nosotros elevar nuestros gritos! »

Vosotros predicadores de la igualdad, la demencia tiránica de la impotencia es lo que en vosotros reclama a gritos la «igualdad»: ¡vuestras más secretas ansias tiránicas se disfrazan, pues, con palabras de virtud!

(Así habló Zaratustra.)

«Nuestras intelecciones supremas parecen necesariamente —¡y deben parecer!— tonterías y, en determinadas circunstancias, crímenes, cuando llegan indebidamente a oídos de quienes no están hechos ni predestinados para ellas. Lo exotérico y lo esotérico, distinción ésta que se hacía antiguamente entre los filósofos, tanto entre los indios como entre los griegos, persas y musulmanes, en suma, en todos los sitios donde se creía en un orden jerárquico y *no* en la igualdad y en los derechos iguales —no se diferencian entre sí tanto porque el exotérico se encuentre fuera y sea desde fuera, no desde dentro, desde donde él ve, aprecia, mide y juzga las cosas; lo más esencial es que él ve las cosas de abajo arriba —¡el esotérico, en cambio, *de arriba abajo!* Hay alturas del alma que hacen que, vista desde ellas, hasta la tragedia deje de producir un efecto trágico; y si se concentrase en unidad todo el dolor del mundo, ¿a quién le sería lícito atreverse a decidir si su aspecto induciría y forzaría *necesariamente* a la compasión y, de este modo, a una duplicación del dolor?... Lo que sirve de alimento o de tónico a una especie superior de hombres tiene que ser casi un veneno para una especie muy diferente a aquella e inferior. Las virtudes del hombre vulgar significarían tal vez vicios y debilidades en un filósofo; sería posible que un hombre de alto linaje, sólo en el supuesto de que llegase a degenerar y sucumbir, adquiriese propiedades por razón de las cuales fuese necesario venerarle como santo desde ese momento en el mundo inferior a que había descendido. Hay libros que tienen un valor inverso para el alma y para la salud, según que se sirvan de ellos el alma inferior, la fuerza vital inferior o el alma superior y más poderosa; en el primer caso son libros peligrosos, corrosivos, disolventes, en el segundo, llamadas de heraldo que invitan a los más valientes a mostrar *su* valentía. Los libros para todos son siempre libros que huelen mal; el olor de las gentes pequeñas se adhiere a ellos. En los lugares donde el pueblo come y bebe, e incluso donde rinde veneración, suele heder. No debemos entrar en iglesias si queremos respirar *aire puro.*

(Más allá del bien y del mal.)

«Es cosa de muy pocos ser independiente; éste es un privilegio de los fuertes. Y quien intenta serlo sin tener *necesidad*, aunque tenga todo el derecho a ello, demuestra que, probablemente, no es sólo fuerte, sino temerario hasta el exceso. Se introduce en un laberinto, multiplica por mil los peligros que ya la vida trae consigo de por sí; de éstos no es el menor el que nadie vea con sus ojos cómo y en dónde él mismo se extravía, se aísla y es despedazado trozo a trozo por un Minotauro cualquiera de las cavernas de la conciencia. Suponiendo que ese hombre perezca, esto ocurre tan lejos de la comprensión de los hombres que éstos no lo sienten ni compadecen: ¡y él no puede ya volver atrás!, ¡no puede retornar ya tampoco a la compasión de los hombres!»

(Más allá del bien y del mal.)

Nosotros, los que somos de otra creencia; nosotros, los que consideramos el movimiento democrático no meramente como una forma de decadencia de la organización política, sino como forma de decadencia, esto es, de empequeñecimiento, del hombre, como su mediocrización y como su rebajamiento de valor, ¿a dónde tendremos que acudir *nosotros* con nuestras esperanzas? *A nuevos filósofos*, no queda otra elección; a espíritus suficientemente fuertes y originarios como para empujar hacia valoraciones contrapuestas y para transvalorar, para invertir «valores eternos»; a precursores, a hombres del futuro, que aten en el presente la coacción y el nudo, que coaccionen a la voluntad de milenios a seguir *nuevas* vías. Para enseñar al hombre que el futuro del hombre es *voluntad* suya, que depende de una voluntad humana, y para preparar grandes riesgos y ensayos globales de disciplina y selección destinados a acabar con aquel horrible dominio del absurdo y del azar que hasta ahora se ha llamado «historia» —el absurdo del «número máximo» es tan sólo su última forma—: para esto será necesaria en cierto momento una nueva especie de filósofos y de hombres de mando, cuya imagen hará que todos los espíritus ocultos,

terribles y benévolos que en la tierra han existido aparezcan pálidos y enanos. La imagen de tales jefes es la que se cierne ante *nuestros* ojos: ¿me es lícito decirlo en voz alta, espíritus libres?

(Más allá del bien y del mal.)

Los enfermos y los débiles tuvieron en su favor la fascinación: son más interesantes que los sanos: el loco y el santo son las dos especies humanas más interesantes... tienen estrecho parentesco con el «genio». Los grandes *aventureros* y *delincuentes* y todos los hombres, sobre todo los más sanos, están enfermos en ciertas épocas de su vida; los grandes movimientos del sentimiento, la pasión del poder, el amor, la venganza, van acompañados de profundas perturbaciones. En cuanto a la decadencia, todo hombre que no muere demasiado joven la representa casi en todos los sentidos: conoce, pues, por experiencia los instintos que son propios de la decadencia; casi la mitad de toda vida humana es decadencia.

(La voluntad de poder.)

Una raza de tales hombres del resentimiento acabará necesariamente por ser *más inteligente* que cualquier raza noble, venerará también la inteligencia en una medida del todo distinta; a saber, como la más importante condición de existencia, mientras que, entre hombres nobles, la inteligencia fácilmente tiene un delicado dejo de lujo y refinamiento; en éstos precisamente no es la inteligencia ni mucho menos tan esencial como lo son la perfecta seguridad funcional de los instintos *incoscientes* reguladores o incluso una cierta falta de inteligencia, así por ejemplo, el valeroso lanzarse a ciegas, bien sea al peligro, bien sea al enemigo, o aquella entusiasta subitaneidad de la cólera, el amor, el respeto, el agradecimiento y la venganza, en la cual se han reconocido en todos los tiempos las almas nobles.

(La genealogía de la moral.)

El lamentarse no sirve para nada; es un signo de debilidad. No hay diferencia esencial entre atribuir el propio malestar a otro y atribuírselo a sí mismo; el socialista lo atribuye a otros, el cristiano, por ejemplo, a sí mismo. Lo que es aquí común, y diremos también que indigno, es que alguien tenga que tener la culpa de que el hombre sufra; en resumen: que el que sufre se proporciona la miel de la venganza contra su sufrimiento. Los objetos de esta necesidad de venganza, que es una necesidad de gozar, son causas ocasionales; el que sufre encuentra por doquiera causas para refrescar su pequeña venganza...; si es cristiano, repitámoslo, la encuentra en sí... El cristiano y el anarquista son ambos decadentes.

(El ocaso de los ídolos.)

LOS DESTRUCTORES DEL MUNDO.—Hay algunos que son incapaces de realizar una cosa y terminan por exclamar indignados: «Perezca el mundo entero en sus cimientos.» Este odioso sentimiento es el colmo de la envidia, que querría hacer este razonamiento: «Como yo no puedo obtener *una cosa,* el mundo entero no debe tener *nada,* ¡el mundo entero debe *perecer!*»

(Aurora.)

Toda elevación del tipo «hombre» ha sido hasta ahora obra de una sociedad aristocrática, y así lo seguirá siendo siempre; la cual es una sociedad que cree en una larga escala de jerarquía y de diferencia de valor entre un hombre y otro hombre y que, en cierto sentido, necesita de la esclavitud. Sin el *pathos de la distancia,* tal como éste surge de la inveterada diferencia entre los estamentos, de la permanente mirada a lo lejos y hacia abajo dirigida por la clase dominante sobre los súbditos e instrumentos y de su ejercitación, asimismo permanente, en el obedecer y el mandar, en el mantener a los otros subyugados y distanciados, no podría surgir tampoco en modo alguno aquel otro *pathos* misterioso, aquel deseo de ampliar constan-

temente la distancia dentro del alma misma, la elaboración de estados siempre más elevados, más raros, más lejanos, más amplios, más abarcadores, en una palabra, justamente la elevación del tipo «hombre», la continua «auto-superación del hombre», para emplear en sentido sobre moral una fórmula moral. Ciertamente, no es lícito entregarse a embustes humanitarios en lo referente a la historia de la génesis de una sociedad aristocrática (es decir, del presupuesto de aquella elevación del tipo «hombre»); la verdad es dura. ¡Digámosnos sin miramientos de qué modo *ha comenzado* en la tierra hasta ahora toda cultura superior! Hombres dotados de una naturaleza todavía natural, bárbaros en todos los sentidos terribles de esta palabra, hombres de presa, poseedores todavía de fuerzas de voluntad y de apetitos de poder intactos, lanzáronse sobre razas más débiles, más civilizadas, más pacíficas, tal vez dedicadas al comercio y al pastoreo, o sobre viejas culturas marchitas, en las cuales justamente la última fuerza vital se extinguía en brillantes fuegos artificiales de espíritu y corrupción. La casta aristocrática ha sido siempre al comienzo la casta de los bárbaros; su preponderancia no residía ante todo en la fuerza física, sino en la psíquica —eran hombres *más enteros* (lo cual significa también, en todos los niveles, «bestias más enteras»).

(Más allá del bien y del mal.)

Los que conservan la especie.—Los espíritus más fuertes y los más malos son los que han hecho que la humanidad diese los más grandes pasos en el progreso; siempre encendieron las pasiones que se adormecían —toda sociedad organizada adormece las pasiones—, despertaron siempre de nuevo el sentido de la comparación, de la contradicción, del placer por lo nuevo y atrevido, por lo no experimentado; obligaron al hombre a oponer opiniones a las opiniones, un tipo ideal a otro tipo ideal. Por las armas, por la destrucción de los límites fronterizos, por la violación de la fe, las más veces, pero también por nuevas religiones y nuevas morales. La misma «malignidad» hay

en el alma de todos los maestros y predicadores de lo *nuevo;* esa malignidad que desacredita a un conquistador, aun cuando se expresa de manera más sutil y no pone los músculos en movimiento, lo que, por otra parte, hace disminuir el descrédito. Lo que es nuevo, sin embargo, es siempre el *mal,* porque es lo que conquista y quiere derribar los antiguos muros y las piedras antiguas; y sólo lo antiguo puede ser el bien. Los hombres de bien de todas las épocas fueron los que profundizaron las viejas ideas para hacerlas fructíferas, los cultivadores del espíritu. Pero toda tierra acaba por agotarse y es preciso que vuelva la reja del arado del mal.

(La gaya ciencia.)

Los hombres que se preparan.—Saludo a todos los nuncios de una época más viril y más guerrera, que pondrá de nuevo en honor la bravura. Pues esta época debe trazar el camino a una época más alta todavía y reunir la fuerza de que ésta tendrá necesidad algún día, para introducir el heroísmo en el conocimiento y *hacer la guerra* a causa de las ideas y de sus consecuencias. Para esto son precisos hoy hombres valientes que preparen el terreno, hombres que no podrán ciertamente salir de la nada; hombres silenciosos, solitarios y decididos, que sepan contentarse con la actividad imposible que persigue; hombres que, con una propensión a la vida interior, traten de encontrar en todas las cosas lo que hay que superar en ellas; hombres que posean serenidad, paciencia, simplicidad y menosprecio de las grandes vanidades, así como la generosidad en la victoria y la indulgencia respecto de las pequeñas vanidades de todos los vencidos; hombres que tengan un juicio preciso y libre sobre todas las victorias y sobre la parte de azar que hay en toda victoria y en toda gloria; hombres que tengan sus propias fiestas, sus días de trabajo y de luto propios; hombres habituados a mandar con la seguridad de ser obedecidos, igualmente dispuestos a obedecer cuando es necesario, igualmente orgullosos en uno y otro caso, como si siguieran su propia causa; hombres más expuestos, nada terribles, más feli-

ces. Pues creedme, el secreto para cosechar la existencia más fecunda y el más grande placer de la vida es *vivir peligrosamente.* ¡Construid vuestras ciudades cerca del Vesubio! ¡Enviad embarcaciones a los mares inexplorados! ¡Vivid en guerra con vuestros semejantes y con vosotros mismos! ¡Sed bandidos y conquistadores, mientras no podáis ser dominadores y poseedores, vosotros los que buscáis el conocimiento! ¡Pronto pasará el tiempo en que os contentéis con vivir ocultos en los bosques como ciervos espantados! ¡Por fin el conocimiento terminará por extender la mano hacia lo que le pertenece de derecho; querrá *dominar* y *poseer,* y vosotros también lo querréis!

(La gaya ciencia.)

LA «HUMANIDAD» DEL PORVENIR.—Cuando miro, con los ojos de una época lejana, hacia ésta, no encuentro nada más singular en el hombre actual que su virtud y su enfermedad particular que se llama «sentido histórico». Hay en la historia el cebo de todo lo nuevo y extraño; dése a este germen algunos siglos más y terminará quizá por salir de él una planta maravillosa, con un olor también maravilloso, a causa del cual nuestra vieja tierra sería más agradable de habitar de lo que lo ha sido hasta el presente. Es que nosotros, hombres modernos, comenzamos a formar la cadena de un sentimiento nuevo que el porvenir mostrará muy poderoso, eslabón por eslabón; apenas sabemos lo que hacemos. Nos parece como si no se tratase de un sentimiento nuevo, sino solamente de la aminoración de todos los sentimientos antiguos; el sentido histórico es aún una cosa tan pobre y tan fría, que hay hombres que se sienten helados por él y más pobres y más fríos aún. Para otros es el índice de la vejez que viene, y nuestro planeta les aparecerá como un enfermo melancólico que, para olvidar el presente, se pone a escribir la historia de su juventud. En efecto, ésta es una de las fases de ese nuevo sentimiento; el que sabe considerar la historia del hombre en su conjunto como *su historia,* siente, en una enorme generalización, toda la aflicción del en-

fermo que sueña con la salud, del viejo que sueña con su juventud, del enamorado privado de su bien amada, del mártir cuyo ideal está destruido, del héroe la noche de una batalla cuya suerte ha estado indecisa y de la cual conserva las heridas y el pesar de la muerte de un amigo. Pero llevar esta suma enorme de miserias de toda especie, poder llevarla y ser, al mismo tiempo, el héroe que saluda, en el segundo día de la batalla, la venida de la aurora, la llegada de la felicidad, puesto que se es el hombre que tiene delante y detrás de él un horizonte de mil años, siendo el heredero de toda nobleza, de todo espíritu del pasado, heredero obligado, el más noble entre todas las antiguas noblezas y, al mismo tiempo, el primero de una nobleza nueva, de la cual no ha visto cosa semejante en ningún tiempo; tomar todo esto sobre su alma, lo más antiguo y lo más nuevo, las pérdidas, las esperanzas, las conquistas, las victorias de la humanidad y reunir, por fin, todo esto en una sola alma, resumirlo en un solo sentimiento, esto, ciertamente, debería tener por resultado una dicha que el hombre no ha gozado nunca hasta hoy; la dicha de un dios, pleno de poderío y de amor, de lágrimas y de risas; una dicha que semejante al sol de la tarde, hará don incesante de su riqueza inagotable para verterla en el mar, y que, como el sol, no se sentirá plenamente rico sino cuando el más pobre pescador reme con remos de oro. Esa dicha divina se llamaría entonces humanidad.

(La gaya ciencia.)

¿QUÉ ES LO QUE NOS DISTINGUE A NOSOTROS, BUENOS EUROPEOS, DE LOS HOMBRES DE LA PATRIA?—En primer lugar, somos ateos e inmoralistas, pero apoyamos la religión y la moral del instinto gregario; con ellas, en efecto, preparamos una casta de hombres que al fin caerán en nuestras manos, que suspiran por caer en nuestras manos.

Más allá del bien y del mal; pero pedimos la absoluta consagración de la moral del rebaño.

Nos reservamos muchas clases de filosofía que hacen falta para la enseñanza; a veces, la filosofía pesimista co-

mo martillo; un budismo europeo quizá no sería inoportuno.

Favorecemos probablemente el desarrollo y la maduración de la esencia democrática; ésta contribuye a la debilitación de la voluntad; vemos en el *socialismo* un aguijón que nos defienda contra la poltronería.

Posición ante los pueblos. Nuestras preferencias; ponemos interés en los resultados del cruzamiento.

Apartado, bien acomodado, fuerte: ironía contra la *prensa* y su ilustración. Hay que tener cuidado de que los hombres no se hagan literatos. Miramos con recelo toda cultura que se alía con la lectura o redacción de la prensa.

Adoptamos nuestra posición fortuita (como Goethe, Stendhal), nuestras experiencias como primer término y las subrayamos para engañar sobre nuestro fondo. Nosotros mismos nos guardamos de comprometer en esta empresa nuestro corazón. Nos sirven de protección, cual la necesitaría un viajero; nos guardamos de ser indígenas.

Tenemos una disciplina «voluntatis» frente a nuestros prójimos. Todas las fuerzas las empleamos en el desarrollo de la fuerza de voluntad, arte que nos permite enmascararnos, un arte de comprender más allá de los efectos.

Preparación para el legislador del porvenir, para ser los dueños del mundo, por lo menos nuestros hijos. Consideración fundamental del matrimonio.

(La voluntad de poder.)

Los hombres más intelectuales, como son fuertes, encuentran su felicidad allí donde otros encontrarían su ruina; en el laberinto, en la dureza consigo mismo y con los demás, en el experimento; su goce consigue en vencerse a sí mismos; el ascetismo es en ellos necesidad, instinto; y para ellos es un recreo jugar con vicios que destruirían a otros... El conocimiento es una forma de ascetismo.

Estos son la especie más honorable de hombres; esto no excluye que sean la especie más serena y más amable. Dominan, no porque quieran, sino porque existen; no les es lícito ser los segundos.

(El Anticristo.)

Mi concepto de libertad.—El valor de una cosa se encuentra a veces no en lo que con ella se consigue, sino en lo que por ella se paga, en lo que nos *cuesta*. Pondré un ejemplo: las instituciones liberales dejan de ser liberales una vez conquistadas; más tarde, no hay peores enemigos de la libertad, enemigos más sistemáticos que las instituciones liberales. Sabido es su resultado; minan la voluntad de poderío, son el nivelamiento de la montaña con el valle elevado al grado de moral, nos hacen más pequeños, más perezosos y concupiscentes; con ello triunfa siempre el animal del rebaño. Liberalismo significa: hacer de los hombres animales de rebaño... Las mismas instituciones, antes de ser conquistadas, producen efectos completamente distintos; entonces favorecen poderosamente la libertad. Mirando las cosas más de cerca, vemos que es la guerra la que produce esos efectos, la guerra por las instituciones liberales, que precisamente por ser guerra hace perdurar los instintos liberales. Y la guerra educa la libertad. Porque ¿qué es la libertad? Tener la voluntad de la responsabilidad personal. Conservar la distancia que separa. Ser indiferente a la fatiga, a la dureza, a la privación, hasta a la vida. Estar dispuestos a sacrificar hombres a su propia causa, sin excluirnos a nosotros mismos. Libertad significa que los instintos viriles, los que se complacen en la guerra y en la victoria, adquieren preponderancia sobre los demás instintos, por ejemplo, sobre el instinto de la «felicidad». El hombre que se ha hecho libre, y tanto más el espíritu que se ha hecho libre, pisotea aquellas despreciables formas de bienestar con que sueñan los mercachifles, los cristianos, las vacas, las mujeres, los ingleses y demás demócratas. El hombre libre es guerrero.

¿Cómo se mide la libertad, tanto en el individuo como en los pueblos? La medida de la resistencia que debe ser superada, de la fatiga que cuesta mantenerse arriba. El tipo más alto de hombres libres se debería buscar allí donde constantemente es vencida la mayor resistencia; cinco pasos más allá de la tiranía y junto al dintel de la servidumbre.

(El ocaso de los ídolos.)

¿Vosotros decís que la buena causa es la que santifica incluso la guerra? Yo os digo: la buena guerra es la que santifica toda causa.

La guerra y el valor han hecho más cosas grandes que el amor al prójimo. No vuestra compasión, sino vuestra valentía es la que ha salvado hasta ahora a quienes se hallaban en peligro (...).

Rebelión; ésa es la nobleza del esclavo. ¡Sea vuestra nobleza obediencia! ¡Vuestro mismo mandar sea un obedecer!

¡Vivid, pues, vuestra vida de obediencia y de guerra! ¡Qué importa vivir mucho tiempo! ¡Qué guerrero quiere ser tratado con indulgencia!

¡Yo no os trato con indulgencia, yo os amo a fondo, hermanos míos, en la guerra!

(Así habló Zaratustra.)

¡Oh, hermanos míos!, ¿acaso soy cruel? Pero yo digo: ¡a lo que está cayendo se le debe incluso dar un empujón!

Todas estas cosas de hoy *están cayendo*, decaen: ¡quién querría sostenerlas! Pero yo, ¡yo *quiero* darles además un empujón!

¿Conocéis vosotros la voluptuosidad que hace rodar las piedras en profundidades cortadas a pico? Estos hombres de hoy: ¡mirad cómo ruedan a mis profundidades!

¡Un preludio de actores mejores soy yo, oh, hermanos míos! ¡Un ejemplo! *¡Obrad* según mi ejemplo!

Y a quien no le enseñéis a volar, enseñadle *¡a caer más deprisa!*

(Así habló Zaratustra.)

En algún lugar existen todavía pueblos y rebaños, pero no entre nosotros, hermanos míos; aquí hay Estados.

¿Estado? ¿Qué es eso? ¡Bien! Abrid los oídos, pues voy a deciros mi palabra sobre la muerte de los pueblos.

Estado se llama al más frío de todos los monstruos fríos. Es frío incluso cuando miente; y ésta es la men-

tira que se desliza de su boca: «Yo, el Estado, soy el pueblo.»

¡Es una mentira! Creadores fueron quienes crearon los pueblos y suspendieron encima de ellos una fe y un amor: así sirvieron a la vida.

Aniquiladores son quienes ponen trampas para muchos y las llaman Estado; éstos suspenden encima de ellos una espada y cien concupiscencias.

Donde todavía hay pueblo, éste no comprende al Estado y lo odia, considerándolo mal de ojo y pecado contra las costumbres y los derechos.

Esta señal os doy; cada pueblo habla su lengua propia del bien y del mal; el vecino no la entiende. Cada pueblo se ha inventado su lenguaje en costumbres y derechos.

Pero el Estado miente en todas las lenguas del bien y del mal; y diga lo que diga, miente, y posea lo que posea, lo ha robado.

Falso es todo en él; con dientes robados muerde, ese mordedor. Falsas son incluso sus entrañas.

Confusión de lenguas del bien y del mal; esta señal os doy como señal del Estado. ¡En verdad, voluntad de muerte es lo que esa señal indica! ¡En verdad, hace señas a los predicadores de la muerte!

Nacen demasiados: ¡para los superfluos fue inventado el Estado! ¡Mirad cómo atrae a los demasiados! ¡Cómo los devora, los masca y los rumia!

«En la tierra no hay ninguna cosa más grande que yo: yo soy el dedo ordenador de Dios», así ruge el monstruo. ¡Y no sólo quienes tienen orejas largas y vista corta se postran de rodillas!

¡Ay, también en vosotros los de alma grande susurra él sus sombrías mentiras! ¡Ay, él adivina cuáles son los corazones ricos, que con gusto se prodigan!

¡Sí, también os adivina a vosotros, los vencedores del viejo Dios! ¡Os habéis fatigado en la lucha, y ahora vuestra fatiga continúa prestando servicio al nuevo ídolo!

¡Héroes y hombres de honor quisiera colocar en torno así el nuevo ídolo! ¡Ese frío monstruo gusta de calentarse al sol de buenas conciencias!

Todo quiere dároslo a *vosotros* el nuevo ídolo, si *vos-*

otros lo adoráis; por ello, se compra el brillo de vuestra virtud y la mirada de vuestros ojos orgullosos (...).

Allí donde el Estado acaba comienza el hombre que no es superfluo; allí comienza la canción del necesario, la melodía única e insustituible.

Allí donde el Estado *acaba,* ¡mirad allí, hermanos míos! ¿No véis el arco iris y los puentes del superhombre?

(Así habló Zaratustra.)

Cuando Zaratustra llegó a la primera ciudad, situada al borde de los bosques, encontró reunida en el mercado una gran muchedumbre; pues estaba prometida la exhibición de un volatinero. Y Zaratustra habló así al pueblo:

—*Yo os enseño al superhombre.* El hombre es algo que debe ser superado. ¿Qué habéis hecho para superarlo?

Todos los seres han creado hasta ahora algo por encima de ellos mismos; ¿y queréis ser vosotros el reflujo de esa gran marea, y retroceder al animal más bien que superar al hombre?

¿Qué es el mono para el hombre? Una irrisión o una vergüenza dolorosa. Y justo eso es lo que el hombre debe ser para el superhombre: una irrisión o una vergüenza dolorosa.

Habéis recorrido el camino que lleva desde el gusano hasta el hombre, y muchas cosas en vosotros continúan siendo gusano. En otro tiempo, fuisteis monos, y aún ahora es el hombre más mono que cualquier mono.

Y el más sabio de vosotros es tan sólo un ser escindido, híbrido de planta y fantasma. Pero ¿os mando yo que os convirtáis en fantasmas o en plantas?

¡Mirad, yo os enseño el superhombre!

El superhombre es el sentido de la tierra. Diga vuestra voluntad: ¡sea el superhombre el sentido de la tierra!

¡Yo os conjuro, hermanos míos, *permaneced fieles a la tierra* y no creáis a quienes os hablan de esperanzas supraterrenales! Son envenenadores, lo sepan o no.

Son despreciadores de la vida, son moribundos y es-

tán, ellos también, envenenados, la tierra está cansada de ellos: ¡ojalá desaparezcan!

En otro tiempo, el delito contra Dios era el máximo delito, pero Dios ha muerto y con El han muerto también esos delincuentes. ¡Ahora lo más horrible es delinquir contra la tierra y apreciar las entrañas de lo inexcrutable más que el sentido de aquélla!

En otro tiempo el alma miraba al cuerpo con desprecio; y ese desprecio era entonces lo más alto: el alma quería el cuerpo flaco, feo, famélico. Así pensaba escabullirse del cuerpo y de la tierra.

¡Oh!, también esa alma era flaca, fea y famélica; ¡y la crueldad era la voluptuosidad de ese alma!

Mas vosotros también, hermanos míos, decidme: ¿qué anuncia vuestro cuerpo de vuestra alma? ¿No es vuestra alma acaso pobreza y suciedad, y un lamentable bienestar?

En verdad, una sucia corriente es el hombre. Es necesario ser un mar para poder recibir una sucia corriente sin volverme impuro.

Mirad, yo os enseño el superhombre: él es ese mar, en él puede sumergirse vuestro gran desprecio. La hora en que incluso vuestra felicidad se os convierta en náusea, y eso mismo ocurra con vuestra razón y vuestra virtud.

La hora en que digáis: «¡Qué importa mi felicidad. Es pobreza y suciedad, y un lamentable bienestar. Sin embargo, mi felicidad debería justificar incluso la existencia!»

La hora en que digáis: «¡Qué importa mi razón! ¿Ansía ella el saber lo mismo que el león su alimento? ¡Es pobreza y suciedad y un lamentable bienestar!»

La hora en que digáis: «¡Qué importa mi virtud! Todavía no me ha puesto furioso. ¡Qué cansado estoy de mi bien y de mi mal! ¡Todo esto es pobreza y suciedad y un lamentable bienestar!»

La hora en que digáis: «¡Qué importa mi justicia! No veo que yo sea un carbón ardiente. ¡Mas el justo es un carbón ardiente!»

La hora en que digáis: «¡Qué importa mi compasión! ¿No es la compasión acaso la cruz en la que es clavado

quien ama a los hombres? Pero mi compasión no es crucifixión.»

¿Habéis hablado ya así? ¿Habéis gritado ya así? ¡Ah, ojalá os hubiese oído yo gritar ya así!

¡No vuestro pecado, vuestra moderación es lo que clama al cielo, vuestra mezquindad hasta en vuestro pecado es lo que clama al cielo!

¿Dónde está el rayo que os lama con su lengua? ¿Dónde la demencia que habría que inocularos?

Mirad, yo os enseño el superhombre: ¡él es ese rayo, él es esa demencia!

Cuando Zaratustra hubo hablado así, uno del pueblo gritó: «Ya hemos oído hablar bastante del volatinero; ahora, ¡veámoslo también! » Y todo el pueblo se rió de Zaratustra. Mas el volatinero, que creyó que aquello iba dicho por él, se puso a trabajar.

(Así habló Zaratustra.)

Tal es el beneficio de la activa capacidad de olvido, una guardiana de la puerta, por así decirlo, una mantenedora del orden anímico, de la tranquilidad, de la etiqueta; con lo cual resulta visible en seguida que sin capacidad de olvido no puede haber ninguna felicidad, ninguna jovialidad, ninguna esperanza, ningún orgullo, *ningún presente.*

(La genealogía de la moral.)

8

MODERNIDAD

EMANCIPACION FEMENINA; SOCIALISMO; LIBERALISMO; CUESTION OBRERA...

El encanto y el efecto más poderoso de la mujer es, para hablar en lenguaje de los filósofos, su acción a distancia; pero para esto hace falta, ante todo..., *distancia.*

(La gaya ciencia.)

La mujer quiere llegar a ser independiente, y para ello comienza ilustrando a los hombres acerca de la «mujer en sí»; *éste* es uno de los peores progresos del *afeamiento* general de Europa. ¡Pues qué habrán de sacar a luz esas burdas tentativas del cientificismo y autodesnudamiento femeninos! Son muchos los motivos de pudor que la mujer tiene; son muchas las cosas pedantes, superficiales, doctrinarias, mezquinamente presuntuosas, mezquinamente desenfrenadas e inmodestas que en la mujer hay escondidas —¡basta estudiar su trato con los niños!—, cosas que, en el fondo, por lo que mejor han estado reprimidas y domeñadas hasta ahora ha sido por el *miedo* al varón. ¡Ay si alguna vez a lo «eternamente aburrido que hay en la mujer» —¡tiene abundancia de ello!— le es lícito atreverse a manifestarse!, ¡si ella comienza a olvidar radicalmente y por principio su inteligencia y su arte, la inteligencia y el arte de la gracia, del jugar, del disipar las preocupaciones, de volver ligeras las cosas y tomárselas a la ligera, su sutil destreza para los deseos agradables! Alzanse ya ahora voces femeninas que, ¡por San Aristófanes!, hacen temblar, se nos amenaza con decirnos con

claridad médica qué es lo que la mujer *quiere* ante todo y sobre todo del varón. ¿No es de pésimo gusto que la mujer se disponga así a volverse científica? Hasta ahora, por fortuna, el aclarar las cosas era asunto de hombres, don de hombres, con ello éstos permanecían «por debajo de sí mismos»; y en última instancia, con respecto a todo lo que las mujeres escriban sobre «la mujer» es lícito reservarse una gran desconfianza acerca de si la mujer *quiere* propiamente aclaración sobre sí misma y *puede* quererla... Si con esto una mujer no busca un nuevo *adorno* para sí —yo pienso, en efecto, que el adornarse forma parte de lo eternamente femenino—, bien, entonces lo que quiere es despertar miedo de ella: y con esto quizá quiera dominio. Pero no *quiere* la verdad: ¡qué le importa la verdad a la mujer! Desde el comienzo, nada resulta más extraño, repugnante, hostil en la mujer que la verdad, su gran arte es la mentira, su máxima preocupación son la apariencia y la belleza. Confesémoslo nosotros los varones: nosotros amamos y honramos en la mujer cabalmente *ese* arte y *ese* instinto: nosotros a quienes las cosas nos resultan más difíciles y que con gusto nos juntamos, para nuestro alivio, con seres bajo cuyas manos, miradas y delicadas tonterías parécennos casi una tontería nuestra seriedad, nuestra gravedad y profundidad. Finalmente yo planteo esta pregunta: ¿alguna vez una mujer ha concedido profundidad a una cabeza de mujer, justicia a un corazón de mujer? ¿Y no es verdad que, a grandes rasgos, «la mujer» ha sido hasta ahora lo más desestimado por la mujer y no en modo alguno por nosotros? Nosotros los varones deseamos que la mujer no continúe desacreditándose mediante la ilustración: así como fue preocupación y solicitud del varón por la mujer el hecho de que la Iglesia decretase: *mulier taceat in ecclesia!* Fue en provecho de la mujer por lo que Napoleón dio a entender a la demasiado locuaz Madame de Staël: *mulier taceat in politicis!* y yo pienso que es un auténtico amigo de la mujer el que hoy les grite a las mujeres: *mulier taceat de muliere!*

(Más allá del bien y del mal.)

Todo en la mujer es un enigma y todo en la mujer tiene una *única* solución: se llama embarazo.

El hombre es para la mujer un medio: la finalidad es siempre el hijo. ¿Pero qué es la mujer para el hombre?

Dos cosas quiere el hombre auténtico: peligro y juego. Por ello quiere él a la mujer como el más peligroso de los juguetes.

El hombre debe ser educado para la guerra y la mujer para recreo del guerrero: todo lo demás es tontería.

(...) « ¡Dame, mujer, tu pequeña verdad! », dije yo. Y así habló la viejecilla:

« ¿Vas con mujeres? ¡No olvides el látigo! »

(Así habló Zaratustra.)

El socialismo moderno quiere crear la forma laica del jesuitismo: cada individuo convertido en instrumento incondicional. Pero el fin, el para qué todavía no se ha descubierto.

(La voluntad de poder.)

SOCIALISMO.—*Primero.* Nos equivocamos al contemplar los sufrimientos y privaciones de las clases bajas porque involuntariamente las juzgamos por la medida de nuestros propios sentimientos, poniéndonos en su lugar con nuestro cerebro excitable y con nuestra delicada sensibilidad. En realidad, las privaciones y sufrimientos crecen con el incremento de la cultura del individuo; las clases bajas son las menos sensibles; mejorar su condición quiere decir: hacerlas más aptas para el dolor.

Segundo. Si no tomamos como punto de mira el bienestar del individuo, sino los fines de la humanidad, no debemos preguntar si en esas condiicones subordinadas que exige el socialismo se podrán obtener los mismos grandes resultados que en las circunstancias no ordenadas del pasado. Verosímilmente, el grande hombre y la grande obra sólo se desarrollan en la libertad del desierto. Y la huma-

nidad no tiene otros fines que el grande hombre y la grande obra.

Tercero. Como quiera que hay que realizar un trabajo rudo y grosero, tiene que haber hombres que se resignen a ese trabajo, por lo menos mientras no se inventen máquinas que sustituyan al obrero. Si llevamos a la clase obrera las necesidades y el refinamiento de la alta cultura, dicha clase no podrá ya realizar su trabajo sin sufrir incomparablemente más que la clase elevada. Un obrero que fuese educado en dicha alta cultura tendería al ocio y no se contentaría con un alivio en la carga, sino que la echaría sobre otro. Podría pensarse quizá en satisfacer sus deseos introduciendo obreros extranjeros de Asia y Africa, de manera que el mundo civilizado se hiciese servir por el mundo bárbaro y de tal modo considerar la incultura como una causa de servidumbre. En los Estados de Europa, en efecto, la cultura de los trabajadores va aproximándose de tal modo a la de los patronos que la perspectiva de un trabajo mecánico agotador provoca un sentimiento de indignación.

Cuarto. Cuando se ha comprendido cuál fue el origen de los sentimientos de justicia y equidad, hay que oponerse a los socialistas, que hacen de la justicia lema de su bandera. En el estado de naturaleza no rige el principio de equidad, sino que decide la fuerza. Los socialistas, al pedir la revolución social, apelan a la fuerza. Sólo cuando los representantes de la sociedad futura lleguen a constituir una fuerza igual que la de los que defienden el orden antiguo puede llegarse a un pacto y sobre la base de ese pacto construir un orden justo. Pero no hay derechos del hombre.

Quinto. Cuando un obrero de ínfima categoría se encara con el rico industrial y le dice: «No mereces tu dicha», tiene razón, pero las consecuencias ulteriores de su razonamiento son falsas: nadie merece ni su dicha ni su desdicha.

Sexto. La dicha no aumentará en el mundo variando sus instituciones, sino destruyendo el temperamento sombrío, débil, bilioso y sutil. Las circunstancias exteriores significan poco o nada. Mientras los socialistas conserven

ese su carácter maligno, cualesquiera que sean las circunstancias en que vivan se verán privados de la felicidad terrena que buscan, aun cuando consiguieran fundar un nuevo orden de cosas.

Séptimo. Sólo dentro de la tradición, de las costumbres inveteradas, de la moderación, puede haber bienestar en el mundo; los socialistas están aliados con todas las fuerzas que intentan destruir las costumbres, los usos, la moderación; en cambio, no han demostrado nuevas aptitudes constructivas.

Octavo. Lo mejor que tiene el socialismo es la vibración que comunica a todos los círculos sociales: divierte a los hombres e introduce en las clases inferiores una especie de diálogo filosófico-práctico. En este sentido, es una fuente de energías espirituales.

Una época de transición: eso es nuestra época para cada uno de nosotros y cada uno de nosotros tiene razón. Pero no en el sentido de que tal denominación convenga más a esta época que a otra cualquiera. En cualquier momento de la historia en que nos fijemos encontramos una fermentación semejante, los conceptos antiguos en pugna con los nuevos y los hombres de fino olfato, a quienes entonces se llamaba profetas, pero que no tenían otro don que el de sentir y ver lo que a ellos les sucedía, lo sabían y temían que «todo estaba en ruinas y que el mundo iba a perecer». Pero el mundo no pereció; las altas ramas de los árboles se quebraron, pero otras nacieron en su lugar; en cada tiempo hay un mundo que muere y un mundo que nace.

(Ojeada sobre el presente y el porvenir de los pueblos.)

EL ESTADO, UN PRODUCTO DE LOS ANARQUISTAS.—En los países en que los hombres están disciplinados, quedan siempre bastantes retardatarios no disciplinados; de inmediato se unen a los campos socialistas preferentemente. Si éstos llegasen un día a hacer las *leyes*, podemos estar seguros de que se impondrían cadenas de hierro y ejerce-

rían una disciplina terrible. *¡Se conocen a sí mismos!* Soportarían estas leyes con la conciencia de que se las habían dado ellos mismos; el sentimiento de poder y de *este* poder, está demasiado reciente entre ellos y es demasiado seductor para que no lo sufran todo a causa de él.

(Aurora.)

APARTE.—El parlamentarismo, es decir, el permiso oficial de elegir entre cinco opiniones públicas fundamentales se insinúa en el espíritu de esos seres numerosísimos a quienes les gustaría parecer independientes e individuales y luchar por su opinión. Pero, en definitiva, es indiferente saber si se impone *una* opinión al rebaño o si se le permite que tenga cinco. El que discrepa de las cinco opiniones públicas y se queda aparte tiene siempre todo el rebaño contra él.

(La gaya ciencia.)

Los mejores frenos y remedios de la modernidad:

1) Los deberes del servicio militar con guerras efectivas, ante las cuales cesan las diversiones.
2) La limitación nacional (simplificadora, concentradora).
3) La alimentación mejorada (carne).
4) La mayor limpieza y saneamiento de las viviendas.
5) El predominio de la fisiología sobre la teología, la moral, la economía y la política.
6) La severidad militar en el cumplimiento de las *obligaciones* (nada de alabanzas...).

No veo ninguna razón para el desaliento. El que haya conservado una *gran voluntad* a la vez que un amplio espíritu tiene más probabilidades de vender que nunca. Pues la domesticación del hombre, en esta Europa democrática ha sido muy intensa; los hombres que aprenden con facilidad a plegarse constituyen la regla; el rebaño, a veces muy inteligente, está preparado. El que sabe mandar en-

cuentra siempre a los que han de obedecer; pienso, por ejemplo, en Napoleón y en Bismarck. La concurrencia de fuerzas e ininteligentes voluntades, que es la mayor dificultad es escasa. ¡Qué valen esos hombres «objetivos» de escasa voluntad, como Ranke o Renan!

(La voluntad de poder.)

Hoy día reina en la sociedad una gran cantidad de consideraciones, de tacto y de espíritu conciliador, de benevolencia ante los derechos ajenos y aun ante las aspiraciones ajenas; y aún más se nota un cierto instinto benevolente de estimación del valor humano que se manifiesta en toda clase de confianza y de crédito —la estimación al hombre; y, por cierto, no sólo del hombre virtuoso, es quizá el elemento que más nos separa de una valoración cristiana. Cuando oímos predicar la moral sentimos una buena parte de ironía; el que nos predica moral se rebaja a nuestros ojos y nos hace bromear.

El liberalismo moral es uno de los mejores signos de nuestro tiempo. Cuando vemos casos en que decididamente falta, suponemos que se trata de algo morboso (el caso de Carlyle en Inglaterra, el caso de Ibsen en Noruega, el caso del pesimismo de Schopenhauer en toda Europa). Si algo nos reconcilia con nuestra época es la cantidad de inmoralidad que se permite, sin que por ello piense mal de sí misma. Por el contrario. ¿Qué es lo que constituye la superioridad de la cultura sobre la incultura, del Renacimiento sobre la Edad Media? Una sola cosa: la gran cantidad de inmoralidad concedida. De aquí se sigue necesariamente: cómo debe representarse el fanático de la moral los más altos grados de la evolución humana: como el «non plus ultra» de la corrupción (recordemos el juicio de Savonarola sobre Florencia, el juicio de Platón sobre la Atenas de Pericles, el juicio de Lutero sobre Roma, el juicio de Rousseau sobre la sociedad del tiempo de Voltaire, el juicio alemán contra Goethe).

(La voluntad de poder.)

CONCLUSION

Mi suerte quiere que yo tenga que ser el primer hombre *decente*, que yo me sepa en contradicción a la mendacidad de milenios... Yo soy el primero que ha *descubierto* la verdad, debido a que he sido el primero en sentir —en *oler*— la mentira como mentira... Mi genio está en mi nariz... Yo contradigo como jamás se ha contradicho y, a pesar de ello, soy la antítesis de un espíritu que dice no. Yo soy un *alegre mensajero* como no ha habido ningún otro, conozco tareas tan elevadas que hasta ahora faltaba el concepto para comprenderlas; sólo a partir de mí existen de nuevo esperanzas. A pesar de todo esto, yo soy también, necesariamente, el hombre de la fatalidad. Pues cuando la verdad entable lucha con la mentira de milenios tendremos conmociones, un espasmo de terremotos, un desplazamiento de montañas y valles como nunca se había soñado. El concepto de política queda entonces totalmente absorbido en una guerra de los espíritus, todas las formaciones de poder de la vieja sociedad saltan por el aire, todas ellas se basan en la mentira: habrá guerras como jamás las ha habido en la tierra. Sólo a partir de mí existe en la tierra la *gran política*.

(*Ecce homo*.)

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR
CON PAPEL DE TORRAS HOSTENCH
EL DIA 27 DE ABRIL DE 1973,
EN LOS TALLERES TIPOGRA-
FICOS «VELOGRAF»,
TRACIA, 17.
MADRID-27